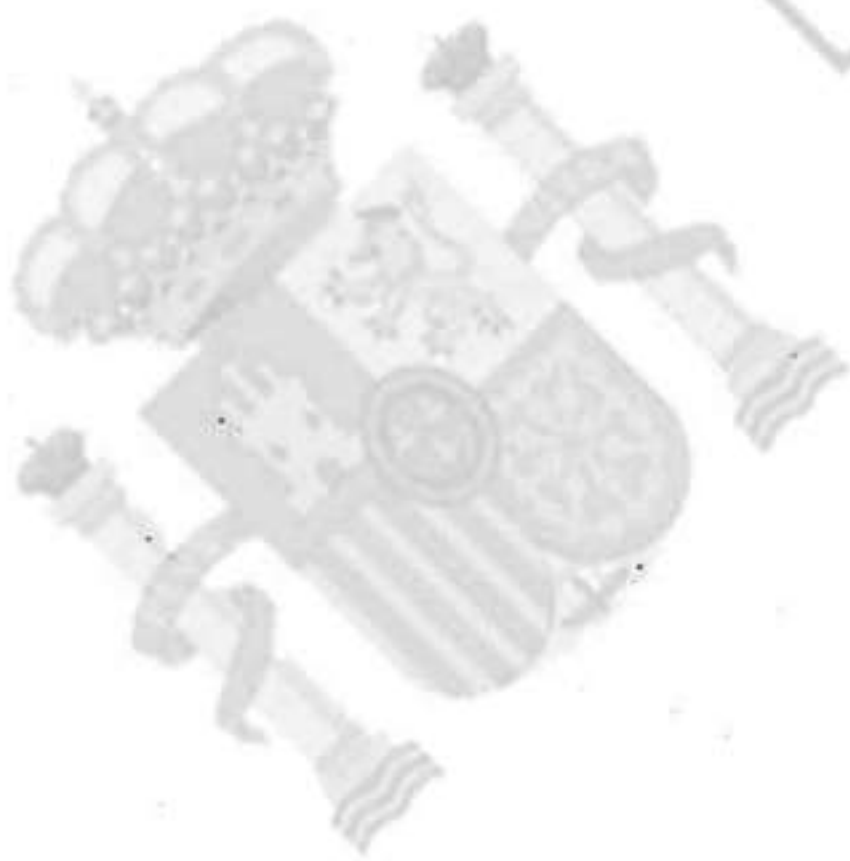


REVISTA CONTEMPORÁNEA



MINISTERIO
DE CULTURA

MADRID, 1882

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNANDEZ

Libertad, 16 duplicado



MINISTERIO
DE CULTURA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO VIII. — TOMO XXXVIII

MARZO — ABRIL 1882



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^{ta}

VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL

Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe.

HABANA
Alejandro Chau

DERECHOS RESERVADOS

MINISTERIO
DE CULTURA





REFLEXIONES POLÍTICAS

(APUNTES VERANIEGOS.)

I.

EL CACIQUISMO.



EN España, la falta completa de patriotismo y de desinterés, aun en los que más obligados están á inspirarse en ellos, ha sido el origen de los más pavorosos y funestos males de la Patria. ¡La Patria! ¡Qué frecuente es, por su desgracia, entre nosotros, el hacer caso omiso de ella! ¡Con qué triste facilidad imperan en su seno los estériles intereses personales, disfrazados y enmascarados respetablemente, mientras no consiguen saciar sus desordenados apetitos! Funcionan constantemente en todos nuestros campos políticos el despecho y la envidia, impulsados enérgicamente por toda clase de ambiciones á cual más desmedidas é injustificadas; que son las que desdoran la noble bandera de un interés, supremo y común, que es necesario é indispensable alzar con mano firme, para cimentarla y consolidarla, alcanzando la salvadora victoria.— Esas malas pasiones producen, como es lógico y natural,

que los amigos de toda situación y forma de gobierno sean los únicos que las debiliten y destruyan, y que los enemigos de éstas sean los únicos que no puedan perturbarlas ni vencerlas. También confeccionan aquéllas toda clase de coaliciones, hasta las más nefandas, aunque con toda clase de reservas, porque no tienen más que un solo punto de contacto, realizado el cual se rompen las alianzas para formarse otras, y otras muchas consecutivas, que hacen imposible pueda consolidarse nada provechoso, por el recto y ancho sendero de las vías legales.

Las pasiones funcionan aquí con mayor locura é insensatez en la edad madura y en la vejez, presentándose casos constantemente de personas que habiendo disfrutado largamente del poder, no pueden vivir sin él, y perturban á la sociedad y al País cuantas veces no están en posesión del mismo, hasta conseguir su deseo perpetuo; de hombres que han tenido toda su vida ideas reaccionarias, alardear de libertad y conspirar únicamente por ser poder, aunque lo hayan sido otras veces, y de ancianos, de carácter moderado, imitar á los revolucionarios más ligeros y baladíes, solamente por alcanzar el poder. Estos extravíos mentales en las edades avanzadas constituyen una perturbación constante y de la peor índole en el País, por la funesta educación y ejemplo que dan á la juventud.

El sistema de satisfacer todas las ambiciones produce la pérdida total de toda clase de ilusiones, y rebaja hasta la más mínima significación el mérito de todos los puestos públicos, de todos los empleos y de todas las recompensas y condecoraciones. ¿Quién tiene derecho á vanagloriarse de haber desempeñado los altos puestos del Estado, de haber llegado á los últimos escalones de su carrera y de haber alcanzado toda clase de honores, cuando existen cientos de cientos que se encuentran en el mismo caso? ¿Quién tiene derecho á envanecerse de haber conseguido todo esto, cuando es bien público y notorio el mérito de cada uno, la forma y manera de haberse realizado y los medios y procedimientos que se han utilizado? ¿Quién tiene derecho á impresionarse por los aplausos y elogios que se le prodigan, cuando son producto de la

adulación é interés personal, y dirigidos al poder ó á la aproximación á éste, ó á la presunción de que pueda ocuparlo, fundados en el temor de la poca estabilidad de todas las situaciones? Así como también, ¿quién debe entristecerse de las constantes censuras que se le dirijan, cuando obedecen siempre á las malas pasiones, encargándose el tiempo de combatirlas, vencerlas y hacer justicia? Y mucho menos deben afligirse los que las merecen, porque este es el país de las resurrecciones y de los elogios necrológicos, produciendo unos y otras que la inmensa mayoría no se preocupe de legar un buen nombre á la Patria ni á su familia.

Impera enérgicamente la hidrofobia del poder. Ésta se halla santificada, así como también toda clase de medios y procedimientos que se utilicen para satisfacerla y alimentarla, habiendo producido éstos y aquélla la desaparición del pudor político, la degradación de caracteres, la servil adulación y la propensión á la servidumbre.

El rebajamiento de la sociedad ha producido el personalismo. Éste contribuye á perturbar la sociedad, no crea caracteres y se perjudica mucho á sí mismo. El personalismo consigue aislarse de todo lo que es serio y digno, y únicamente se encuentra rodeado de la servidumbre. ¡¡¡No se comprende cómo los hombres que tienen gran talento é instrucción, que poseen condiciones de carácter y que inspiran confianza y simpatía, no se aprovechen de todas esas brillantes y poderosas cualidades para imponerse lícita, sólida y honradamente á los demás, y en vez de esto, apelen á exigencias, medios y procedimientos deshonorosos, con los cuales jamás logran ver realizado su único pensamiento!!! El personalismo padece el funesto error de querer medir con un mismo rasero á todos, pretendiendo nivelar todas las condiciones de carácter. El personalismo concluye siempre por suicidarse.

No hay caracteres. No puede haberlos. No es posible que sobresalga ninguno. En el acto que se apercibe el nacimiento de uno, es perseguido encarnizadamente y á muerte por toda clase de medios, incluso el del ridículo, con un tacto de codos sublime, que debía emplearse para bien de la Patria en defensa de aquellos y otros deberes sagrados.

Uno de los efectos más perjudiciales que produce la falta de patriotismo y de desinterés, es el caciquismo perturbador y destructor. La debilidad de carácter de los Gobiernos; el deseo vehemente de perpetuarse en el poder; la impaciencia febril por adquirir éste por las vías ilegales; la poca virilidad del cuerpo electoral; el insensato pensamiento de *confeccionar* Cortes con mayoría excesivamente numerosa, que ahogan siempre al autor; la constante idea de querer demostrar que no tienen vida propia ni arraigo los partidos de oposición, pretendiendo hacer creer que la forma de gobierno que existe no posee más que un solo partido y una sola política que puedan defenderla y consolidarla; la poca fuerza moral y material que tienen los Gobiernos por representar fracciones ó agrupaciones de éstas; la poca fe que poseen los Gobiernos en la política que representan y en la estabilidad de las formas de gobierno; la desconfianza justificada y acreditada que abrigan los Gobiernos, de los jefes de Estado, porque éstos no les dan las correspondientes y necesarias garantías de seguridad, y otras razones de segundo orden son las que han desarrollado y consolidado el detestable y corruptor caciquismo que impera en el País de una manera funesta.

El sistema constitucional y parlamentario no puede prescindir en absoluto del caciquismo; pero existe una notable diferencia del caciquismo que obedece á los Gobiernos, al que se impone á éstos y gobierna al País. El primero es necesario y auxilia poderosamente á los Gobiernos. El segundo es altamente perjudicial al País; concluye con los Gobiernos, y socava las instituciones que éstos representan. Hay varias clases de caciquismo. El español no se asemeja á ninguno de su clase. Representa una perturbación y una degradación profundas.

El caciquismo es el mayor enemigo que tienen los intereses generales del Estado, y especialmente los del ejército. El principal pensamiento del caciquismo es multiplicar sus intereses particulares, lo que casi siempre realiza á costa de los del ejército y del Estado. El caciquismo se ha apoderado directa é indirectamente de muchos de los derechos de aquéllos, y se opone constantemente á que éstos los recobren.

La debilidad de los Gobiernos perjudica al Estado y al ejército, y favorece al caciquismo.

Los partidos en la oposición se entregan al caciquismo para que les proporcione toda clase de perturbaciones, las que jamás han tenido importancia ninguna ni han otorgado el poder. Contraen aquéllos grandes compromisos. Los Gobiernos abdican el poder en el caciquismo en el acto que lo adquieren. El caciquismo nombra, desde los Gobernadores inclusive, hasta el último peon caminero, y muchas veces logra el nombramiento de las autoridades militares ó interviene en éste. Distribuye los puestos de la administración entre los individuos de la familia y los allegados, formando en cada pueblo una fracción local, que no representa política ni bandera alguna, sino la personalidad del cacique, disfrazada con el apellido de un partido político. Exige el caciquismo que los Ayuntamientos y las Diputaciones Provinciales les pertenezcan, y exige el nombramiento de éstas y de aquéllos.

Es insaciable el caciquismo cuando, siéndole concedido todo esto, dirige sin responsabilidad alguna la política civil, provincial y municipal para multiplicar, ilegalmente, sus intereses de todas clases, y para perseguir encarnizadamente á sus enemigos personales. Cuando los Gobiernos se resisten á las multiplicadas exigencias del caciquismo, ó se las niegan porque son de reconocida inmoralidad é injusticia, en el acto quieren imponerse con la amenaza, y concluyen por descomponer el partido, ingresando en algún grupo disidente, ó se pasan, sin pudor político, á la oposición. El caciquismo rara vez rompe con el partido de la oposición que debe heredar el poder, ni defiende nunca, con coraje ni energía, al Gobierno que representa.

Si una autoridad contraría lo más mínimo al caciquismo, pide, y hasta exige al momento, su relevo; y si no lo consigue, hace causa común con las oposiciones para desacreditarla por toda clase de medios y procedimientos á cual más reprochables y despreciables. *¡¡¡Los Gobiernos dan constantemente oídos al caciquismo, y éste vence siempre á las personas honradas, serias, dignas, valientes, y que prestan buenos servicios al Estado!!!* El caciquismo es incompatible con los caracteres.

El caciquismo no quiere, y hace siempre la oposición subterráneamente, porque es bien tímido, á los hombres de Estado y jefes de partido que posean condiciones de carácter.

Como los partidos se dividen en fracciones y agrupaciones, el caciquismo se subdivide también, y toma la representación de cada una de éstas y aquéllas, ocurriendo con mucha frecuencia que dos y hasta tres caciques figuren en una de ellas y se disputen la jefatura, perjudicándolas notablemente y poniendo en un grave compromiso á los Gobiernos y á las autoridades que quieren protegerlos, y que no tienen valor para optar por ninguno de ellos.

¿Qué ventajas reporta esta clase de caciquismo á los Gobiernos? Absolutamente ninguna. Sus beneficios son completamente negativos. Cuando un Gobierno confecciona unas Cortes, el caciquismo debería entregárselas hechas. Si los Gobernadores se cruzaran de brazos y dejaran libre la lucha entre el caciquismo y las oposiciones, aquél sería derrotado á pesar de poseer las Diputaciones Provinciales, los Ayuntamientos y todos los puestos de la Administración. Tienen que intervenir los Gobernadores ilegalmente en el combate, y forzar la máquina electoral con toda clase de procedimientos reprobados para que venza el caciquismo; luego basta y sobra con los Gobernadores para fabricar unas Cortes á la española. Cuando las oposiciones hacen una propaganda electoral, ó de perturbación, ó de conspiración, deberían el caciquismo y sus elementos, por los favores que han recibido de los Gobiernos, contrarrestarla, desvanecerla y vencerla. No tiene empero fuerza moral y material alguna, y acude presuroso, tímido y vergonzante, á las autoridades para que la combatan, sin prestarle auxilio alguno ostensible, por no indisponerse con ningún partido. Cuando una perturbación ó conspiración estalla, debería el caciquismo auxiliar y apoyar á las autoridades. Pero entonces se esconde y abandona por completo á éstas, si no es que fraterniza de antemano directa é indirectamente con aquéllas, ó se pone á su lado ó á su cabeza para salvar sus intereses personales.

El Capitán general de un distrito que caiga en el lazo del caciquismo, que primeramente se le presenta muy adulator

y después pretende imponérsele; que dé crédito á su prestigio; que lo conceptúe capaz de mantener por sí solo el orden público; que lo considere un gran auxiliar; que quiera, con él, adquirir populachería; que acceda á todas sus peticiones; que favorezca sus intereses personales y particulares en perjuicio de los generales del Estado y del ejército, y que no se dedique pura y exclusivamente á las tropas que tiene bajo sus órdenes, velando por los intereses generales y particulares de ellas, no tendrá fuerza moral ni material en el pueblo y estará desprestigiado con el soldado. El día que haya una perturbación ó revolución, se verá aislado del caciquismo, que lo ha desacreditado; y cuando apele al ejército para contrarrestar aquéllas, se encontrarán minados y hostiles los únicos elementos que sostienen el orden público y á quienes ha tenido abandonados, faltando á su deber y á la misión que se le había confiado. La historia contemporánea registra numerosos ejemplos. ¡Digno castigo á la debilidad de carácter, al deseo de la conservación del destino, á la falta de sentido práctico y al amor al personalismo que inspira la política propia, hasta contra los Gobiernos constituídos!

El caciquismo se acerca constantemente á los Gobiernos y á las autoridades para demostrar intimidad y prestigio. Se contentaría con las apariencias. Le sirve esto para realizar sus negocios, porque el público teme las arbitrariedades gubernamentales que protegen al caciquismo. La mayor parte de las peticiones que dirige el caciquismo á las autoridades con aire de imposición, son contrarias á las leyes, reglamentos y reales órdenes vigentes. El caciquismo tiene terror á las perturbaciones y á las revoluciones, y como no tiene seguridad en la estabilidad del Gobierno que pretende representar, ni en la forma de gobierno que rige, nunca se indispone con ningún partido. El caciquismo se erige en protector de todas las malas causas y de los delincuentes, especialmente de los políticos, aunque sean criminales al mismo tiempo.

Los hombres como los pueblos delinquen, en la completa seguridad de que el caciquismo les alcanzará la impunidad y, si la falta que han cometido ha sido tan grave que no ha podido evitarse el proceso, el caciquismo logrará primera-

mente la inhibición de la causa, para hacer después que las actuaciones civiles no produzcan malos resultados. El caciquismo protege á los criminales, bandidos con nombradía, á los perturbadores de oficio y á los revolucionarios fieros, por miedo y para ponerse bien con los que pudieran gobernar el País. Entre los primeros elige sus agentes electorales y hasta sus administradores, y lleva á cabo convenios con los segundos y terceros.

El caciquismo se acerca á las autoridades, para hablarles al oído y en voz muy baja, del principio de autoridad, de la energía, de la severidad, de la reprensión, de los castigos, del exterminio; y acto seguido se presenta á las mismas autoridades presidiendo corporaciones ó formando parte de éstas, ó acompañando á los que van á pedir gracia para todo delincuente, sin perjuicio de manifestar después, bien reservada y cínicamente, que solamente un compromiso les ha hecho demandar la gracia. Si las autoridades ceden, son censuradas por el caciquismo por debilidad de carácter, y si no ceden, son también señaladas por el mismo á las oposiciones por inhumanas. El caciquismo es altamente populachero. La misma conducta observa con los Gobiernos, cuando apela á éstos por no haber alcanzado la gracia de las autoridades.

Con el caciquismo no puede haber magistratura, jueces, alcaldes, Ayuntamientos, Diputaciones Provinciales y cuerpos de Aduanas, Carabineros, Orden Público y Guardia civil. ¡Cuántos individuos de estos cuerpos han sido atropellados por haber cumplido con su deber y haber molestado al caciquismo, y hasta por no haberle obedecido! ¡Cuántos guardias civiles han sido castigados por haber cumplido con su deber y haber prendido á delincuentes locales, los que protegidos por el caciquismo, han alcanzado la inhibición de las causas, y civilmente ha resultado que éstos han sido inocentes y aquéllos han sido los verdaderos culpables! ¡Cuántos alcaldes, Ayuntamientos y Diputaciones han sido multados, suspendidos ó disueltos por haber cumplido con su deber y perjudicado los intereses del caciquismo! ¡Cuántos jueces, magistrados y presidentes de Audiencia han sido relevados

por haber cumplido con su deber y haber contrariado los deseos del caciquismo! *¿Á qué obedecen los relevos generales y el trastorno de toda la administración, cuando ocurren los cambios ministeriales?* Á las exigencias del caciquismo. Esto por sí sólo perturba por completo un país. En la época del absolutismo, el alcalde, el juez, la autoridad civil y el cuerpo armado que tenía á su servicio, eran considerados, respetados y obedecidos así como también eran apoyados por los poderes gubernamental y ejecutivo. En los tiempos de la libertad y, cuanto más ha imperado ésta, aquellas autoridades y el cuerpo armado auxiliar han perdido todo su prestigio, no han tenido fuerza moral ni material, y han llegado á identificarse en ocasiones con la nulidad, por apoyar las autoridades y los poderes al caciquismo. Por estas poderosas causas han tenido que intervenir tantas veces las autoridades militares con sus bayonetas y cañones en la gobernación de los pueblos, para desprestigio y mengua de la libertad.

El caciquismo otorga en los pueblos una protección irritante y provocativa á sus intereses particulares y los de sus allegados, con perjuicio de los de los demás y de los intereses generales del Estado. Manda el caciquismo en los pueblos, como si siempre existiera el régimen absoluto. Los provechos, los privilegios y los beneficios son para el cacique y su gente, contra los de los demás habitantes. Se libran aquéllos de las cargas del Estado ó de su total valor, recargando algunas de éstas sobre las demás. Todo esto produce una constante perturbación local, la que está siempre propicia á toda clase de conspiraciones y revoluciones. En los pueblos no se conoce ni se estudia la política. Lo que se comprende y se profundiza son los intereses locales. No se lucha jamás en los pueblos por las banderas políticas, sino por las cuestiones locales, con un encarnizamiento y odio profundos, por intervenir en éstas los intereses particulares. Siempre está clavada en los campos la funesta bandera de «abajo lo existente» que quiere decir en los pueblos «abajo el cacique,» porque todos quieren disfrutar de los beneficios ilegales de todas clases que gozará el caciquismo.

Se refleja en los pueblos la subdivisión de los partidos políticos y la perturbadora política que hacen en Madrid las fracciones y las agrupaciones de aquéllos, subdividiéndose también ellos en un gran número de caciques con la esperanza de llegar á mandar en absoluto, y multiplicar sus intereses particulares. Cada cacique se disfraza con una bandera política, siéndole indiferente cualquiera. Por estas causas se da el espectáculo ridículo de que todos los expresidentes de los poderes ejecutivo y gubernamentales, mas varios de los exministros, que con gran seriedad pretenden hacer creer que son personas influyentes y de arraigo en el País y que se hallan á la cabeza de grandes partidos, tienen en cada pueblo su comité con su presidente y personal respectivo, verificando estas importantísimas agrupaciones las mismas evoluciones y coaliciones que llevan á cabo en Madrid las liliputienses fracciones políticas.

El caciquismo y la protección á éste produce el total desprestigio del principio de autoridad en todas las esferas del poder, y como es consiguiente, las constantes perturbaciones populares. La sociedad no puede existir sin que el principio de autoridad no se halle á gran altura, necesítándolo mucho más y siendo más indispensable á las situaciones liberales que á las reaccionarias.

¡¡¡Con qué facilidad se tiene ó se adquiere el principio de autoridad!!! No se necesitan leyes ni medidas restrictivas, no son precisos los sistemas de rigor, no son necesarias las manifestaciones militares, sino pura y simplemente atacar de frente al caciquismo, castigarlo de palabra y someterlo. En el acto que los hombres y los pueblos se convencen de que se cumplen exactamente las leyes, los reglamentos y las reales órdenes vigentes; en el acto que saben que el caciquismo no tiene fuerza alguna para protegerlos y que no existe el padrino; en el acto que aprenden que no se entablan competencias entre los elementos civil y militar para alcanzar las inhibiciones de causas, más que en los casos marcados por la ley, castigando éstos rápida é irremisiblemente con arreglo al Código; en el acto que ven á los que delinquen contra el orden público ser conducidos á las prisiones mili-

tares; en el acto que las faltas cometidas á las autoridades local, judicial y civil, no tienen quien las apadrine; en el acto que conocen que estas autoridades tienen energía de carácter, hacen obedecer las leyes, representan *únicamente* al Gobierno y cumplen con el deber sagrado de no desautorizar á la fuerza pública, y en el acto que se penetran que la autoridad militar posee coraje y energía, y obraría con estas condiciones, y rápidamente, si se viera en el triste caso de funcionar, el principio de autoridad se eleva á una altura inconmensurable, y la tranquilidad pública, con estas solas creencias, es completamente inalterable.

El caciquismo ha llegado á un estado que casi podría calificarse de criminal. Los caciques de varios colores políticos han formado sociedades de socorros mutuos, para multiplicar sus intereses pecuniarios. Han reunido sus capitales, y se han puesto al frente de empresas y negocios de todas clases. El cacique socio que está identificado con el Gobierno que manda, aprovechándose de la política que actúa en el País, alcanza toda clase de concesiones, ventajas y beneficios á la empresa, algunas contrarias á las leyes, reglamentos y reales órdenes vigentes, en cambio del apoyo que presta al Gobierno. Cuando éste es sustituido por otro, también cambia la decoración en la sociedad caciquista, y se pone al frente de ella el que representa al nuevo Gobierno. De manera que estas incalificables sociedades son perpetuas, y alcanzan cuanto quieren con toda clase de Gobiernos. Son públicas y notorias estas sociedades, no se ocultan y los pueblos las conocen, así como también á los caciques que las componen.

También existe el caciquismo militar, que es altamente perjudicial al País, y especialmente al ejército. Los caciques militares, barrenando todos los reglamentos, las leyes y las reales órdenes vigentes, han tratado siempre de hacer ejércitos que les pertenezcan. Todavía no lo ha podido conseguir ninguno de ellos, y el mismo ejército les ha aplicado el castigo á que se han hecho acreedores por pretensión tan incalificable. Los caciques militares han abandonado los intereses generales del ejército, grangeándose el descrédito y la enemistad de la masa general de éste, y únicamente se han

ocupado de los intereses particulares del personal que han premiado con profusión, con la pretensión de hacer un ejército adicto á sus personalidades. Los caciques militares se hieren el corazón y los labios pronunciando frases que deshonran al ejército, para hacer creer que individuos de todas las categorías que pertenecen á éste se hallan al servicio de sus personalidades, obligando á los que por necesidad ó por falta de condiciones de carácter, quieren prosperar rápidamente en su carrera, adquirir algún destino ó colocación y sostenerse en los cargos que ejercen, á declarar que pertenecen á la personalidad de un cacique, como si el uniforme militar pudiera confundirse con la librea de la servidumbre, degradándose el ejército hasta el punto de ponerse al servicio de un hombre.

Los caciques militares pretenden anular la autoridad del Ministro de la Guerra y de los Directores generales de las armas, exigiendo que en el tablero militar que tienen á sus órdenes se les coloque todo el personal que les es adicto, para asegurar el orden público, lo que origina la formación de camarillas que detestan los ejércitos y contra las cuales hace causa común la masa general de éstos, quedándose completamente aislados los caciques generales que los mandan.

A los Gobiernos les perturba constantemente el caciquismo militar con sus exigencias é imposiciones personales que pocas veces tienen buen criterio. No vela nunca el caciquismo por los intereses generales del Estado y del ejército, ni estudia aquéllos para presentarlos á la solución del Gobierno. Á pesar de que se otorgan al caciquismo toda clase de concesiones personales, se impresiona éste con facilidad. Un jefe ú oficial de reemplazo, ó cualquier clase de tropa, que en un momento de mal humor da muestras de excitación, ó se preocupa de cualquier accidente ó episodio insignificante, exige la separación y el extrañamiento de su distrito de los que han vociferado ó hecho alguna algarada, y hasta pide refuerzos para poder responder de las fuerzas que manda. Concluyendo siempre el caciquismo militar, como lo demuestra la historia contemporánea, por no garantizar el orden

público, á pesar de haberse rodeado de todo su personal adicto.

Los Gobiernos en España no han tenido estabilidad alguna y no han podido dedicarse más que á sostenerse en el poder. Una misma política ha actuado siempre, la que ha producido el desarrollo de las pasiones más perjudiciales, la falta de caracteres, la persecución de éstos, el incalificable caciquismo, la pérdida de la fe, la indiferencia graciosa, la indolencia criminal y la hidrofobia del poder, basado todo en la falta de patriotismo y de desinterés.

La historia contemporánea ha demostrado con los hechos consumados que todas las formas de gobierno, mas las distintas opiniones políticas que existen, no han organizado al País, habiendo andado éste todas las etapas sin haber encontrado la tranquilidad y el bienestar, sin haber consolidado el régimen constitucional y parlamentario, y sin haberse podido ocupar un solo día de la política nacional, por temor á la funesta política interior.

Es preciso é indispensable imponer al País el patriotismo y desinterés para salvar la patria.

El primer Gobierno á quien *le importe poco durar un mes en el poder*, y en el acto mismo que ocupe éste prescinda por completo del caciquismo militar y civil tal como está constituido, lo combata decidida y enérgicamente, *desprecie ó castigue con rigor á todo el que quiera imponérsele, especialmente á los que se titulen sus amigos*, para ejemplo de los demás; elija autoridades de carácter que secunden su pensamiento, y las apoye con todas sus fuerzas, y *cumpla y haga cumplir las leyes, los reglamentos y reales órdenes vigentes*, impondrá el patriotismo y el desinterés al País.

El Gobierno que haga esta política *constante y enérgica*, disfrutará de un gran principio de autoridad en la gobernación del Estado, en el País y en el ejército, y se eternizará en el poder. Gobernará con el sistema constitucional y parlamentario. Podrá ocuparse del bienestar y felicidad de la Patria, porque gozará de tranquilidad interior. Y llegará el día que España pueda hacer política nacional para elevarse á la altura en que debía estar colocada hace muchos años.

El País tiene hambre y sed de un Gobierno de esta clase, aunque no fuera más que por la novedad, porque está hastiado de una misma política, la que siempre ha producido idénticos resultados.

Si todos los partidos no cambian de política y no se inspiran en el patriotismo y en el desinterés, es indiscutible que la anarquía será la triste herencia final de todos.

MANUEL PAVÍA.

(Se continuará.)





MIS APUNTES



FICIONADO por natural inclinación al estudio de carcomidos pergaminos, seculares códices y otras antiguallas pertenecientes á los tiempos medios, llamados bárbaros por quienes los desconocen, parécenos conveniente exponer, siquiera sea en relación, indicando á la vez el lugar donde se conservan, algunos de los mencionados documentos, para la generalidad desconocidos, á fin de que los eruditos los puedan consultar y utilizarlos cada uno según la índole de sus particulares trabajos científicos, literarios ó históricos.

Émulo de algunos de nuestros queridos é íntimos amigos y muy distinguidos por su laboriosidad é ilustración, individuos del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, debemos, sin embargo, reconocer que nuestros estudios hasta ahora realizados no alcanzan la importancia de los por aquéllos hechos para destruir y pulverizar el célebre diploma del voto de Santiago, y para advertir la exposición en que á un incendio se encuentran nuestra artística é importante catedral de Toledo, San Juan de los Reyes y otros monumentos arquitectónicos de la misma ciudad, por la gran cantidad de fósforo que contiene la piedra, en otro tiempo deno-

minada mármol de la rosa, que constituye la construcción interior, muy especialmente de los dos templos nombrados; materia inflamable, que documentalmente consta motivara el voraz incendio ocurrido en 1680 en el capitel de la torre de las campanas de la citada catedral que, construido de dicho mármol, ardió completamente, como hecho de cera, y el sucedido á principios de este siglo en el claustro del mencionado San Juan de los Reyes, que, también construido con la misma materia, destruyó una parte de la primera, en su clase, de nuestras maravillas artísticas.

Menos perspicaz y menos afortunado que nuestros aludidos amigos, no ha de ser motivo éste bastante para que dejemos de dar publicidad á las siguientes noticias que consideramos de útil conocimiento, y para no ampliarlas en ulteriores artículos, si el presente no parece árido por su añeja y, entre nosotros, desusada materia.

En una de nuestras excursiones arqueológicas á la antigua corte visigoda, histórica ciudad de Toledo, no fué poca la satisfacción que una circunstancia casual nos proporcionó, franqueándonos las puertas de la, con razón, celebrada Biblioteca de códices del cabildo de aquella suntuosa catedral. Nunca mayor confusión experimentamos al vernos rodeados de tantos códices y de tan raro mérito, por no saber á quién dar la preferencia en nuestro examen, para mejor aprovechar el tiempo, por demás reducido, de que disponíamos; pero entre lo mucho que vimos y anotamos sin darnos momento de reposo, casi imitando en este punto á los extranjeros, que cuando visitan nuestros Archivos históricos y Bibliotecas pretenden en una ó dos sesiones haberlos estudiado, para después en sus respectivos países escribir grandes Memorias, contando de nuestras cosas las mayores lindezas, no de otro modo que si hablaran de la luna, hé aquí algunos de nuestros apuntes, que, como tomados á vuelapluma, así deseamos sean apreciados.

Acabábamos de ver la capilla del rito mozárabe y asistir á la misa celebrada bajo este rito bizantino, como complemento de nuestra visita á la catedral de la Primada, cuando, instalados en su Biblioteca y dirigiéndonos á los dos más

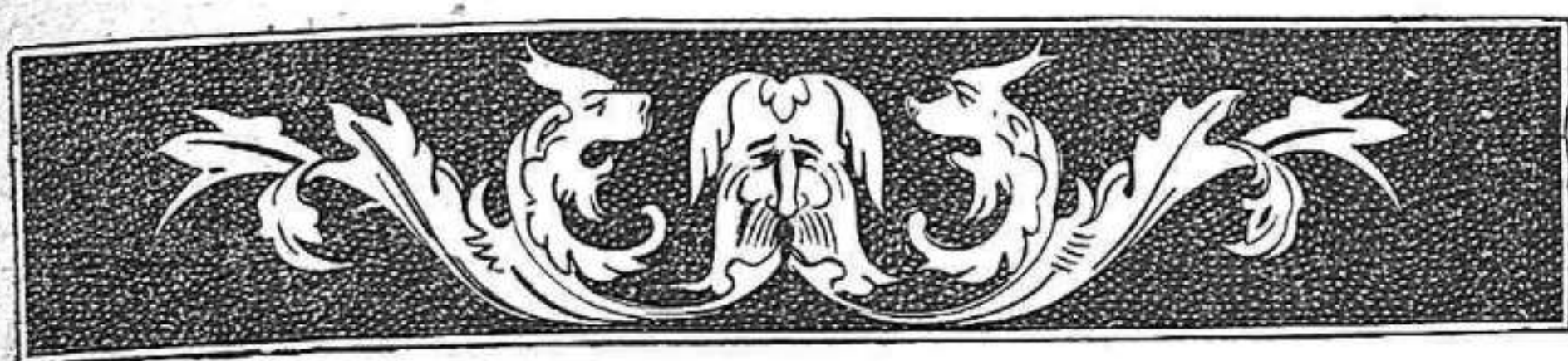
próximos códices, porque todos los que se nos ofrecían á la vista, no conociéndolos, nos parecían de igual importancia, tropezamos con dos volúmenes litúrgicos mozárabes, folio, pergamino y encuadernados en tabla, que por su letra visigoda, trazada con cálamo ó caña, por la ornamentación, notación musical, muy anterior al Aretino, y otros caracteres, creemos corresponden al siglo X de nuestra Era. Y, ciertamente, si hemos de confesar la verdad, diremos que fué tan profundo el sentimiento de respeto que nos inspiró la contemplación de tan venerandos restos, como fría impresión nos hizo la manera como quiere hoy recordarse aquel rito que para arrancarlo de nuestras iglesias, de tantos disturbios, con justa causa, fué motivo. Ni la forma de las vestiduras y vasos sagrados, ni la música, ni ninguna de sus exterioridades hallamos en carácter para, en su virtud, remontarnos en alas de nuestra imaginación á aquellos apartados tiempos y fantasearlos siquiera bajo su aspecto religioso. Por esta razón llamamos la atención sobre tan valiosos códices, pues su estudio para el verdadero conocimiento, aunque sólo sea de la liturgia é historia del arte de la música y de la pintura de aquellos siglos, lo conceptuamos en estos tiempos de crítica de suma importancia.

Cúponos en suerte ver á continuación el notable, por más de un concepto, misal del cardenal Quiroga, compuesto de diez volúmenes, folio, vitela, letra del siglo XVI y encuadernado en tabla, de cuya obra de arte nadie sabemos haya hablado hasta ahora. Y en verdad, asombrados quedamos al contemplar aquellas tan acabadas miniaturas, suscritas muchas por los hermanos Salazares, Ambrosio y Juan, racioneros ambos de la Primada, que por su puro y correcto dibujo, excelente color y bien entendidos y dispuestos asuntos de algunas, creemos pueden con ventaja rivalizar con muchos miniaturistas de su tiempo, así nacionales como extranjeros. Lleno de entusiasmo al consignar los nombres de tan consumados maestros, rogamos á nuestros artistas pintores los estudien, no tan sólo para conocer la historia de nuestra miniatura, sino que también por la enseñanza que seguramente han de sacar de su detenido examen.

Tememos habernos acaso extendido demasiado, y sospechando que nos hacemos indigestos para los más, no acostumbrados á este género de lectura, ponemos aquí punto final con la cita de Castro (Alvaro de), *Antidotario médico*, folio, papel, letra del siglo XVI, tabla, y Vilanova (Arnaldo de), *Recetas varias*, 4.º, papel, letra del siglo XV, tabla, que consideramos como dos datos interesantes para la bibliografía médica, y que, como los anteriores códices, se conservan en la referida Biblioteca.

A. UBIQUE.





LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

DE LA

MECÁNICA QUÍMICA ⁽¹⁾

VII.

DINÁMICA QUÍMICA (B).



AS ideas que hemos adquirido sobre la combinación, nos permiten verla y considerarla desde un punto de vista enteramente dinámico; en efecto, sea la combinación endotérmica ó exotérmica, lenta ó instantánea, siempre nos hallamos en el caso de determinar la resultante de varias acciones que se ejercen entre los diversos elementos de un sistema que reacciona; unas veces es preciso impulso inicial para que el fenómeno químico se verifique, como es necesario un impulso primero para vencer aquella resistencia que al movimiento de un cuerpo se opone; después de este primer impulso, á partir del estado inicial, una serie de transformaciones, casi siempre

(1) Véase la pág. 426 del tomo XXXIV.

apreciables de un modo semejante á las modificaciones que un móvil experimenta mientras describe su trayectoria. Las combinaciones pueden desprender calor, como el cambio de estado de un gas en líquido, ó absorberlo, como en el cambio inverso; de donde deducimos que la combinación es un fenómeno mecánico, y que este fenómeno es un cambio de estado no reversible.

El anterior estudio de la combinación no nos ha dado solamente el resultado final que acabamos de apuntar, sino que también del estudio de sus condiciones especiales, hemos deducido la explicación de multitud de fenómenos que eran antes atribuidos á abstractas y especiales fuerzas; las afinidades predisponentes, las fermentaciones, y sobre todo, la teoría de los radicales, han encontrado explicación cumplida y perfectísima, siempre dentro del criterio mecánico con que se ha considerado á la combinación. Ocupémonos ahora del fenómeno químico inverso al estudiado.

b.—Descomposición química. Damos este nombre al fenómeno en virtud del cual un cuerpo compuesto, y único se desdobra en otros, ya simples, ya compuestos, dotados de propiedades diversas y que son precisamente sus elementos. Un cuerpo *C*, por ejemplo, por la acción de ciertas influencias, puede desdoblarse en otros *a b c d...* de los cuales cada uno goza de propiedades distintas de las del cuerpo de que proceda. Hay que notar una diferencia que existe entre la manera de considerar á la descomposición en las escuelas antiguas y el modo como se le mira dentro de la Mecánica Química. Para quien no vea un fenómeno mecánico en el acto de la combinación, la descomposición química es un desdoblamiento fijo para cada cuerpo, porque los elementos que le constituyen no se encuentran en él como integrados, sino en grupos que se diferencian perfectamente, y la descomposición no es más que la diferenciación de esos grupos. Dentro del moderno espíritu científico, la descomposición no reviste siempre la misma forma para cada cuerpo, y es porque se consideran en él todos los elementos integrados, unidos, formando un todo homogéneo, sin que esa agrupación metódica y artificiosa exista; por eso en cierta manera los produc-

tos de la descomposicion son como producto ó funcion del medio empleado, del agente especial que en la descomposicion se hace intervenir.

Siendo la descomposicion un fenómeno inverso á la combinacion, claro está que si ésta ha tenido lugar con desprendimiento de calor, aquélla ha de verificarse con absorcion, notando que el calor absorbido en una descomposicion es precisamente igual al desprendido en la combinacion del sistema que se descompone; de donde se deduce que para que tales descomposiciones se verifiquen, es preciso la intervencion de un agente extraño que, rompiendo los lazos que unen los diversos elementos del sistema, les dé el calor necesario para que puedan aislarse; notando bien que esta energía extraña ha de ser muy superior á la precisa para que la descomposicion tenga lugar, ó lo que es lo mismo, que ha de representar una cantidad de calor mucho mayor que la que el cuerpo desprendió en su formacion; porque es preciso un trabajo preliminar que lleve al cuerpo á un estado en el que sus elementos adquieran aptitud para separarse.

Las energías extrañas puestas en juego para el acto de la descomposicion son el calor, la electricidad, la luz y la energía que Berthelot llama de *desagregacion*, que no es otra cosa que la energía desenvuelta en la disolucion, y que puede referirse á la energía del calor.

Si la combinacion es endotérmica, tambien se precisa la intervencion de energía extraña y de un trabajo preliminar para verificar la descomposicion, y esto se comprende muy bien. Si las combinaciones realizadas con absorcion de calor no necesitaran para descomponerse esta energía extraña, no podrian subsistir á la temperatura ordinaria, porque residiendo en ellas mucha energía, y no habiendo lazos moleculares ni exteriores que á estas energías se opongan, el desdoblamiento, la reduccion á sus elementos seria perfectamente espontánea; de ahí la necesidad de un primer impulso para que la descomposicion se verifique, porque es preciso poner á los elementos en estado de aislarse, trabajo á la energía externa encomendado; pues sin este impulso, á veces pequeníssimo é instantáneo, la descomposicion seria imposible.

De esto podemos deducir el diferente papel que las energías exteriores gozan en las descomposiciones, ya éstas se efectúen en reacciones endotérmicas, en las que todo el trabajo se debe á las energías exteriores, ya en las exotérmicas, en las que gozan el simple papel de causa determinante.

Es una como ley fundamental, establecida despues de los magníficos estudios de la disociacion, que todos los compuestos químicos se descomponen por la accion del calor. Suponed el cuerpo que querais, el más estable y unido, aquel en el que los elementos componentes están enlazados con estrechísimos y fortísimos vínculos. Pues bien; ese cuerpo es descomponible por el calor, ignoramos muchas veces á qué temperatura, pero todos los experimentos hasta hoy realizados en el sentido de determinar la accion del calor sobre los compuestos químicos, llevan á admitir que por medio de una temperatura progresiva y continuamente creciente, todos, absolutamente todos, son descomponibles. Para cerciorarse más de esta regla gèneral, que á ser ley fija tiene tendencia muy marcada, basta fijarse primero en los trabajos de H. Saint-Claire Deville sobre la disociacion de los cuerpos por el calor, y luégo en lós recientes estudios de Mr. Raoul Pietet sobre la posible disociacion de los metaloides, de cuyo último trabajo se desprende como una verdad incontrovertible que todos los cuerpos, aun aquellos que como simples ó elementales se consideraban en la Química, son reductibles á otros más simples elementos con el único auxilio del calor, sólo que no está á nuestro alcance, ni nuestros medios de obtener focos caloríficos nos permiten llegar á aquellas elevadísimas temperaturas en las que se alcanza el desdoblamiento ó disociacion de las sustancias por elementales tenidas.

Mas no por eso se crea que las tales sustancias simples no se encuentran jamás desdobladas en la naturaleza. Segun los estudios espectrográficos más autorizados y recientes, en la atmósfera solar, en donde existen el silicio, el calcio y el hierro en vapor, los metaloides deben encontrarse en perfecto estado de disociacion, que el sabio Pietet propone obtener concentrando en un pequeño espacio mucha potencia

calorífica de las radiaciones solares, temperaturas elevadísimas y nunca alcanzadas, á las que los metaloides y las sustancias que como elementales se consideran en Química, podrian someterse en la seguridad de obtener su perfecta disociacion, lo cual proporcionaria á la ciencia un punto de vista enteramente nuevo, que ensancharia más todavía el ya dilatadísimo horizonte que el análisis comprende. Mas como quiera que sea, la ley de la descomposicion química por el calor resulta siempre general para nuestros medios de experimentacion y para los cuerpos que á nuestro alcance están para su estudio.

Es curiosa y muy digna de tomarse en cuenta la variedad que reviste esta accion química del calor. La descomposicion química realizada por su intermedio, aunque puede llegar en último término, dentro de la general medida, á las sustancias más simples y elementales, reviste mecanismos muy diversos, acciones variadísimas que se parecen á trayectorias diversas que un móvil puede recorrer entre dos posiciones distintas.

Si suponemos un compuesto definido A que pretendemos desdoblar ó descomponer hasta sus más simples elementos por intervencion del calor, puede este trabajo realizarse por maneras muy diversas. Consideremos al cuerpo A como un gas; en virtud de su constitucion, el calor actuando sobre él determinará una mayor vibracion de sus partes; el movimiento general de la masa gaseosa sufrirá un aumento, y por tanto, la fuerza viva á cada elemento correspondiente sufrirá un mayor incremento y el movimiento general del sistema sin cesar se hará más rápido; á pesar de todo esto, sin embargo de este aumento de energía, la molécula compuesta existe en toda la masa del cuerpo, se conserva la composicion y la homogeneidad; mas llega un punto, que se pretende fijo para cada cuerpo, á partir del cual todo sucede de un modo violento; la velocidad de los movimientos crece súbitamente, los conflictos moleculares son mayores, los lazos que atan unos á otros los elementos del cuerpo son debilísimos y llegan á romperse; entonces, al llegar aquí, se determina la descomposicion; la fuerza viva comunicada al cuerpo y en

sus elementos repartida desata éstos, y rótos los lazos que los unian y devuelta á cada uno la energía que primitivamente tenía y que á la combinacion habia aportado, para fundirla con la de los demás y formar así y componer de este modo un lazo que á los otros elementos en integracion le unia, la descomposicion tiene lugar; porque de igual modo que un sólido no puede subsistir tal sólido cuando ha recibido cierto aumento de fuerza viva y tiene que volverse líquido ó gas, así el cuerpo que consideramos, con un aumento considerable de energía, no puede subsistir tal cuerpo y se desdobra en sus elementos, restituyendo á cada uno aquella energía que para su union con los demás trajera.

Y este resultado de la accion del calor, esta primera manera de actuar la energía calorífica sobre los cuerpos, puede considerarse siempre dentro de la teoría cinética de los gases—en el supuesto de que el cuerpo sea gaseoso—como una causa de la aceleracion del movimiento rotatorio por aumento de la fuerza centrífuga; pues que puede suponerse, siempre dentro de la teoría de Clausius, que un gas, en conjunto considerado, está animado de continuo movimiento rotatorio, el cual, por aumento de fuerza viva, se acelera y causa aumento de vibracion, y como tal aceleracion se hace siempre á favor de la fuerza centrífuga, resulta que las vibraciones individuales, que la oscilacion de cada elemento gaseoso es más amplia, y de aquí su separacion y la ruptura de todo lazo que establece relaciones ó enlaces entre los dichos elementos. Por esto el efecto general del calor sobre los cuerpos es su desdoblamiento ó disociacion causada por un trabajo, que es aumento de fuerza viva y separacion de los elementos gaseosos, y si éstos son de los que como compuestos se consideran individualmente, se descompondrán tambien reduciéndose á su más simple y elemental expresion.

La accion del calor sobre los compuestos químicos se reduce, por lo tanto, á un aumento de fuerza viva que sin cesar tiende á descomponer los cuerpos en sus más elementales componentes, haciendo salir de sus esferas á las moléculas más elementales, de modo que entre ellas no puedan

ejercerse esas acciones recíprocas que se determinan en el acto de su union y cuyas acciones son precisamente la causa de que permanezcan integradas formando un todo único, que como cuerpo se estudia en la química. Por eso, volviendo á nuestro ejemplo, debemos admitir que un cuerpo, tal como *A*, en virtud de la acción del calor se descompone al llegar á cierta temperatura en elementos tales como *a b c d....* mas notemos que no se termina así ni de esta manera todo el trabajo y acción del calor, sino que después de esta separación elemental pueden ocurrir sucesivas trasformaciones que merecen toda nuestra atención.

La descomposición puede detenerse en un punto determinado desde el cual ya no puede llegarse á otros elementos ó sustancias más simples; puede, pues, la acción del calor ser limitada, ó por el contrario llegar la descomposición hasta un extremo tan lejano que los desdoblamientos no tengan límite; de aquí la división de las descomposiciones en *ilimitadas y limitadas*.

Permítaseme á este propósito y antes de entrar en el exámen de la clasificación establecida, emitir una idea, que podrá parecer algo atrevida y poco conforme al sentido general que en la mecánica química domina. Para mí todas las descomposiciones son ilimitadas; considerad de la manera que mejor pueda pareceros la acción del calor sobre los cuerpos; intentad, siquiera un momento, el figuraros que hay en el desdoblamiento de una sustancia un límite elemental del cual es imposible pasar más adelante; ¿no vale esto tanto como admitir que la acción general de la fuerza viva, que sus aumentos se detienen en un punto preciso y fijo para cada cuerpo? ¿No es lo mismo admitir el límite en la descomposición que afirmar que el fenómeno no es continuo, y que hay diversos modelos, varias sustancias elementales, diversas especies de materias? Dígase, en buen hora, que nuestros medios de comunicar fuerza viva á los cuerpos no nos permiten ir más allá de un cierto punto en los desdoblamientos y descomposiciones, y afirmese que los elementos químicos no son tales sino en función de nuestros medios de análisis; pero no se niegue que la acción de la fuerza viva

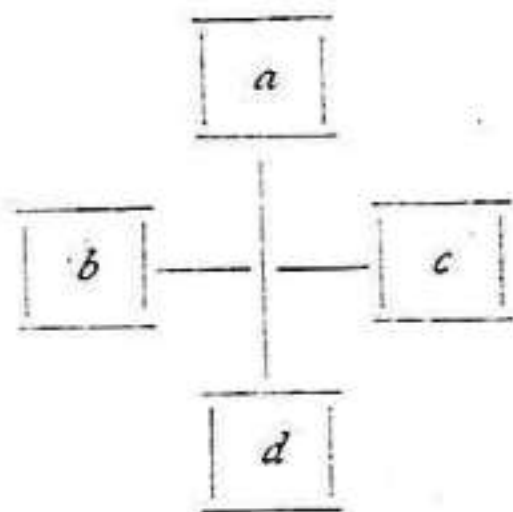
puede detenerse, puede llegar á un extremo más allá del cual no tiene la menor influencia sobre los cuerpos, porque tal afirmacion seria opuesta á todas las nociones adquiridas sobre la persistencia de la energía y la trasformacion general de movimientos.

Examinemos, á fin de ver más clara esta idea, cuáles son los caracteres de las descomposiciones ilimitadas y de las limitadas.

Pueden ser de tal naturaleza los trabajos efectuados por el agente exterior—que suponemos siempre que es la energía calorífica,—que una vez separados del cuerpo que nos sirve de ejemplo los elementos há poco indicados, éstos no se reunan jamás, no se recompongan nunca para constituir de nuevo el compuesto que los encerraba. Sucede otras veces—en las combinaciones endotérmicas—que los elementos resultantes no tienen en ellos mismos la energía precisa y necesaria para unirse, y acaece otras que, á pesar de la existencia y presencia de la energía necesaria, circunstancias especiales se oponen á que el compuesto se reproduzca en condiciones en que una simple agitacion determinaria de nuevo la union de los elementos. En cualquiera de estos casos iniciada la descomposicion á una determinada temperatura, llega hasta su fin á la misma temperatura, su velocidad es lo único que varia en relacion con el número de choques moleculares, en determinado tiempo, con la intensidad de la fuerza centrífuga y con las amplitudes de las oscilaciones capaces de dislocar las moléculas compuestas; de cuyas relaciones se deduce que la velocidad de la descomposicion aumenta con la temperatura.

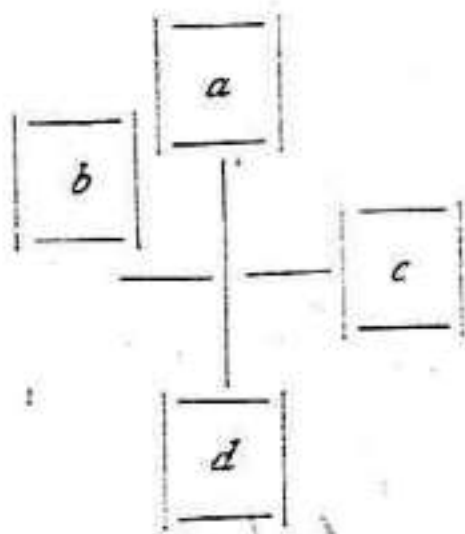
Suponed el caso contrario; pensad que los cuerpos resultantes pueden colocarse en tal estado que se recombinen formando de nuevo el compuesto ó que un solo momento pueden acercarse los elementos y determinar en un punto tan solo, la combinacion (pues esto basta como ya sabemos para que la accion continúe, como basta mover una piedra para que la naturaleza entera continúe este movimiento) tiene lugar, la accion se continúa indefinidamente y el compuesto se regenera. Para comprender cómo esto sucede, pense-

mos en que los elementos $\boxed{a} \cdot \boxed{b} \cdot \boxed{c} \cdot \boxed{d} \dots$ se han aislado por descomposición del cuerpo A y supongamos que se mueven en esta forma:



Las acciones ejercidas entre ellos les impiden acercarse, y de consiguiente no pueden regenerar el cuerpo de que proceden: será esto una descomposición ilimitada. En este caso en ninguna de las posiciones en que considereis á estos elementos se combinan porque ó no pueden aproximarse porque los trabajos que los han llevado á tal estado han hecho imposibles íntimas acciones entre ellos ó porque carecen de energía para aproximarse y fundirse en un compuesto ó porque, aunque tengan energía suficiente y haya presente fuerza necesaria para la combinación, sus distancias y sus movimientos individuales se oponen á que, por virtud de agitación, la combinación se verifique.

Pero podemos suponer tambien el caso contrario; podemos por una causa cualquiera modificar la posición relativa de estos elementos; supongamos que tal posición se modifica de la manera que indica la figura adjunta:



Modificada en un punto solo esa posición, alterado el sistema, veamos lo que sucede. En nuestro ejemplo hemos supuesto que el elemento \boxed{b} se ha movido, entrando dentro de lo que pudiéramos llamar esfera de acción ú órbita del

elemento \boxed{a} ; como la posición primitiva de los cuatro elementos que consideramos depende de las acciones que entre ellos se ejercen, en el momento en que tales acciones se alteran, y el movimiento de uno cambie, los otros sufren la misma alteración, y como basta que un elemento solo se precipite sobre otro, que haya un punto de conjunción para que la combinación se verifique, sucede que ésta tiene lugar porque el elemento \boxed{d} de nuestro ejemplo se precipitará sobre \boxed{b} y á su vez el elemento \boxed{c} sobre el \boxed{d} , formando el compuesto de que habian procedido, en esta forma:



Esto nos dice que no se necesita más que una vibración individual, que un movimiento de un solo elemento produzca choque con otro elemento, que, en una palabra, se regenere en un solo punto el compuesto, por recombinación de los elementos, para que la combinación de toda la masa tenga lugar, y esto es precisamente una descomposición limitada. En este caso la velocidad de la descomposición y la de la combinación dependen del número de choques de los elementos y de su fuerza viva, y se concibe que si por una parte un cuerpo se descompone y por otra se regenera, siendo estas dos acciones continuas puede llegarse á un punto de equilibrio entre tan contrarias acciones por el incesante progreso de la descomposición, y este equilibrio está precisamente determinado porque la cantidad del cuerpo que se descompone en un tiempo dado es igual á la cantidad que en el mismo tiempo se forma.

Es, pues, en muy diverso sentido del que á primera vista parece en el que se toma lo que se llama límite de las descomposiciones; porque tal límite no se refiere ni á lo elemental ó simple de las sustancias obtenidas, sino á la posibilidad ó no posibilidad de que los elementos obtenidos regeneren el compuesto de que proceden, de manera que podamos decir

que descomposiciones ilimitadas son aquellas en las que no se dan circunstancias en las que la combinación se regenera, y limitadas aquellas en que sucede lo contrario.

Las descomposiciones limitadas exigen de necesidad una reacción inversa que puede ser determinada por circunstancias varias; un descenso de temperatura puede ocasionar la unión de ciertos elementos y efectuarse así la reacción inversa; un cambio de presión en otros casos determina el mismo efecto, que también puede ser causado por variaciones en la proporción de los cuerpos que reaccionan. Observa Berthelot en este punto una cosa harto curiosa; basta que una de estas circunstancias se presente en una descomposición para que ésta sea limitada.

Aquí es necesario observar la influencia de la presión, ó mejor, de la tensión á que se obtienen los cuerpos disociados. Los procedimientos de Saint-Claire Deville permiten, utilizando la energía del calor, llegar á la disociación completa de varios cuerpos; mas es preciso tomar ciertas precauciones para el estudio de los productos obtenidos por disociación, porque tal tensión adquieren y de tal modo durante el experimento se comprimen los elementos que precisamente son siempre gaseosos, que sus relaciones mutuas se establecen al momento y el compuesto se regenera. La disociación del agua ofrece buen ejemplo de esto. Haré observar también que Raoul Pietet, en su excelente trabajo sobre la disociación posible de los metaloides, se propone este carácter de limitadas, que tienen tales descomposiciones como la principal dificultad, puesto que obteniéndose los cuerpos elementales en estado gaseoso, ocupan mucho volúmen, y por una parte ceden parte de su calor á la cámara en que la operación se efectúa, y por otra las paredes de esta cámara ejercen presiones que causan la recombinación, dándose, por tanto, el fenómeno inverso requerido por toda descomposición limitada.

Presentaré una curiosa cuestión, que estudiaremos con mucha brevedad, cuando se consideran las descomposiciones limitadas; la cuestión es ésta: ¿Qué relación hay entre la temperatura y la cantidad del cuerpo que subsiste sin des-

componerse? Teniendo presente que esta temperatura depende del número de choques elementales y de la cantidad de fuerza viva de los elementos, podemos decir que, en general, la cantidad subsistente del compuesto es tanto menor cuanto mayor es la temperatura, y puede suceder que ésta sea tan elevada, que tan amplias sean las vibraciones elementales, que tanto se separen los elementos, que toda combinación sea imposible, porque imposible es que las energías individuales se unan ni en un solo punto; por esto debe admitirse que realmente la descomposición existe entre dos límites de temperatura.

Considerando ya estos dos grupos que se forman con las descomposiciones, debemos estudiar en cada uno el carácter de la reacción, el trabajo preliminar, los productos de la descomposición y su velocidad.

Tratándose de las descomposiciones, podemos decir que las hay endotérmicas y exotérmicas, lo mismo que las combinaciones; y así como en éstas no es fijo el carácter de desprendimiento ó absorción de calor, lo mismo pasa lógicamente en el fenómeno inverso que ahora consideramos; hay descomposiciones sin límites, que son endotérmicas unas veces y otras exotérmicas; las limitadas se comprende muy bien que han de tener el carácter de endotérmicas, sin embargo que algunas pertenecen á la clase de las que desprenden calor; circunstancias cuya variabilidad puede explicarse por los trabajos verificados durante el fenómeno.

Sobre el trabajo preliminar observaremos que no es una cantidad constante. Hemos dicho antes que las reacciones endotérmicas se producen exclusivamente con la intervención de energías extrañas al sistema, y que estas energías son únicamente condición determinante en las reacciones exotérmicas; en las primeras hay que hacer una distinción: el trabajo de las energías exteriores es de dos maneras; parte es preciso que sea *físico*, esto es, que se dedique y tenga por objeto producir en los cuerpos las modificaciones necesarias, tales como la elevación de temperatura, la fusión ó cualquier otro cambio que produzca un estado tal que los elementos se coloquen como en posición para venir luego el trabajo *químico*,

que tiene por objeto desatar y romper los lazos que retienen unidos los elementos en mutua dependencia, cuyo trabajo es funcion de la temperatura.

La inconstancia de la energía precisa en las descomposiciones endotérmicas se explica, porque todo fenómeno no tiene lugar de un modo pronto é instantáneo; no basta, en efecto, dar á un cuerpo el calor que en su formacion ha desprendido, sino que ha de darse con exceso para cumplir, como antes se ha dicho, trabajos especiales, que le ponen en condiciones de llegar á la realizacion del fenómeno. Es necesario colocar al compuesto en posicion, destruyendo cuantas resistencias se opongan, y esto explica la precision del empleo de una mayor cantidad de energía que la estrictamente necesaria para efectuar la descomposicion.

Cuanto á las descomposiciones exotérmicas, se pueden aplicar los mismos razonamientos, con sola la diferencia de que el valor absoluto del trabajo químico es negativo.

Puede explicarse muy bien el hecho de la constancia de la temperatura en la realizacion de las reacciones que absorben calor, porque el trabajo molecular que se efectúa tiende á producir contrarios efectos á los que la afinidad produce, y como el trabajo molecular aumenta á medida que la temperatura se eleva, resulta que llega á ser mayor que el trabajo de las afinidades. Por esto se comprende la necesidad de la elevacion de temperatera, para que las reacciones que desprenden calor se verifiquen.

Justifica esto el hecho de que el trabajo ejecutado, aunque del mismo signo, no tiene relacion alguna con el trabajo de las afinidades; pero se añade á él. Por esta razon, el trabajo preciso en las reacciones endotérmicas, trabajo que cumple y es debido á la calefaccion, responde de hecho á la destruccion de relaciones y lazos y á la colocacion de los cuerpos, como estaban en el sistema inicial, cuya razon demuestra y da razon de la permanencia de los compuestos en estas reacciones formados: su sola existencia á la temperatura ordinaria, residiendo en ellos una gran energía, siendo por decirlo así un almacen de fuerza, es el ejemplo y la comprobacion más evidente de este modo de ver las cosas, en virtud

del cual decimos que para destruir una combinación que absorbe calor, se necesita la elevación de temperatura.

Es necesario fijarse mucho en este importante hecho; es necesario ver con toda claridad la razón de la necesidad de elevar la temperatura para provocar descomposiciones endotérmicas. Por la sola existencia de combinaciones de este orden á la temperatura ordinaria; por el solo hecho de la conservación indefinida de los lazos que mantienen el sistema en el estado determinado como final en la combinación, colegimos el equilibrio que necesariamente ha de existir entre las acciones moleculares propiamente tales y los trabajos debidos á la afinidad, y no puede ménos de existir realmente tal equilibrio, pues en el contrario caso la preponderancia de los trabajos moleculares causaría la inmediata descomposición. De aquí la necesidad de un nuevo trabajo del calor que se traduce por un cambio repentino de posición y relaciones de los elementos del sistema, que precisamente es lo que se necesita para que los trabajos moleculares preponderen, y la descomposición se verifica entónces.

En las descomposiciones limitadas, el trabajo preliminar se considera únicamente con relación á la parte descompuesta, sin contar para nada con lo demás del cuerpo.

Tratando ya de los productos de la descomposición, esto es, de la naturaleza de los grupos en que los cuerpos se desdoblán, podemos clasificarlos en grupos elementales, que son aquellos que encierran sólo una de las sustancias en la Química consideradas como simples, y grupos, que á su vez son ménos compuestos, más ó ménos complicados que el primitivo cuerpo de que proceden. Para ver clara esta idea, supongamos que un cuerpo cualquiera *A* se descompone en sus elementos:

$$A = a + b + c + d \pm n \text{ calorías.}$$

El caso más sencillo que puede ofrecer es este desdoblamiento en sus elementos más simples; pero puede suceder que la reacción venga, suponiéndola limitada, por una serie de cambios ó modificaciones intermedias; así es que en algún caso tendremos en el primer momento:

$$A = ab + c + d \pm n \text{ calorías.}$$

De cuya reaccion es preciso, si se han de llegar á aislar los elementos de A , descomponer el producto primero ab .

Suponiendo que A es un compuesto ternario y que su descomposicion es exotérmica, tendremos algun caso en que se presente esta reaccion:

$$A = ab + c + n \text{ calorías}$$

y que á su vez este cuerpo ab , por intervencion de una mayor temperatura se desdoble en sus elementos, desprendiendo tambien cierta cantidad de calor en esta forma:

$$ab = a + b + m \text{ calorías,}$$

lo que da como trabajo definitivo de la descomposicion el siguiente resultado:

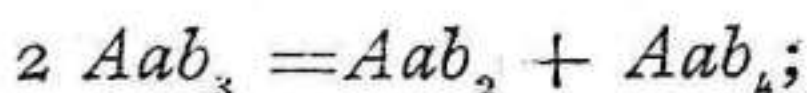
$$A = a + b + c + m + n = C \text{ calorías,}$$

cuya reaccion indica que en el caso presente la descomposicion del cuerpo tomado como ejemplo, no es instantánea, sino que pasa por estados intermedios, y que por tanto, para calcular el trabajo de este fenómeno, es necesario valuar ó medir los trabajos de cada uno de los estados ó transformaciones intermedias, y aún en este caso es sencillo el cálculo, porque otras veces se ofrecen mayores complicaciones. Así puede suceder que, descompuesto parte del cuerpo A produciendo el grupo ab , éste se una á cierta parte del cuerpo primitivo no descompuesto y produzca un cuerpo más complicado, desprendiendo cierta cantidad de calor, que, como es sabido, representa el trabajo de esta reaccion:

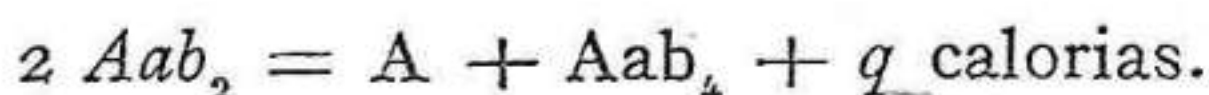
$$ab + A = Aab + s \text{ calorías;}$$

pero puede aún ofrecerse el caso de que el cuerpo Aab formado, no subsiste como tal, sino que sufriendo modificaciones especiales y dando lugar á nuevos trabajos, se complique más aún en nuevas combinaciones, desdoblándose otras veces por una especie de acumulacion ó condensacion. Supongamos

para esto una cantidad determinada de Aab y llamémosla $2 Aab_2$, tendremos



mas aún podemos suponer que de esta reaccion el cuerpo Aab_2 es inestable y que se descompone produciendo cierta cantidad libre de A y otra cantidad del compuesto Aab_4 en esta forma:



Nada tienen de hipotéticas estas reacciones, pues se cumplen perfectamente en casos tales como la descomposicion del bióxido de nitrógeno al color rojo sombra y en general en todos los carburos de hidrógeno, en los que la descomposicion por el calor determina la formacion de nuevos carburos que se combinan con más hidrógeno ó con otros carburos, constituyendo así la serie y variedad indefinida de compuestos que hace que Berthelot llame á tales reacciones descomposiciones con condensacion molecular.

Adviértase que hay una relacion constante y casi invariable entre la temperatura á que la descomposicion se verifica y la naturaleza y proporcion de los compuestos formados, de tal modo que puede afirmarse que la complejidad de los grupos es funcion de la temperatura y con ella crece; así las descomposiciones efectuadas á la temperatura ordinaria ó á temperaturas más bajas, engendran comunmente compuestos simples y productos regulares; pero si la temperatura se eleva, lo cual significa tan sólo aumento de fuerza viva, entónces las acciones moleculares son más bruscas é intensas, y en razon de esto, los productos son de más complicada composicion. Para ver esto claramente, podemos tomar el ejemplo que Berthelot pone, esto es, la descomposicion del nitrato amónico á diversas temperaturas:

1.º	$\text{NO}_6\text{H}, \text{NH}_3$	fundido	$= \text{N}_2\text{O}_2 + 2\text{H}_2\text{O}_2$	gaseoso	+ 25º
2.º	id.	$= \text{N}_2 + \text{O}_2 + 2\text{H}_2$	gaseoso	+ 43º
3.º	id.	$= \text{N} + \text{NO}_2 + 2\text{H}_2\text{O}_2$	gaseoso	+ 0º
4.º	id.	$= 1\frac{1}{2}\text{N} + \frac{1}{2}\text{NO}_4 + 2\text{H}_2\text{O}_2$	gaseoso	+ 31º
5.º	id.	$= \text{NO}_6\text{V}$	gaseoso	+ NH_3 gas - 38º

(Berthelot.)

Esta descomposición es endotérmica en cuatro casos, en los que tiene lugar con explosión; pero nótese que sucede este fenómeno porque la descomposición total es el efecto de un número indeterminado de reacciones sucesivas que se unen y se añaden para producir el efecto total. Debe notarse, en cuanto á las descomposiciones que se verifican con explosión, que la violencia de ésta es perfectamente proporcional á la cantidad de calor desarrollado: supongamos un cuerpo E que sea explosivo; si se le comunica una porción de calor c , podrá descomponerse produciendo ó absorbiendo calor; pero sin explosión, siempre que la cantidad de calor no sea suficiente para llevarle al punto en que las reacciones violentas tienen lugar, y no se crea que tal descomposición es solamente inicial; un cuerpo explosivo puede desdoblarse sin hacer explosión, siempre que la temperatura á que se descompone sea menor que la que necesita para detonar, de modo que la energía de la acción depende de la temperatura á que se verifique; por eso un cuerpo explosivo sólo lo es en virtud de violenta acción como la brusca elevación de calor ú otra análoga, que se traduzca por un rápido y pronto efecto.

Realmente, los cuerpos explosivos son tales por la multitud de reacciones que se verifican durante su descomposición, porque la multiplicidad y la complicación de las reacciones causa una infinita serie de efectos intermediarios que se unen todos para producir el efecto general.

La teoría general de la explosión cabe perfectamente dentro de la Termodinámica; para probarlo, Berthelot pone el caso más simple, la explosión determinada por el choque de un cuerpo que cae de cierta altura, en cuyo caso el efecto es debido al calor producido en el acto del choque. Después de una serie de consideraciones que no son de este lugar, llega Berthelot á la conclusión siguiente: «la explosión de una masa sólida ó líquida puede tener lugar según infinitad de leyes diferentes, cada una de las cuales está determinada, en igualdad de circunstancias, por el impulso originario. Cuanto más violento es el choque inicial, más brusca tiene que ser la descomposición que produce y más considerables serán las presiones ejercidas durante la producción

»del fenómeno; de consiguiente, una misma sustancia explosiva podrá dar lugar á los efectos más diversos segun el »procedimiento de inflamacion.»

Lo que antecede se presta á consideraciones muy importantes, en una de las cuales vamos á detenernos un instante; es esta cuestion la siguiente: ¿puede admitirse que los productos de la descomposicion química son siempre funcion de la temperatura en la que el fenómeno se verifica? Ó lo que es igual: ¿el límite de las descomposiciones lo indica sólo el grado de calor á que los cuerpos se someten? Yo contesto afirmativamente á estas cuestiones: hé aquí las razones que para ello aduzco:

El calor comunicado á un cuerpo cualquiera produce en él dos trabajos: uno físico, que modifica sus condiciones de densidad, conductibilidad, temperatura, etc.; otro químico, que tiende á violentar los lazos que la afinidad ha formado por las acciones recíprocas de los cuerpos elementales que constituyen el cuerpo en cuestion; que el trabajo físico es funcion de la temperatura, se demuestra en el hecho de la variacion de la densidad, por ejemplo, en perfecta y constante relacion con la temperatura; para decir otro tanto del trabajo químico, es necesario que demostremos que la sola influencia del calor, que la fuerza viva, en una palabra, puede hacer variar el modo y los productos de la descomposicion de los cuerpos. Nada tan cierto como esto. El no verificarse la explosion sino en un punto determinado; el variar la manera de descomponer cuerpos, como el nitrato amónico, segun las condiciones de temperatura; la diversa naturaleza de los productos obtenidos segun esa misma temperatura, ¿no son acaso pruebas de que de ella, y solamente de ella, depende el mecanismo del fenómeno inverso á la combinacion?

Precisamente, este calor que causa la descomposicion y que tantas variaciones produce en esta accion perfectamente mecánica, es causa de una cuestion especial, de la que muy pronto hemos de tratar. Todos los cuerpos binarios, ternarios ó cuaternarios se descomponen de modos muy diversos, segun la cantidad de calor que en el fenómeno interviene; la estabilidad de los cuerpos depende indudablemente de dos

circunstancias: primera, la mayor preponderancia de las acciones de la afinidad, y luego la complicación de los grupos moleculares; se comprende perfectamente por esto que toda acción del calor puede deshacer el edificio de la combinación; puede quitar varias partes de muchos modos, y de aquí que se separen los grupos moleculares de maneras tan diversas, siempre en relación con la fuerza viva que en la descomposición interviene; mas es preciso advertir que los grupos procedentes de la descomposición varían tanto más, cuanto mayor es la complicación del compuesto; así, los cuerpos ternarios, y los cuaternarios sobre todo, son susceptibles de mayores y más numerosas descomposiciones.

Esta idea nos lleva, como de la mano, á la consideración de un asunto interesantísimo, cual es la reciprocidad de la combinación con la descomposición.

Pueden establecerse en este punto las siguientes reglas generales: toda combinación binaria que se efectúa con desprendimiento de calor exige necesariamente que la combinación suceda ó se forme con absorción de calor, esto es, por la intervención de una energía extraña, de este modo:

$C = b + d + n$ calorías desprendidas, exige que la combinación

$b + d = C$ se forme con absorción de n calorías.

Mas téngase en cuenta que en los compuestos ternarios, y sobre todo en los cuaternarios, no hay esta regla, en su descomposición con desprendimiento de calor y explosión. En este caso, aunque los cuerpos se formen con desprendimiento de calor, su descomposición no es recíproca, como puede demostrarse en el solo hecho de que los compuestos binarios sólo pueden desdoblarse en sus elementos, mientras que los ternarios y cuaternarios pueden dar derivados que no son recíprocos con sus componentes.

Consideraciones experimentales sobre la descomposición de sustancias binarias y cuaternarias demuestran que las propiedades de tales cuerpos, aún de los explosivos, se explican por sólo el juego de las afinidades, sin la intervención de energías extrañas, sin la formación de compuestos simultáneos, sino que la condición de explosivo de un cuerpo está,

como antes hemos dicho, en el grado de temperatura á que la combinacion se verifica. De este modo, la cantidad de calor desprendida por un cuerpo al descomponerse, si hay explosion, se compone de la cantidad de calor desprendido si la operacion fuese á la temperatura y la cantidad de calor necesaria para llevar el cuerpo á la temperatura á que hace explosion, teniendo presente que el sistema de cuerpos á que se llega en tal descomposicion no es el mismo, ni se corresponde con el estado de los cuerpos constituyentes del estado inicial. «En los cuerpos explosivos, dice Berthelot, la destrucción se opera por una especie de combustion interna, ó mejor, á virtud de la energía de los compuestos subsistente en su mayor parte en el compuesto. Cuanto mayor es la energía conservada, menor ha sido la cantidad de calor desprendido en la formacion del cuerpo explosivo.» De donde puede deducirse que todos los compuestos explosivos se forman por una continuada serie de reacciones.

A la formacion y descomposicion de los cuerpos fermentescibles puede aplicarse este razonamiento si se considera, como Berthelot lo hace, que las fermentaciones son reacciones recíprocas con la formacion de los azúcares. Veamos algunas ideas acerca de esta cuestion.

Toda fermentacion da lugar al desprendimiento de calor, mas este calor no tiene otro origen que las reacciones generales que se cumplen en el sistema; así que la combustion es un fenómeno semejante á la fermentacion alcohólica, por ejemplo, porque en este fenómeno se produce ácido carbónico por una reaccion semejante á la combustion del carbono libre en el oxígeno libre. Berthelot demuestra que la cantidad de calor desprendido en el momento en que se forma ácido carbónico á expensas del oxígeno y del carbono combinados en el azúcar, es igual á los dos quintos del calor que produciria la misma cantidad de ácido carbónico formado á expensas del oxígeno libre.

Esta idea, resultado de minuciosas experiencias y de cálculos perfectamente establecidos, nos demuestra que no todo el calor formado se desprende, que no toda la fuerza viva como calor se determina en la formacion de ciertos compues-

tos. No hay razón para creer que el ácido carbónico formado con sus elementos, ardiendo el carbono con el oxígeno, por ejemplo, desprenda más calor que el mismo cuerpo formado con los elementos que existen en la molécula del azúcar; sin embargo, el mismo cuerpo no desprende siempre la misma cantidad de calor, sino que en el caso de su formación con los elementos que residen en el azúcar, queda un resto de calor. ¿Para qué sirve este resto?

Nadie ignora que en el organismo se verifican una multitud de reacciones, la mayor parte de las que son fermentaciones. Pues bien; el calor producido en la formación de ciertos compuestos no se desprende todo, queda una buena parte sin obedecer á las leyes generales de la Termo-Química; mas esa parte que queda produce otro fenómeno, otro hecho, el *calor animal*. Las nociones generales aquí establecidas para las descomposiciones químicas nos llevan á la noción ó concepto de este calor propio del organismo, y se determina su origen, no por fuerzas desconocidas y rodeadas de mayor ó menor misterio, sino por la diferencia que existe entre el calor de formación de los compuestos elaborados en el mismo organismo y el calor que desprenden.

Otra cuestión que debemos considerar al tratar de la descomposición química, es la velocidad de la reacción. Hemos dicho que las descomposiciones no suelen ser instantáneas, sino que se producen en un período más ó menos largo, lo cual quiere decir que así como en mecánica un móvil necesita tiempo para recorrer su trayectoria, también los grupos y las sustancias elementales que derivan de un cuerpo por descomposición, necesitan tiempo para romper sus lazos y destruir aquellas acciones que la afinidad había formado. La velocidad de las descomposiciones es asunto muy interesante.

Para estudiar la velocidad de las reacciones es preciso volver sobre la clasificación antes establecida y considerar esta velocidad en las reacciones ilimitadas y en las limitadas, y en cada uno de estos grupos preciso tratar las descomposiciones endotérmicas y las exotérmicas. En las reacciones endotérmicas ilimitadas la descomposición puede tener lugar á una temperatura muy diferente y entre límites muy variables de

esa misma temperatura; pero para cada temperatura la velocidad es propia y constante, pues es tanto mayor cuanto aquélla es más elevada.

El problema general que abraza esta cuestión es determinar si hay una temperatura perfectamente fija, más allá de la cual no se puede pasar en las descomposiciones endotérmicas. Para resolver tal cuestión y llegar á una fórmula general que exprese ó represente la relación de la temperatura con la velocidad de la descomposición endotérmica, se hace preciso considerar muy de cerca los trabajos que el calor efectúa en tal fenómeno. Dos son estos trabajos: elevación de temperatura y descomposición química; la velocidad de la descomposición crece, en general, con la temperatura, de donde puede seguirse que en siendo constante la cantidad de calor dado al cuerpo en un tiempo dado, será siempre mayor la porción que se destina á la descomposición propiamente tal, y este aumento será cada vez mayor, disminuyendo en la misma proporción la cantidad de calor que se emplea en elevar la temperatura. Supongamos que con tiempo t se comunica á un cuerpo a una cantidad de calor igual al número 26; si de este calor se emplea una parte igual á 6 en elevar la temperatura del cuerpo, otra parte 8 debe aplicarse á la descomposición; mas en otro momento inmediato, si 10 unidades de calor cumplen el trabajo de la descomposición, sólo otras 4 unidades se aplican á la elevación de la temperatura. Mas hay siempre en los experimentos causas extrañas, enfriamientos sobre todo, que absorben la porción de calor destinada á elevación de temperatura; de donde se sigue que el grado absoluto á que un cuerpo se descompone, si puede determinarse en un momento, no es por ley general, puesto que muchas descomposiciones tienen lugar antes que la temperatura se fije.

Otra cuestión todavía recuerda Berthelot, y es que muchas veces, siendo muy rápida la acción calorífica, se determina una elevación de temperatura hasta un grado tal, que si persistiese en él, se destruirían completamente los productos formados; lo cual demuestra de una manera concluyente que un cuerpo cualquiera puede subsistir tal y formarse á

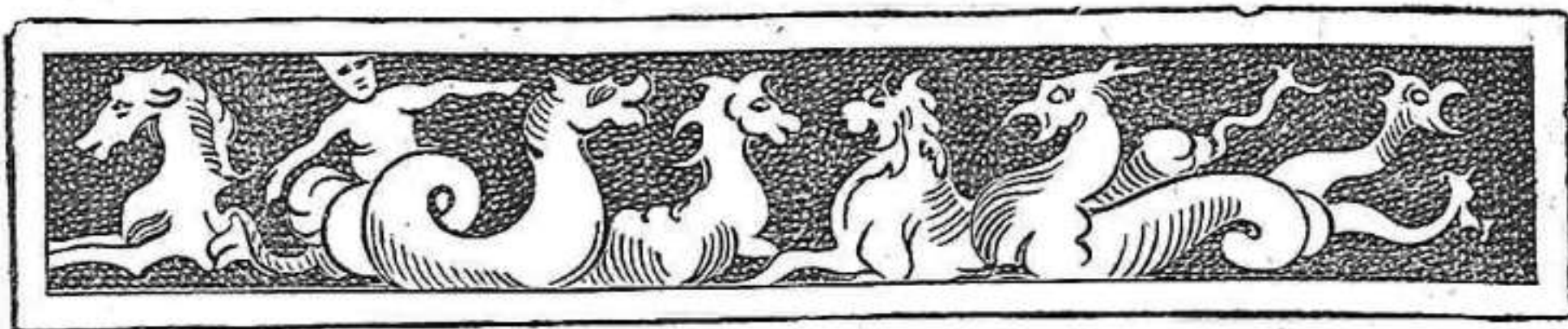
una temperatura muy superior á la necesaria para su total destrucción, siempre que el tiempo sea bastante.

Por estas circunstancias no es posible fijar una ley general de las velocidades de las reacciones endotérmicas, y sólo puede llegarse á una relacion de proporcionalidad entre la masa total del cuerpo y la cantidad que en un tiempo y á una temperatura determinada se descompone, y á establecer que, al ménos en los casos en que los productos de la descomposicion no ejercen accion química sobre el compuesto, su cantidad no influye de una manera sensible en la velocidad de la reaccion. Tambien puede decirse que la cantidad de materia descompuesta es casi proporcional al tiempo.

En cuanto á las descomposiciones exotérmicas, podremos decir que nada hay fijo respecto á la ley que determina su velocidad. Son tantas y de tal naturaleza las circunstancias en que se verifican, y tantos son tambien los cambios especiales que los agentes externos y áun los mismos productos de la reaccion causan en la cantidad de calor desenvuelto, que nada puede determinarse fijo y general; todos los términos de ellas son tan variables, que aunque su estudio adelante de dia en dia, hoy no hemos llegado más que á determinar condiciones de produccion y modificaciones varias, debidas á agentes especiales; mas aunque esto es de gran valor para establecer la ley general, no es bastante para llegar á ella; falta algo, que sin duda se completará por los nuevos estudios en este sentido dirigidos.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.





LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 (1)

XIII.



El ofrecimiento al general Oudinot no mereció la aprobación del embajador D. Francisco Martínez de la Rosa, ni tampoco la del duque de Valencia, quien con este motivo me escribió desde Aranjuez, con fecha 22 de Junio, la siguiente carta confidencial:

«Mi querido general y amigo: He recibido su carta de Vd. del 14, de Terrachina, y también he leído los despachos de Vd. al Ministro de la Guerra, y voy á decir á Vd. francamente mi opinion, tanto en lo que tiene Vd. razon como en lo que, á mi juicio, no ha estado Vd. tan acertado.

«Si Vd. se hubiese limitado á escribir al general francés una carta de atencion para cultivar su amistad y facilitar en lo sucesivo cualquiera cuestion que las circunstancias obligaran á Vd. á tratar con él, habria Vd. obrado muy acertadamente, pero no lo ha estado Vd. tanto ofreciéndose á operar con él en el ataque contra Roma. Si el general Oudinot hubiese aceptado el ofrecimiento de Vd., el Gobierno español se habria visto envuelto en una política que desaprobaba, y si los sucesos hubiesen sido en París favorables á los rojos, nos hubiéramos visto ligados á empeñar

(1) Véase la página 425 del tomo XXXVII.

»nuestras armas en las guerras que los revolucionarios hubieran emprendido. No habiendo aceptado el general Oudinot, que es lo mejor que nos puede suceder, tenemos que devorar la negativa que contiene su respuesta, y esto es mortificante.

»Respecto á las consideraciones que Vd. expone para no lanzarse á hacer operaciones y adelantarse por los Estados Pontificios, me parece que está Vd. muy acertado, así como está Vd. en extremo juicioso respecto á lo que dice de las miras que atribuye al Austria y sus temores respecto á las tropas napolitanas.

»El Gobierno de España se ha propuesto contribuir al restablecimiento del Santo Padre, de acuerdo con las potencias que forman la conferencia de Gaeta. Todo nuestro afán se dirigirá á que se pongan las cuatro potencias de acuerdo; si no lo podemos conseguir nosotros, no tomaremos parte en las cuestiones que susciten las demás, ni en sus odios ni en sus miras interesadas. Al embajador se le dan instrucciones en este sentido, que son las mismas que se le comunicaron ya cuando fué el Sr. Riquelme. Si el desacuerdo ha de continuar, si no hemos de conseguir que haya conformidad y unidad de acción, nosotros no podemos estar á la ventura y estamos resueltos á que nuestras tropas regresen á España, ofreciendo á Su Santidad un asilo en nuestro país mientras duren las circunstancias actuales.

»Muy acertada es la prudencia de Vd.; pero le recomiendo muy particularmente que tenga la mejor armonía con nuestro embajador, que consulte Vd. con él las cosas, y sobre todo que no dé Vd. paso de la gravedad que lo fué la carta que escribió Vd. á Oudinot, sin advertirle antes. Tenga Vd. siempre presente que lo peor que nos puede suceder es un desacuerdo ó mala inteligencia entre Vd. y D. Francisco Martínez de la Rosa.

»Deseo que Vd. se mantenga bueno y que disponga del cariño que le profesa su amigo, RAMON M. NARVAEZ.»

Fácilmente hubiera podido omitir la publicación de esta carta, sólo confidencial y particular, que da á conocer la opinión personal del duque de Valencia respecto de aquel

asunto, opinion que, sin embargo, en nada lastimaba mis relaciones oficiales con el Gobierno, que en los documentos públicos de aquella fecha y despues en el Senado, aprobó, con explícitas declaraciones, mi conducta militar y política en Italia (1). He preferido, no obstante, dar este documento privado á la estampa, no sólo por respeto á la sinceridad de mi relato, y por mantener la mayor exactitud en cuantos hechos voy refiriendo, sino tambien porque en su contenido debo principalmente apoyarme para la justificacion de un acto que, como ya he tenido ocasion de afirmar, cien veces repetiria, si cien veces me encontrase en iguales ó parecidas circunstancias.

Afirmaba Narvaez que si Oudinot hubiese aceptado mi ofrecimiento, el Gobierno español «*se habria visto envuelto en una política que desaprobaba,*» y tambien que si los sucesos hubiesen sido en París favorables á los rojos, «*nos hubiéramos visto obligados á empeñar nuestras armas en las guerras que los revolucionarios hubieran emprendido.*» Poco explicable es la primera afirmacion que dejo subrayada. ¿Cómo podia desaprobear el Gobierno español la política francesa, que en aquellos momentos se redujo ya á sitiar á Roma, cañoneando á esos mismos revolucionarios, enemigos del Pontífice, para combatir á los cuales habíamos nosotros arribado á las costas italianas? Desde que Oudinot rompió toda relacion con el triunvirato por orden de Bonaparte y comenzó el asedio de la plaza para penetrar en ella á viva fuerza, su política quedaba en un todo dentro del espíritu de las conferencias de Gaeta, y perfectamente en armonía con las aspiraciones de la Santa Sede y de las tres potencias católicas cuyas armas ocupaban el territorio de la Iglesia. No podia, pues, el Gobierno español desaprobear, á partir de ese momento, la política francesa, y la division española, cooperando al sitio de Roma, entraba de lleno en el cumplimiento de la alta mision que le habia sido encomendada. Si despues de la rendicion de la ciudad

(1) Más adelante publicaré algunos fragmentos de discursos pronunciados en el Senado por el duque de Valencia y el marqués de Pidal, referentes á la expedicion á Italia, en la legislatura de 1850.

y por consecuencia de los sucesos políticos que hubieran podido tener lugar en Francia, favorables á los partidos avanzados, aquella nacion hubiérase visto en el caso de suscitar guerras promovidas y sustentadas por los revolucionarios, ¿á título de qué necesidades políticas, de qué razones militares ni de qué compromisos contraídos «nos hubiéramos visto obligados á empeñar en ellos nuestras armas,» como gratuitamente suponía el duque de Valencia?

Conocida era la necesidad en que la España se encontraba de limitar su intervencion en los asuntos de Italia á todo aquello que exclusivamente tuviera relacion con los intereses católicos de la Santa Sede, y por ende con la restauracion de Pio IX; mas por esta razon precisamente, para llevar este objetivo de nuestra política á su término, para realizar el pensamiento de nuestro Gobierno, para dar á nuestra ingenuidad prestigio, á nuestra intervencion autoridad, fuerza á nuestro consejo, era conveniente que las armas españolas cooperaran á la toma de Roma, al aniquilamiento de los que en ella revolucionariamente dominaban, y que tomando parte activa en aquella lucha, con hechos propios, alcanzara nuestro país en el concierto de Europa el lugar que por su enérgica iniciativa en aquel asunto indudablemente le correspondía. Si, como despues afirmaron algunos enemigos de España en libros y periódicos, y aún se atrevieron á declamar algunos políticos españoles en la tribuna, no habiamos representado un papel airoso en aquella ocasion, ¿á quién corresponde la responsabilidad? ¿Al general que mandó las fuerzas expedicionarias, y que empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para dejar su crédito á cubierto de toda censura, ó al Gobierno que le enviaba á intervenir en aquella contienda, en que se dirimian todos los problemas religiosos y políticos que despues han agitado al mundo, con sólo una division de 5.000 hombres? España perdió entonces la ocasion, única quizá en este siglo, de reconquistar un puesto preeminente entre las primeras potencias, á condicion tan sólo de haber elevado la voz en el Congreso de Gaeta apoyando sus determinaciones con 30.000 soldados en el territorio de nuestras glorias clásicas. No le hubieran faltado poderosas alian-

zas, abundantes recursos, entusiasmos ardientes ni decididas simpatías. Al amparo de sus bayonetas hubiera regresado el Papa á la capital del mundo católico, y sus tropas, guarneciendo la ciudad por tiempo ilimitado, hubiéranla hecho partícipe de todo el movimiento político de nuestro tiempo, mejor que la innecesaria expedición á Méjico, y la no ménos estéril, aunque gloriosa, guerra de Marruecos.

Por lo demás, no falté yo ofreciendo mi ayuda al general francés á ninguno de los acuerdos de la diplomacia, ni siquiera á las disposiciones de mi Gobierno (1). Si con sólo una determinación del Rey de Nápoles, aceptada por Martínez de la Rosa y por mí, habíamos concertado en Gaeta la reunión de napolitanos y españoles bajo mi exclusivo mando, sin que proposición tan grave hubiera producido reclamación ni extrañeza alguna de parte de los plenipotenciarios, ménos extraño era que ofreciera yo el auxilio de nuestras armas á Oudinot de Reggio, para completar el asedio de Roma, pues tan amiga y aliada nuestra aparecía en aquella cuestión la Francia como Nápoles y como el Austria, cuyos soldados bien pronto debían reunirse con los de Fernando de Sicilia sobre las vertientes orientales del Apenino. Tampoco podía ser materia de extrañeza el que las tropas de dos potencias amigas emprendieran juntas una misma operación de guerra. La historia militar ofrece no pocos ejemplos de estos conciertos militares, aún para el solo caso de asediar una plaza enemiga, y no trascurrieron muchos años sin que en Sebastopol se patentizara su necesidad y conveniencia. Francia era precisamente, entre todas las naciones que intervenían en Italia, aquella que ménos confianza inspiraba en cuanto á la sinceridad de sus deseos por el restablecimiento de la autoridad temporal de la Santa Sede; era, pues, de buena política todo aquello que comprometiera más á la república francesa en contra de la república rómmana, y en este

(1) En la carta de Narvaez, de fecha 11 de Junio, inserta en la pág. 435, pueden verse las siguientes palabras: «No emprenda Vd. operaciones contra Roma como no sea en union con tropas de las naciones que forman la conferencia de Gaeta.»

concepto, la union de nuestras armas con las suyas sólo podía favorecer nuestra causa. Pero harto me he extendido ya sobre esta materia para que no sea tiempo de pasar adelante.

En aquellos dias envié á Civita-Vecchia una comision, compuesta del coronel graduado de infantería D. José Galisteo y del capitan de Estado Mayor D. José Gomez de Arteche, con objeto de que tomara ámplios informes y verídicas noticias del estado en que se encontraba el sitio de Roma, y de cuanto ocurría en el campo francés. Espero que no se leerá sin interés el siguiente parte que redactó el Sr. Arteche, tanto por los exactos pormenores que contiene, como por ser debido á la pluma del benemérito soldado que con el tiempo vió remunerados sus servicios con el entorchado de general, y recompensadas sus pesquisas en nuestros anales militares con un merecido puesto en la Academia de la Historia.

Decía así:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de la órden de V. E. en que me ordenaba partiera de Civita-Vecchia, en busca de noticias sobre los sucesos que tienen lugar en la parte de los Estados Pontificios ocupada por las tropas francesas, y en la ciudad en cuyo sitio se hallan la mayor parte de ellas, salí de este puerto la noche del 5 del presente mes, en el vapor de guerra *Lepanto*, con el coronel graduado de infantería D. José Galisteo. V. E. conocerá que las noticias que yo he podido recoger en aquel punto, como dadas por personas que se hallan animadas del espíritu del partido á que pertenecen, no deben merecer una fé ciega, abultando los franceses la pérdida de los romanos y sus esperanzas de entrar en Roma, y por el contrario, los que se hallan ligados con éstos con vínculos de patriotismo y de simpatías políticas. A pesar de todo, valiéndome de algunos españoles que, aunque legos en la milicia, se hallaban en aquel punto, he podido adquirir algunas que, aunque en bosquejo, pueden representar el estado en que se halla la Ciudad Eterna y el campo de sus sitiadores.

»El cumplimiento de cuanto ofreció el general Oudinot al desembarcar en Civita-Vecchia sobre la libertad en que se hallarian los romanos de elegirse la clase de gobierno que más

partidarios tuviera, se ve patente en aquella ciudad, donde las autoridades del país gobiernan en nombre de la república, y donde se ve una Guardia nacional armada, que lleva por enseña la escarapela y el pendon republicano, que ondea en las torres del castillo en el mismo mástil que el francés. El ejército sitiador ha aumentado sus fuerzas, desde la derrota que sufrió en las puertas de Roma el día 30 de Abril de este año, hasta el número de 22.000 hombres, de los que 1.500 pertenecen al arma de caballería, constando el material de 6 piezas de bronce de á 24 y de cañones de marina de á 32, hasta el número de 20 piezas, mas algunas baterías de campaña. Pero la imposibilidad en que se halla por ahora de entrar en Roma, motiva la continua llegada de buques que transportan fuerzas que en Francia componian parte del ejército de los Alpes, del que, segun lo que nos dijo el comandante militar de Civita-Vecchia, teniente coronel de Estado Mayor francés, está llamada á Tolon la 4.^a division, que debe embarcarse allí para Italia. Mas, segun todas las noticias, todas estas fuerzas no son suficientes para apoderarse de Roma á viva fuerza, si continúan en la obstinada oposicion que hasta ahora están presentando sus defensores. Los ataques de los franceses son dirigidos en general sobre un punto, donde se reunen de consiguiente las fuerzas enemigas que, apoyadas en los edificios, y sobre todo en los muros, pueden rechazar fácilmente, como lo hacen, á sus contrarios, permitiéndolos esta reunion el pequeño círculo de operaciones á que se han dedicado éstos. Y tal ha sido la oposicion romana, que se ha visto obligado el general Oudinot á mandar la apertura de las paralelas que le han de conducir al pie de los muros, tras de los que se han construido, altísimos y espesos parapetos cortadas las avenidas que conducen á estos puntos por fuertes barricadas; de manera que, supuesta la apertura de la brecha y la posesion, necesitará el ejército francés vencer estos obstáculos, más difíciles si cabe de superar que los mismos muros. Estos obstáculos, unidos á la fiebre que va ya haciendo estragos en el ejército, es causa del continuo transporte de enfermos y heridos, que hasta el día 9 se suponía llegaria al número de 1.500, los que, unos desde Fiumichino

y Palo, y otros desde Civita-Vecchia, donde hay preparado un hospital con 500 camas, son trasportados á Córcega para su curacion.

»Y todo esto sin contar con el desesperado valor que están mostrando los romanos, que, ciertamente, no se esperaba, y que ha llegado al extremo de atacar á la bayoneta á tropas regladas y que tanto tiempo han combatido en Africa, acostumbradas, de consiguiente, á pelear contra gente valerosa y contra el clima abrasador de aquella region. La fuerza que defiende á Roma, que constará de 30.000 hombres, poco más ó ménos, se halla dividida en fracciones, y de éstas las que muestran más valor son las compuestas de extranjeros, que de Lombardía, Génova, Nápoles y Francia han acudido á defender en este último baluarte de sus exageradas pretensiones los principios que han motivado la expulsion de su patria, hallándose tambien algunos polacos que habian combatido en Lombardía contra el Austria. La organizacion que han recibido todas estas tropas está estampada en su mayor parte en una Memoria que tuve el honor de presentar al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra sobre las fuerzas de que podia disponer en 4 de Abril del presente año la república romana, con la diferencia de haberse aumentado el número de voluntarios en algunas fracciones de las del país, y especialmente las bandas de los extranjeros, entre las que la más notable es la de Garibaldi, y habiéndose formado nuevamente una, exclusivamente polaca, cuyos jefes y oficiales han sido elegidos por los mismos legionarios. El número de estas fracciones y de los individuos que las componen no puede fijarse, como V. E. conocerá, de un punto lejano de Roma, del que apenas se tienen más noticias que las favorables á sus defensores, por el miedo de que se hallan poseidos cuantos habitantes pacíficos y honrados encierra, y que les priva escribir las particularidades de que es teatro aquella poblacion, contándose entre ellas algunas tan falsas como la de la salida de Roma de un cuerpo de 10.000 hombres, que á las órdenes de un ayudante de Garibaldi debia acometer la division española en Terrachina, la derrota del ejército austriaco y mil otras de esta especie. La Guardia cívica es la fraccion

armada que ménos parte toma en la contienda, y la que más recelos infunde á los extranjeros, que temen verse acometidos por la espalda la mayor parte de las veces que corren á defenderse de los franceses. Compuesta en general de la gente que más interés tiene en que vuelva el Pontífice á ocupar la Silla Apostólica de que ha sido despojado, y que Roma adquiriera el grado de esplendor y de atractivo que tanto les producía, se arrojaría contra sus dominadores si no temiera tanto el verse vencida y dar lugar á un saqueo, de que no deja de ir siendo presa á pesar de su apatía. Sus caudales en metálico son recogidos, sus vajillas y todo cuanto puede servir para la elaboracion de dinero le es secuestrado, así como lo perteneciente á las iglesias y conventos, que se dedica al mismo objeto.»

«Estos vejámenes, así como el de la instalacion de la clase más desenfrenada y miserable en los palacios y mejores edificios de la poblacion, y la muerte de muchos sacerdotes y personas adictas al antiguo Gobierno, no han sido hasta ahora suficientes á producir un movimiento reaccionario que arrojara fuera la canalla que tanto terror les infunde. La Guardia movilizada, en la que se ha alistado la juventud más exaltada, es la que, ansiosa de no perder el dominio que ejerce, y que puede conducir á sus individuos á ocupar los puestos que en otro tiempo habian obtenido los sacerdotes partidarios de Su Santidad, se arroja, al par de los extranjeros, á los peligros del combate y que comete mayores tropelías. La artillería dicen hallarse bien servida y asciende al número de 100 piezas, que se han colocado en los puntos amenazados y en las barricadas, de que están cortadas todas las calles de la poblacion. En los ataques dirigidos por los franceses han padecido mucho tambien los romanos, haciéndoseles subir hasta el número de 2.000, exagerado si se atiende á la clase de ataques que han sostenido. En este número se hallan comprendidos muchos oficiales de la banda de Garibaldi, que parece ser la que más ha sufrido, y entre los que se cuentan dos ayudantes suyos. El coronel Melara, jefe de uno de los mejores batallones de cazadores, ha sido tambien herido. Los jefes que más movimiento y animacion dan á la

defensa, son Garibaldi, Imari-Medico, que manda la infantería ligera que lleva el nombre de Teducci de Venecia, habiendo perdido mucho de su primer prestigio Avezzana, motor de la revolución de que fué presa Génova en los últimos días de Marzo y primeros de Abril de este año, hombre sin ningunos conocimientos militares, de los que se halla privado también Mari.

»Esto es, Excmo. Sr., cuanto he podido entresacar de la multitud de absurdos que se hacen correr en la población á que fuí de orden de V. E., en la que públicamente se hablaba en favor de sus hermanos los de Roma, á pesar de hallarse en poder de la Francia y que ha sido teatro de algunos insultos á los emigrados que buscaban allí un refugio; población de la que salí en la noche del día 9, llegando á este puerto al día siguiente por la mañana.—Dios guarde á V. E. muchos años. Terrachina 11 de Junio de 1849.—José Gomez de Arteché.»

Pero en el entretanto, y mientras llegaban noticias de lo que en Roma y en el campo francés acontecía, supe por seguro conducto que los defensores de la ciudad habían expedido órdenes severas y apremiantes para reconcentrar en ella toda la pólvora y municiones de guerra existentes en las torres de la costa, situadas entre Terrachina y la desembocadura del Tíber. Resolví impedirlo, ordenando que el general D. Francisco Lersundi, con los batallones de Granaderos, Reina Gobernadora y una sección de caballería, saliera el día 9 en dirección de Monte-Circello, mientras que Bustillos, con el vapor *Insignia*, el pailebot *Bidasoa* y algunas lanchas armadas que pudieran fácilmente acostar en cualquier punto, siguiera la operación corriendo por el litoral al propio tiempo que Lersundi. Las torres Boelina, Legola, Victoria y Figa, guarnecidas por destacamentos de artillería veterana, fueron inmediatamente desarmadas, recogiendo cuatro morteros, multitud de balas de á 12 y cartuchería, fuegos de artificio, algunos fusiles, sables y todos los juegos de armas para el servicio de 5 cañones de á 12, que defendían las torres, y que no fué posible arrastrar á Terrachina por la calidad arenosa del suelo, que dificultaba mucho su

conduccion. El pueblo de San Feliche, situado sobre la falda del Monte-Circello á distancia como de tres leguas de Terra-china, quedó tambien desarmado, entregándose sin resistencia á Lersundi, que fué acogido con aclamaciones y repique de campanas. Cincuenta y nueve armas de fuego con su cartuchería correspondiente que en el pueblo habia, pasaron á poder nuestro, y fueron con los demás pertrechos, embarcados en el *Vulcano* y conducidos á Gaeta á disposicion de Su Santidad. Lersundi regresó al siguiente dia, 10, ya muy entrada la noche, sin haber experimentado novedad ni contratiempo alguno.

Ya habia regresado á la sazón el Rey Fernando á Gaeta, de su corto viaje á Nápoles, donde sin duda pudo convencerse de que no habia temores por entonces de que se alterara la tranquilidad en Sicilia, y de que su presencia era más necesaria cerca de las fronteras pontificias que en el extremo meridional del reino. Con su llegada renováronse las cuestiones y cabildeos diplomáticos, hasta el punto de creerse este Soberano en la obligacion de dar un nuevo giro á su política, haciendo que las tropas que tenia sobre la frontera penetraran tambien en los Estados del Papa, para que de concierto con las nuestras se internasen en el territorio y ocuparan todos los pueblos situados ente el reino de Nápoles y los que circundan á Roma. En cumplimiento, pues, de aquella nueva determinacion, tan inesperada como lo habia sido la de retraerse de toda lucha activa, dias antes, penetró el 8 Nunciante en los Estados Pontificios por Ceprano, al frente de 9 ó 10.000 hombres, ocupando sin resistencia Verrolli Pofilli y todo el valle de Frosinone con el pueblo que le da nombre, pero con órden, terminantemente expresada, de no separarse á distancia de más de una marcha de la frontera. De esta suerte, podia el general napolitano, desde Frosinone, atender más fácilmente á los Abruzzos, objeto de continua preocupacion para Fernando de Sicilia, pues como es sabido, aquella provincia penetra en los Estados de la Iglesia al otro lado del Apenino, y era el único punto por el cual podria el enemigo invadir el reino, dada la posicion que ocupa y lo áspero y fragoso de sus montañas. Fácil era co-

legir, por lo tanto, que aquel movimiento sólo tenía por efecto la mejor defensa del reino, y no el de intervenir directamente en las cuestiones de guerra que se debatían en Roma, si bien con el justificado pretexto de cooperar con los españoles á cuanto después dictaren las circunstancias y el mejor servicio de los intereses pontificales. De aquellas novedades tuve inmediato conocimiento por las muchas cartas y despachos oficiales que desde Gaeta me dirigía Martínez de la Rosa, en cuyos extensos documentos dábame cuenta de las conferencias que diariamente celebraba con el Rey, encaminadas á procurar que nuestra división abandonara pronto Terrachina y se extendiera sobre otras posiciones más cercanas de Roma, sobre la izquierda de las tropas de Nunciante. El mismo Pío IX, y en su representación Antonelli, inclinábase á que los españoles ocuparan mayor extensión de terreno para continuar el desarme de los pueblos y el restablecimiento de su autoridad, al propio tiempo que los napolitanos verificaban esto mismo por la parte que dominaban. Desde un principio me declaré contrario á este proyecto, y así hube de manifestárselo á Martínez de la Rosa y al Gobierno.

Alegué, entre otras razones, que la ocupación de Frosinone y Verolli por las tropas del Rey Fernando sólo había sido dictada por el deseo de atender mejor á la guarda de los Abruzzos: que aquella posición era puramente *defensiva*, y que terminaría tan pronto como cesara la probabilidad de una agresión contra Nápoles de las fuerzas revolucionarias: que suponiendo que este caso llegara, estando nosotros avanzados en el interior del territorio, quedaria la reducida división española en evidente riesgo de ser derrotada, manteniéndose lejos de toda base, sin línea de operaciones, sin comunicación con el mar, careciendo de medios de subsistencia, y finalmente, sin objeto alguno de utilidad práctica para los intereses de Su Santidad. Por otra parte, el mando de los napolitanos y de los españoles confiado á dos generales que deberían encontrarse separados por una distancia de seis leguas cuando menos, sin tener para entenderse vías fáciles de comunicación, dificultaría en extremo las operaciones,

privándolas de la unidad necesaria. En caso, pues, de que se creyese indispensable algún movimiento de los españoles hacia el interior, me ofrecía, á lo sumo, á ocupar Piperno, pero conservando siempre en Terrachina la base de nuestras operaciones y una parte, aunque pequeña, de nuestras escasas tropas, esperando así el resultado del ataque de Roma (1).

(1) Hé aquí algunas de las cartas particulares que sobre estos asuntos me escribió Martínez de la Rosa:

«Gaeta 9 de Junio de 1849.

»Excmo. Sr. D. Fernando Fernandez de Córdoba.—Mi estimado amigo: Anoche á la diez recibí el pliego de Vd. á tiempo que iba al palacio del Rey, y sólo tuve tiempo para leer la carta de Vd. y otras cuya copia acompañaba. En la comunicacion de oficio que acabo de dictar, hablo á Vd. largamente de mi conferencia con Mr. de Rayneval y de mi conversacion con el Rey. Como la cuestion es tan grave, he juzgado conveniente informar á Vd. con detencion de todo lo que hay respecto de la parte política, á fin de que pueda usted con más desembarazo obrar como crea oportuno en la parte militar. Las pretensiones de Oudinot á dirigir la política de su Gobierno son incalificables. Está muy poco enterado de las últimas noticias de París. Instalada ya la nueva Cámara y nombrados *trece presidentes de bureau*, como Thiers, Molé, Broglie, etc., sin más que Cavagnac y Arago de otra parte, iba á mejorar la política de Francia respecto de Su Santidad. Se sabe que en el seno mismo del Gabinete, se habia ya acordado, segun D'Harcourt habia dicho tambien, que no vendrian nuestras tropas, lo que habia producido muy mal efecto: ahora dice que se retirarán... otra tontería mayor. Digo á Vd. lo que me parece respecto á la permanencia en Terrachina: Vd. determinará lo que juzgue más conveniente. El duque me dice que lo siente, pues teme que las enfermedades de la estacion acometan á nuestras tropas Vd. verá si es posible dejar ahí alguna guarnicion para la defensa, en caso necesario, y ocupar algun otro punto que usted me indica, como Piperno ú otro en las montañas, que no ofrezca aquel inconveniente y sea á propósito para obrar despues.

»La relacion de Buenaga no he podido leerla todavía más que una vez.

»Al cardenal le hablaré esta noche respecto de las guerrillas, y diré á Vd. lo que me conteste.

»Sigo fatal de salud, y el lunes me pienso ir á Nápoles á bañarme y pasar unos dias. Casi todos hay correo para allí, y cuando sea urgente envíeme usted una estafeta. No dudaba yo de que se haya restablecido la disciplina, y celebro mucho el nuevo aspecto que presenta ese pueblo. Disponga Vd. de este su afectísimo amigo Q. S. M. B., FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.»

«Nápoles 14 de Junio de 1849.

»Mi estimado amigo: La noche antes de salir de Gaeta recibí la favorecida

Sobre este asunto, en mi parte oficial al ministro de la Guerra decíale con fecha 10 lo siguiente:

«Aunque el embajador deja á mi decision el obrar de la manera que mejor entienda, no me ha parecido deber cargar mi responsabilidad con el peso de las consecuencias políticas que pudieran sobrevenir, si insistiendo en mantener mi plan, los napolitanos tomasen este pretexto para retirarse á

de Vd., fecha 10 del corriente; pero desde mi llegada á esta capital no he vuelto á recibir ninguna otra.

»Por la estafeta de ayer, ni el duque ni yo recibimos despachos ni cartas: sólo yo tuve una comunicacion de Soto-Mayor, de leve importancia, refiriéndome la conferencia que habia tenido con Mr. Drouin de Lhuys, siempre sobre el mismo tema de que el Papa dé instrucciones liberales; despues, en carta del 5, me avisa la mudanza de aquel Ministerio y que aún no habia hablado con el nuevo. Parece habian desaprobado que Oudinot dejase la bandera republicana romana al lado de la francesa en Civita-Vecchia. Me da como seguro que el conde de Montemolin se casa con una inglesa y protestante. Algunos periódicos ingleses lo han desmentido.

»Ha estado á verme el baron de Rothschild, y me ha dicho que su hermano de París le escribe que si se necesita algun dinero para la expedicion española, se podrá disponer hasta de cinco millones de reales. Le he contestado que no tenia ningun antecedente, pues se lo escribiria á Vd., y que si necesitaba alguna cantidad, se veria el mejor modo de verificar la operacion.

»Como aquí no está el Rey, y mucha otra gente principal está ya en el campo, se saben menos noticias que antes: las que he recibido de Roma son insignificantes. Es posible que ahí las tenga Vd. más recientes y más exactas. Pienso permanecer aquí más dias para bañarme y descansar, que bien lo necesito segun está mi salud quebrantada. Quedo á la disposicion de Vd., como afectísimo amigo y servidor Q. S. M. B., FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.»

El Ministro de la Guerra, por su parte, me decia:

«Madrid 13 de Junio de 1849.»

»Mi general y muy querido amigo: Sale mañana correo, y quiero escribir á Vd., aunque sus últimas cartas son las del 5, para decirle á Vd. algunas cosas que le interesan. Por las comunicaciones oficiales verá Vd. el refuerzo que se le envía, que llegará naturalmente al mismo tiempo que esta carta. Considero que un cuerpo de 8.000 hombres, con su artillería y alguna caballería propia, puede tomar una parte no desairada en las operaciones y hacerse respetar en todo caso. Van diferentes oficiales sueltos que lo han solicitado, y no es posible negar todas las instancias de esta clase; pero tanto de ésta como de los jefes que van á las órdenes de Vd., es Vd., y sólo Vd., el que debe resolver acerca de emplearlos de uno ó de otro modo, ó de ninguno; porque una cosa es que el Gobierno aprecie el buen deseo de estos jefes y oficiales, y otra el

su territorio. En su consecuencia, he resuelto marchar á Pierno, distante cinco leguas, á la derecha, y en posicion de cubrir la izquierda de los napolitanos, en línea oblicua y más avanzado sobre Roma. Semejante movimiento, repito á V. E., no tiene otro objeto que el que yo refuerce la posicion de las tropas napolitanas para que éstas puedan más tranquilamente atender á los Abruzzos; pero estoy firmemente persuadido de que no pasarán muchos dias sin que las

que por ello se entienda que los habia Vd. de emplear. Nada de eso: Vd. tiene la responsabilidad, y por lo tanto, la facultad, con arreglo á ordenanza, de emplearlos ó no.

»Diferentes circunstancias han impedido que se eligiera al general Orive para ir á las órdenes de Vd. conduciendo las tropas que refuerzan esa division. Va el general Zabala, que sin duda se conducirá con su acostumbrada decision. La insalubridad de Terrachina, por la inmediacion á las lagunas, me daría cuidado, si no estuviese seguro de que antes del tiempo en que puede sentirse la influencia de éstas habrá Vd. providenciado variar de posicion. Por demás será decir á Vd. nada respecto á la disciplina, que Vd. sostiene con tanto vigor. Lo único que advertiré á Vd. es que si por casualidad hubiese murmuraciones y Vd. lo llega á entender, las castigue sin contemplacion, y que haga embarcar y venir á España al momento á cualquier oficial que murmurase, etc. Esto es prescindiendo de los castigos á que hubiese lugar, que deben aplicarse, por supuesto. Deseo á Vd. mucha salud y gloria, y que disponga de su apasionado amigo Q. B. S. M., FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

«Madrid 21 de Junio de 1849.»

»Mi general y muy querido amigo: Acabo de recibir las comunicaciones y apreciable carta de Vd. de fechas hasta el 14 inclusive. Ayer habiamos escrito á Vd., y debe llevar los pliegos la expedicion que conduce el general Zabala. Dudo que alcance esta carta. Por eso, y porque las referidas comunicaciones merecen una resolucion un tanto meditada, y el duque de Valencia está hoy en Aranjuez, no puedo responder oficialmente hasta otro dia, y esta carta correrá la ventura de llegar ó no á tiempo á Barcelona.

»Desde luego, la situacion de Vd. cambia un tanto con los refuerzos que se le envian, porque si un cuerpo de 8 000 hombres no es, en efecto, capaz de grandes empresas, podrá obrar á lo menos con cierta independenciam, que es conveniente en determinados casos, sin dejar por eso de proceder, en general, de acuerdo en combinacion con los aliados.

»La situacion en que, al parecer, se encuentra S. M. el Rey de Nápoles hace fundadas las reflexiones de Vd., y yo apruebo la conducta de Vd. hasta el presente. A tanta distancia como es la que nos separa, no es posible dar á Vd. instrucciones detalladas. Conviene, sí, que Vd. obre con proporcion á sus medios. Es indispensable que Vd. tenga franca su marcha sobre la costa;

fuerzas de Nunciante se retiren ó hagan otro movimiento que me deje aislado y sin objeto en Piperno.»

Mis previsiones no debían tardar en realizarse. Convínose con el Estado Mayor del Rey que mientras yo me mantuviera en Piperno, una brigada napolitana que se encontraba en Itri avanzaría hasta Terrachina, cuidando de guarnecerla en unión de las fuerzas españolas que yo dejara. Comunicadas estaban las órdenes, en consecuencia; dispuesta la divi-

esto es, sobre la escuadra, en cuanto sea posible, para recibir auxilio, remitir enfermos y heridos, etc. Si Terrachina hubiese de evacuarse por malsano y no pudiese dejar allí fuerza alguna, sería necesario contar con algun otro punto.

» *Muy reservado y sólo para Vd.* Escriben algunos oficiales de la expedición augurando mal, pidiendo que no se envíen refuerzos, y alguno de ellos se dirige á un periodista diciéndole que clamen sin cesar por que vuelva la expedición. Yo no sé el nombre de estos oficiales, pero convendría que Vd. sepa esto para cortar tales excesos; y sobre todo, envíe á España á todo el que no se encuentre conforme y murmure. Sea Vd. inflexible. Los que rodean á Vd. deben ser más reservados y circunspectos que todos los demás. ¿Está Vd. bien rodeado? No lo sé; pero sé que hay en Madrid varias cartas criticando la expedición é inclinándose á volver. Esto, contando con la prudencia de Vd., sólo lo digo para su gobierno y en total reserva.

»No puedo más. Sabe Vd. que lo quiere mucho su verdadero amigo Q. B. S. M., FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

«*Madrid 26 de Junio de 1849.*»

»Mi general y muy estimado amigo: Hoy contesto á las comunicaciones de Vd. del 10, 11, 12 y 14 en Terrachina. La conducta militar de Vd. ha sido aprobada y sus reflexiones han parecido fundadas, no solamente á mí, sino al Consejo de ministros; lo único que se encuentra fuera de las ideas del Gobierno y de la política es que ofreciese Vd. al general Oudinot ir á unírsele sobre Roma, por razones que Vd. conocerá fácilmente.

»Las conferencias de Gaeta han de procurar un acuerdo comun en cuanto sea posible. Nosotros debemos tener una política que no se mezcle en los intereses particulares de las otras potencias. Es necesario, pues, conservar aquel grado de independencía que no nos dé compromisos que no sean nuestros.

»Usted debe obrar con circunspección. Si se presenta ocasión de hacer lucir las armas españolas, en los términos de nuestra política, aprovecharla con decisión. Esperar los acontecimientos con la correspondiente preparación.

»Me dicen que están provistos los fondos para la expedición. Va un intendente.

»Tenga Vd. la bondad de entregar la carta adjunta á mis hijos, y ya sabe lo que es su verdadero apasionado amigo Q. B. S. M., FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

sion á emprender la jornada, reunidas las raciones, prontos los bagajes y ordenados los cuerpos, cuando el mismo dia 10, como á media noche, un oficial de Estado Mayor napolitano que venia en posta desde Gaeta, y con gran premura, me entregó una comunicacion del Rey Fernando, participándome que la brigada de Itri, por necesidad del servicio, habia recibido orden de embarcarse la vuelta de Sicilia, no siendo posible, por lo tanto, que atendiera á guarnecer Terrachina despues de mi salida. No esperaba, á la verdad, que tan pronto se confirmaran mis advertencias y temores en cuanto á las disposiciones militares del Rey, con respecto á nosotros. Pero aquello bastó para que yo ordenara se suspendiera el movimiento, con tanta mayor razon, cuanto que el parte me anunciaba la inmediata llegada del coronel Nunciante, portador de más noticias y provisto de nuevas instrucciones. El 12, en efecto, se presentó Nunciante en Terrachina. Manifestóme desde luego que el mariscal Filangiere habia conseguido demostrar á S. M. la inutilidad y áun los inconvenientes de penetrar inconsideradamente en los Estados pontificios y que todos sus conatos debian cifrarse en cubrir perfectamente las fronteras y reforzar los puntos amenazados de los Abruzzos, pues no seria extraño que al abandonar los revolucionarios á Roma, quisieran escoger para campo de su accion y de sus esperanzas las provincias del reino de Nápoles. Segun las frases y expresiones no disfrazadas del coronel Nunciante, el Rey no estaba satisfecho de las demostraciones y obligaciones en que se le habian empeñado, inclinado su ánimo á retirar las tropas del general Nunciante dentro del territorio napolitano, á reforzar con alguna parte de ellas los puntos que pudieran ser amenazados, y á esperar de este modo los sucesos, cuidando de sus estados con la vista fija siempre en Sicilia, cuya actitud nuevamente parecia poco tranquilizadora.

No obstante haber previsto yo tales resoluciones, hube de recordar al coronel, con la intencion oculta de que llegara á oidos de S. M., los males y dificultades que provocan en toda clase de asuntos, pero muy especialmente en los de guerra, la incertidumbre, la vacilacion y los cambios repentinos

en los proyectos, no mediando para ello razones fundadísimas. El Rey de Nápoles considerando los sucesos más de cerca ú oyendo acaso el parecer de más ilustrados y prudentes consejeros, debería entender que la cuestion romana, menos podia llevarse á feliz término por amagos indeterminados y demostraciones ineficaces, que aguardando las ocasiones decisivas, preparándolas de lejos y con laboriosidad, para aprovecharse de ellas con resolucion y fuerza; mas que creia sobre todo, de necesidad imperiosa sujetar nuestra accion y nuestra política á un plan determinado y no malograrlo con variaciones repentinas. Nunciante traia además encargo de S. M. de preguntarme si podria asistir á un consejo de generales que habia resuelto celebrar en Gaeta, para el que creia conveniente y áun necesaria mi presencia. Desde Terrachina á aquel punto, la distancia es corta, y por mar, en uno de los vapores españoles, podia ir y volver en pocas horas. No tuve, pues, inconveniente en enviar á S. M. mi asentimiento, rogándole me anunciara el dia señalado para la celebracion del consejo.

Ya el 14 y muy de mañana, estaba Nunciante de regreso manifestándome que aquel mismo dia por la tarde era esperado por el Rey en su palacio de Gaeta. Para este punto me embarqué en el *Lepanto* inmediatamente, acompañado sólo de Bustillos y de dos ayudantes, y dejando á Lersundi con el mando de la division y de la plaza.

Dignóse S. M. recibirme en el acto de mi llegada. Me manifestó en seguida que tal y como se habian puesto las cosas, la cuestion de Roma pertenecia exclusivamente á los franceses, los cuales obrarian solos para posesionarse de la ciudad, porque en ello estaba empeñada, no solo la gloria, sino el amor propio de aquella nacion un tanto presuntuosa; que por su parte debia atender á la conservacion del orden en su reino, guarnecer las fronteras para garantizarlo de una invasion propagandista y esperar á que los sucesos aconsejaran otra cosa. Añadió que era inútil por el momento cualquier movimiento de avance cuando el país habíanlo dejado abandonado los enemigos para reconcentrarse en Roma, y que estaba resuelto á que sus tropas permanecieran en el

valle de Frosinone, que las procuraba todas las ventajas; con tanta más libertad ahora, cuanto que, una fuerza austriaca se habia situado sobre la frontera de los Abruzzos, cuidando aquella parte de su reino. Que respecto de mi posición en Terrachina, parecía buena y que por lo tanto creia innecesario todo movimiento por entónces.

Durante la conferencia hízome el Rey algunas indicaciones acerca de las exigencias del ministro de Austria, señor general Martini, para que adelantase sus tropas hasta Frascati; lo cual no podia verificar sin graves inconvenientes respecto de los franceses, con los cuales conveníale estar en la mejor armonía, asegurándome que aquella pretension la habia sustentado siempre el ministro de Austria con el evidente objeto de cubrir las operaciones de las tropas austriacas delante de Ancona, ciudad que los revolucionarios pensaron socorrer con una expedición de 14.000 hombres. De aquí la idea del mismo general para que los españoles nos uniéramos á los napolitanos internándonos en el país. Enumeró de una manera confidencial y muy reservada, las exigencias de que estaba rodeado y como le comprometian los consejos de la diplomacia en Gaeta, que no aprobaban sus ministros en Nápoles, ni sus generales de más crédito. S. M. me honró aquel dia con grandes muestras de aprecio y confianza. No tardaron en concurrir los generales convocados para el consejo. Recuerdo entre otros al ministro de la Guerra, que tambien habia llegado á Gaeta aquella mañana, al general Nunciante y al general jefe de Estado Mayor del mariscal Filangiere que mandaba el ejército de Sicilia y que procedente de Palermo habia sido enviado en representación suya con el solo objeto de asistir á la junta. Hizo el Rey un ligero resúmen de la situación en que se encontraban los asuntos militares en Italia, de como habiéndose reconcentrado el grueso de las fuerzas revolucionarias en Roma, Venecia y Ancona, no tardarian en sucumbir, asediadas aquellas ciudades por los ejércitos francés y austriaco. Añadió, no obstante, que habiendo Oudinot reducido su ataque á toda la parte situada sobre la orilla derecha del Tíber, dejaba á los generales romanos en libertad para salir de la

capital con paso franco por cualquier punto que eligiesen de la izquierda del rio, quedando así amenazado gran parte del territorio de Su Santidad y la frontera de Nápoles. En esta situacion y suponiendo que tal partido tomaran los republicanos, deseaba conocer la opinion de los generales allí reunidos para determinar si convendria al buen éxito de sus armas y al mejor servicio de Su Santidad, adelantar las tropas sobre sus provincias inmediatas á Roma y aguardar allí al enemigo una vez expulsado de la ciudad; ó si, por el contrario, presentaria mayores ventajas el recibirlo en territorio de Nápoles, demostrando así á Europa que la agresion partia de los romanos; con la ventaja de la mayor reconcentracion de fuerzas, del apoyo de las plazas fuertes de la frontera y de los recursos y refuerzos que desde allí podria recibir el ejército á cada instante. No terminó el Rey sin dedicar algunas frases lisonjeras á la division española, afirmando que contaba con ella, porque la causa de Nápoles en Italia era la propia causa de España, y su política, la misma que guiaba á la Reina católica, su sobrina, en la proteccion y defensa de la Silla Apostólica.

Todos los napolitanos suscribieron la opinion del Rey, que, como es sabido, hallábase ya inclinado á no pasar de Frosinone; todos para justificar la determinacion alegaron razonamientos que seria ocioso repetir de nuevo. En cuanto á mí, invitado tambien por el Rey para emitir mi juicio, hube de disentir del parecer comun, manteniendo el mio primitivo, ya conocido de S. M. (1), pero sin que por esto se entendiera que dejaba de tener por bueno y aceptable el de que conservara sus tropas al amparo de las plazas y fuertes fronterizos, ínterin se conociera el resultado del sitio de Roma. Comunicué al Consejo que de todos modos yo realizaria la proyectada expedicion á Piperno, como reconocimiento útil, pero muy especialmente con el objeto de desmentir las voces que circulaban hacia algunos dias, dando por seguro que mi estancia en Terrachina tenia por única causa la intimacion que para

(1) Véase cap. XI, pág. 180.

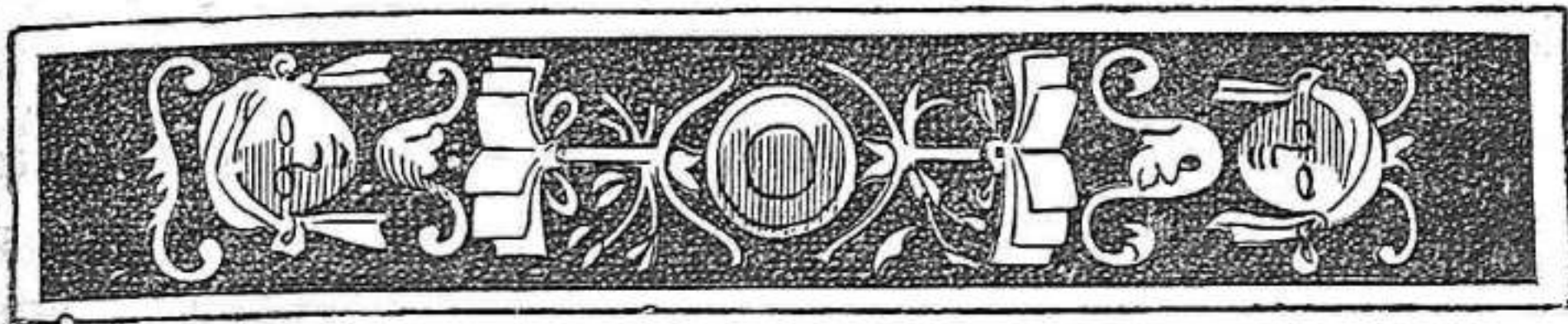
ello habia recibido de Oudinot. Anuncié tambien á S. M. que para los últimos dias de aquel mes de Julio habrian ya arribado los refuerzos que me enviaban de España, los cuales me permitirian en lo sucesivo operar con entera independencia, y que para entonces, abandonaria mi posicion de Terrachina, ocupando á Velletri, Albano y otros puntos importantes del territorio próximo á Roma. No salí de Gaeta sin visitar y ofrecer mis respetos al Santo Padre y al cardenal Antonelli, participándoles tambien quanto habia manifestado al Rey de Nápoles respecto á las operaciones futuras de la division. Martinez de la Rosa estaba á la sazón en Nápoles, procurando restablecer su salud quebrantada.

Acompañados del coronel Nunciante, que por órden del Rey continuaba agregado á mi cuartel general, regresábamos Bustillos y yo á Terrachina aquella misma noche. El siguiente dia, hizo la division los preparativos para emprender la marcha el 16, y dispuse que el coronel Ruano quedara en este punto como comandante militar, activando el establecimiento de un hospital con 200 camas. Un batallon de 600 hombres, napolitano, destacado de la brigada que guarnecia Itri, debia ocupar Terrachina por el tiempo que durara mi expedicion á Piperno; así lo habia acordado el Rey á mi salida de Gaeta, dándome con esto, al decir de Nunciante, una prueba del mucho aprecio en que me tenia, pues era cosa ya resuelta no mover un solo soldado de las posiciones que en aquellos dias ocupaban.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA.

(Marqués de Mendigorria.)

(Se continuará.)



POLYSTORIA ⁽¹⁾

SENTADO ya al principio de este artículo el desarrollo de las ciencias históricas en España durante el siglo XVII, pareció muy oportuno presentar á Mariana, aunque nacido en el XVI como padre, la historiología del inmediato, porque en él escribió la mayor parte de su historia y también porque corregida y terminada entónces, se dió á luz por el mismo autor, recibiendo así toda la acción de Mariana, de sus conocimientos cada día mejor y más acrecentados, siguiendo luego por un curso de manifestaciones históricas, cada una de relevante mérito por su originalidad, por su carácter personal, formado las más de las veces en el seno mismo de los acontecimientos; mirada así la historiosofía española del siglo XVII, bastaba con los modelos allí citados para tenerlos por ejemplares; pero no olvidamos otros muchos rasgos contenidos en los *falsos cronicones* á que se refiere el escritor que examinamos; tampoco desconocíamos esa manía á descubrir, desarrollada en personas de fa-

(1) Véase la pág. 463 del tomo XXXVII.

ma literaria á que alude tambien con relacion á las inscripciones y escrituras falsas que desde Felipe II se comentaban con un vigor digno de mejor empresa y lo mismo con relacion á instituciones, biografías muy conocidas tambien comenzadas en la mayor parte de nuestras historias literarias; pero así y todo son contadas, apenas pudieron sostenerse años en aquel siglo, en manera alguna forman regla de nuestra historiología, por mucha parte que tuvieran en esa larga clasificacion de obras pertenecientes á este género y citadas poco antes.

Completando el cuadro de nuestro engrandecimiento literario, la filosofía, la mística, el derecho, la teología y los libros políticos forman otra parte, aunque en su eco último de la vida de entónces, todos grandemente desarrollados en todos sus extremos; si bien ninguno llegó á la altura de la dramaturgia, género más cultivado «y en el que brilló más entónces el ingenio español,» que á su vez no debia quedar, por último, sin el sello mismo de su siglo, tan desgraciadamente inoculado por Góngora. Preciso seria recorrer los catálogos de las galerías y museos para conocer cuánto abarca esta historia, que así luce conocimientos en todo género, hasta demostrarnos tambien su florecimiento en las bellas artes, llegando á su esplendor en Felipe IV, que en no pocas representaciones manifestaba con igual esplendidez los esparcimientos de la córte, la vida y las costumbres con un apacible tono que verdaderamente no contrastaba con la situacion económica representada por sus Córtes, cuyos *servicios de millones y extension de alcabalas* eran cada dia más difíciles.

El tristísimo período que nos describe, desarrollo completo de nuestra decadencia, lleva el conocimiento profundo de la debilidad en que se hallaba sumida España; en vano se habia discurrido por afamados historiadores cantar ecos victoriosos de reinados anteriores para alentar el gemido presente; inútilmente otros escritores descubrieron fuerzas invisibles á propósito para sostener un gigantesco pueblo ya caduco, héroe de su propia memoria; las obras que examino me descubren una doble desgracia; la del pueblo y sus re-

gentes iban por un mismo camino, sin reparar en el atractivo irresistible que llevaba en igual pendiente la confianza ciega en la idoneidad de los ministros y acierto de favoritos como Nitard y Valenzuela, al cambio asombroso del descrédito, en el orden económico, en el político y social, hasta el punto que desapareciendo éste, casi sólo se ve representación de las míseras figuras de sus escasos gobernantes: tuvo grandes virtudes y disposiciones anímicas como ninguna, la ejemplar é inocente doña María Ana Austria; pero su rectitud de ideas y costumbres no lograron desvanecer el resultado de efímeras enemistades, ni tampoco el desvío de su pueblo, dando lugar á las distinciones de extranjerismo en que tanto entraron ella, su primer favorecido Nitard y el disgusto general que produjo indudablemente en la envidia y de los que pudo suscitar el engrandecimiento repentino de Valenzuela. Mas esta conducta, que á lo más podía ser puramente personal, llevaba en sí el fundamento del pueblo, y la suerte de España corria parejas con la de sus cortesanos: avidez en el exterior á nuestras posesiones europeas, desconocimiento de nuestra superior autoridad y respetabilidad, sufrida y valerosamente ganada en mil campañas victoriosas, el predominio que una diplomacia sabia y potente llegó á sentar en las conferencias europeas, todo era avasallado por extraños poderes, fundados en no ménos extrañas teorías acerca del derecho de los hijos de primer matrimonio en los estados del cónyuge difunto, base sobre la cual Luis XIV ostentaria un poder indigno de su gloria y que le habria enaltecido á suprema altura si todo aquel esfuerzo en revelar nuestra influencia europea por quitarnos una provincia y alentar á países lejanos igual insurgencia, libres luégo aún contra el mismo, hubiera desarrollado su poder y consejo en ayudar la misma Monarquía que pasados algunos años regentaria su propio nieto Felipe de Anjou. En este caso la representación del marqués de Castel-Rodrigo, y el retrato de los Países Bajos ante la presencia de Luis XIV vino á dar no sólo exacta noticia de la desmembración próxima, sino relacionándolo despues con la división de la política interior, seria una de las causas por que los des-

contentos de una parte y ese espíritu de rebeliones intestinas, incesante que avasalla nuestra patria, comenzaría á poner el país en perdición completa.»

Poca era verdaderamente la prudencia demostrada entonces, pero la *junta de alivios* escasamente pudo servir de remedio á los apuros y exigencias de las guerras y de la seguridad de la regente, para la que toda *guarda* era poco ante la entonación de D. Juan de Austria, que si era algo militar no fué ménos imprudente y perjudicial á España, aunque no fuera más que por abandonar lo de Flandes. La pérdida de los Países Bajos, del Franco Condado y lo de Mesina, Cerdeña, el Rosellon y Cataluña, son otros tantos rasgos épicos de un Estado sin fuerzas, porque habia juntamente otras no ménos dispendiosas acciones, que desahuciaban todo poder, ejemplo singularísimo, aunque muy acompañado por otros de género distinto, las lides de chambergos y los golillas y desafueros de los hermanos de la Costa, cuanto otras más perjudiciales entre los partidos por ganarse el poder, y en lo que no era ménos de sentir la temprana idea de algunos de poner fin en España á la dinastía austriaca. Algo pudo remediarla D. Juan de Austria, llamado ya por el Rey Carlos II, y mucho hubiera podido servir á ciertos nobles esclavos el ejemplo del desvalido Valenzuela, quien si tuvo mucho orgullo y ambicion, no podia negársele grande actividad intelectual; pero la leccion fué personal y sus resultados pueden señalarse en la pertinaz melancolía del príncipe D. Juan, que faltó á sí mismo, apenas pudo responder á los aúspicios con que entró en el poder, mucho ménos indudablemente podría pensar en lo que en sus últimos dias se decia de él, respecto á heredar la corona, ni es creible, como evidencia el estudio del autor que examinamos, alentaba tanta pretension el que desde su ingreso en el poder vivia sólo con el desengaño.

Ha sido preciso suspender nuestra lectura ante el tristísimo cuadro que se nos ofrece con la narracion clara y llena de colorido que nos hace el Sr. Cánovas, al retratar un auto de fé, el último que presenciaron Reyes de esta dinastía que ninguno debiera haber autorizado. El asunto aparece con to-

da la avidez que sentian los crueles moradores de la córte, todo el fanatismo y humanidad que un celo exagerado unia jurisdicciones tambien excesivas, aunó en magno tumulto de pasiones héroes y víctimas de una confusion lastimosa bajo la solemnidad sagrada de lo que se llamaban autos de fé: el celebrado en Madrid, más suntuoso que el de 1632, tuvo además un clamoreo público que en vano seria buscar en nuestras plazas de toros, porque seguramente no se hallaria tal aspereza de sentimientos contra séres infelices cuya desgracia apenas llega á describir pluma alguna. Tales esparcimientos necesariamente habian de predominar sobre el ánimo del pueblo y de los que regian supremos destinos, para reparar en la conducta poco digna y ménos loable de otro, el más enemigo poder que podia humillar á España. Francia creciente, en el apogeo de su influencia, con vigor más que suficiente, empleaba sus fuerzas en guerras que España no podia sostener, para conseguir una paz y treguas, como dice este historiador, tan poco nobles como gloriosas, pues se hicieron por sí mismas; apenas si la córte en ellas tuvo otra participacion más que la noticia y el último momento de las mismas: lástima de que tanta fuerza y recursos en manos del Monarca francés fueran empleadas en custodiar á buena garantía las plazas de Luxemburg, Bovines y Chimay, por el armisticio de Ratisbona; ese testimonio, valiosísimo sobremanera, fué preciso para probar á Europa muchas veces más, el inmenso poder de resistencia que abrigaba todavía el carácter español, rasgo eminentemente nacional y al que sin duda debe su existencia en tal concepto. Ante el estudio filosófico de las guerras europeas del siglo XVII y los medios y fines puestos en accion, poco en verdad parece debian ocuparnos esas enmarañadas urdimbres que la intriga palaciega sembraba en el camino de todo personaje y en todo instante; pero á todo acude este escritor, y si mucho enseña respecto al primer punto, en cuanto se refiere al segundo extremo, conocimiento de los caracteres, las capacidades y sus ardides, apenas se le escapa detalle alguno. El sobremanera intrigante duque de Medinaceli, el condestable de Castilla D. Iñigo Fernandez de Velasco, el vil y torpe D. Jerónimo

de Eguia, el imprudente D. José de Garro, comprometiéndose con Portugal en el Brasil, la ambiciosa y astuta duquesa de Medinaceli, la de Terranova, imperiosa cual altiva reina, las pretendientes aristocráticas señoras de Velez, de Aytona, de Albuquerque, y en todo ese tisú de intrigas un padre Reluz, que esclarecía toda insidia, aconsejando al Rey D. Carlos según la prepotencia del ministro ó de los pretendientes, hallan en su pluma rasgos característicos, y en su lectura descúbrese conocimiento probado y sólido en ese arte difícil que en vano trata de superarse sin los mayores sacrificios.

Mas no es lo extraño presentar á tal grado de lucidez la marcha de la corte por el lado que siempre notóse iba con mayor celeridad, si la abyección, el vicio y el crimen sobresalen con caracteres indelebles, la ciencia y probidad de D. Melchor de Navarra Aragonés, virey del Perú, y algunos otros contados casos, quizás más notables por la injusta queja que su compensación excitaba en la multitud. Bien es verdad que nuestra voz podía oírse de un pueblo acostumbrado á sufrir derrotas, no obstante de gastarse á caudalosa corriente su sangre y escasa riqueza; las exacerbadas ambiciones después entre los de Oropesa y Lira, y las falsedades de Gastañaga, unieron á la Monarquía en un momento que si puede decirse orlaba el pabellón de Mons, aún había de llegar á su último extremo en manos de una Reina como fué la segunda mujer de Carlos II, cuyo gobierno, dice este escritor, «no podía haber venido á peores manos.» Si á esto se unen los manejos de una influyente dama conocida por el seudónimo la *Perdiz*, y de un truhan y desarmado Wisner, conocido por el *Cojo*, un padre Chiusa y el conde de Baño, ¿qué extraño es ver la corte confundida con la miseria plenamente desarrollada por el egoísmo de Bustamente, sostenida por Angulo el *Macho* y otros personajes de este jaez, cuyo encumbramiento apenas se concibe? *La Junta Magna*, ineficaz por su naturaleza, no preveyó siquiera la trascendencia del consejo dado al Monarca por el de Montalto, y sólo así es como en pública almoneda los destinos del Estado, y en completa desorganización, se ofreciera á las miras ambiciosas de Luis XIV

fácil su idea sobre España, tanto más realizable cuanto el nombre de Monarquía era lo que en realidad dejaron ya al Rey en 1694 los próceres, que tanto se esforzaban en gravar sus costumbres y su vida con la dirección de la cosa pública.

Con razón expone los últimos años del reinado de Carlos II, preñado de dificultades y problemas, los más graves que pudo presenciar la dinastía austriaca en España: los derechos á una Monarquía que no tuvo existencia ni fuerzas más que para sufrir violencias de todo género, brotaron á gran número en distintos fundamentos por todas las naciones europeas, que ó nos dieron sus desdichados gobernantes, ó habían sido nuestros deudos con ínfulas de señorear el reino; cabía explicación á muchos y contentamiento á ninguno, y lo que hubiera sido más sensible en un principio, fué explicado después en las guerras de que fueron mísero teatro algunas provincias españolas; por fin la decrepitud y desmoralización más grande dió lugar á que almas sin conciencia de la dignidad patria repartieran cual negocio propio el derecho y el hecho de la sucesión en el trono de España, al que supo precederse de la ostentosa oferta del pródigo marqués de Harcourt, y el tesoro de Francia entera, los contemplamientos de Luis XIV, las humillaciones en primeros momentos del embajador de Francia, las ilusiones de efímera moda y vanidad de ceremonias después, régios enlaces, ricos heredamientos á la Perdiz y al Cojo, la púrpura cardenalicia á Chiusa, las promesas dejadas al tiempo de la reincorporación del Rosellon y auxilio en la conquista de Portugal, y más que todo, la inhábil é imprudente conducta de los negociadores austriacos, dieron ocasión al cambio de afecciones á que juntamente iba comprendida la suerte de la Monarquía. Compasión por otra parte excita ver tan lejana la suerte de un pueblo valeroso, enérgico y digno en manos de un Gobierno desprevenido, olvidado de sus deberes, y todo en la más grande confusión, merced al flujo de negociaciones desenvueltas á manifestación plena entre Luis XIV, los austriacos y el conde de Oropesa por el de Baviera, que necesariamente habían de inaugurar, pasados dos siglos, el sistema de sublevaciones

contra el Gobierno y el Estado, justificada como nunca en las quejas más amargas del pueblo que podía oír el moribundo Rey. Y cual si este enredo fuese impotente, viéronse surgir á porfía hechizos endemoniados y brujas de todas las opiniones, pasando así del hábil Consejo de Estado á miseras inspiraciones de la avaricia, del soborno y de la ingorancia rendidos los más altos y últimos fines de la Monarquía; y parece contradictorio, pero en su ineficacia áun descubierta con ese aspecto grotesco, y más justísimamente nos presenta el historiador las opresiones y más bien los artificios de aquellos políticos, fué, si no elemento indispensable, sin duda alguna contribuyó á debilitar el ánimo del Rey, cada vez más combatido, para que en día tristemente agotadas sus fuerzas, pudiera desarrollar Portocarrero su consejo é influencia en la voluntad del no ménos exhausto Monarca, aunque á la vez dotado de cualidades muy laudables, juego tal vez de las ideas religiosas malamente traídas á cualquier evento, origen sin duda de la distinta opinion de los jurisconsultos del siglo XVII; mas de sus tendencias regalistas llevadas hasta la secularizacion completa y total independendencia del Estado de la Iglesia de Roma, nos ofrece, cual no supo hacer Lafuente, ni otro alguno, los resultados de una Hacienda empeñada sin concierto, un fondo inagotable de miserias y supersticion, y una ignorancia y adormecimiento que bien se comprende dijera: «toda alta especulacion, como toda alta literatura, estaba muerta.» Por lo demás, el carácter nacional, el de los Reyes, el de los españoles, todos aparecen en su narracion fecunda, cual en proporcional balanza, midiendo su razon de mérito, que grandeza de inspiracion, elevacion de miras, profundidad de pensamiento, rectitud de juicios y censura manando de los mismos acontecimientos, todo nace espontáneamente con la exactitud que exige la realidad histórica.

Juzgar por otra parte á España aisladamente en algunos de los momentos de su larga historia, no parece muy natural cuando se leen las últimas líneas del escritor, que compara y depura las tradiciones de su carácter legendario, y en su aspecto verídico, le parecen eslabonadas las edades

todas de la nación española; por eso, ni la política, ni el espíritu aventurero, militar, conquistador, le hace detenerse sólo en este período, que otros bien análogos podría señalarle y nos cita, con notable acierto: que luce con todo esplendor en sus párrafos finales, mostrando con toda maestría el juicio comparado de las instituciones, su rango y coexistencia y el valor intrínseco de los mismos, sin que el continuo é incesante lamentar de una decadencia tan lenta y sufrida pueda, á mi parecer, superar el recuerdo de gloria y esplendor que manifiesta España, dando en su desmembración mayor ejemplo que otra nación alguna en todo el mundo, de fecundidad, y nacimiento á número increíble de pueblos y nacionalidades que tuvieron despues su historia completa.

Así gloríanse multitud de pueblos, y á partir de esos momentos Nápoles, y gran parte de Cerdeña hasta hace poco, ostentaban una vida propia; el reino Lombardo Veneto, como el de Bélgica en Europa, nacen del seno mismo que parecia no alentar fuerzas para existir. En América señala el señor Cánovas las repúblicas de Haiti, Santo Domingo, Méjico, Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa-Rica, Venezuela, el Ecuador, el Perú, Bolivia, Paraguay, Chile, Uruguay y la Confederacion Argentina, sin reseñar los inmensos territorios de la Florida, la Luisiana, Tejas y California, hoy en los Estados Unidos; además de infinidad de posesiones anexionadas por Inglaterra, y otras de Africa y Asia. En vano es repasar ligeramente nuestra memoria por los Estados que fueron entónces y en aquel siglo regidos por el cetro español, que nos dejaron los Países Bajos, el Franco Condado y demás Estados no en corto número nacidos á nueva existencia de nuestros propios dominios. Rasgo bien notables de lo que era un pueblo que sin hábitos para sí mismo, contenia tan ámplios territorios entre las hazañas y extremos de un heroismo sin ejemplo, que con tanta precision ha desarrollado el Sr. Cánovas, en sus eruditas obras.

CONCLUSION.

Un estudio moderno, que presenta la situación del historiador en España, háme sugerido otro extremo que no deja de ofrecer gravísima importancia, atendidas las condiciones en que se halla nuestra legislación y la libre referencia del historiador: notable por señalar el olvido y rigorismo de nuestras leyes en este punto, el estudio del Sr. Maluquer, defendiendo á la vez los derechos de personajes ilustres, cuyas memorias pudieran creerse difamadas por falta de imparcialidad en la historia, alterando los hechos y cualidades que los mismos ejecutaron, á la par que los derechos del historiador, aborda una cuestión magna, capitalísima en estas materias, que pertenecen á la filosofía de la historia, la de la libertad histórica. No bastó al ilustrado escritor, referirnos con minucioso detalle el rasgo de oro cincelado por todas las legislaciones de la humanidad; ni solos son los casos, cual lección maestra, ocurridos en Francia, Inglaterra y Alemania con relación parecida, sino que saliendo también de la especulación, entra en el estudio práctico y su viabilidad la presenta en coexistencia con el artículo 480 del Código penal español, desentrañando así todo el concepto del sabio jurisconsulto.

Saber con exactitud la noción filosófica de ese principio supremo y el medio en que debe colocarse el escritor en toda época, son condiciones indispensables para evidenciar este problema, expuesto con gran sencillez, no obstante de su grande dificultad: explicáronle ya filósofos, retóricos y pragmáticos: ¿qué guía puede tenerse presente al tropezar con las preguntas que formula el Sr. Maluquer? ¿Dónde concluye la libertad del historiador? ¿Cuándo empieza á ser responsable criminalmente si comete algún extravío? No es preciso acudir á las obras de mérito escritas sobre este mismo asunto; notables axiomas, preceptos muy acertados nos legaron Ba-

silio Varen de Soto, Jerónimo de San José, Juan Costa, Luis Cabrera y Sebastian José Mornillo, Tomás Tamayo de Vargas y otros; es cuestión prudencial y reviste también tanta variedad como la libérrima expresión del pensamiento humano; la resuelve el mismo escritor antes citado. «Una de las cualidades morales del historiador es saber conceder á lo probable el grado de credibilidad que le corresponda, y juzgar sin pasión los hechos cuando está seguro de que son ciertos, condenando el crimen y ensalzando la virtud;» escribiendo, como dice el Sr. D. José Maluquer «para todos los tiempos y generaciones,» ha de ofrecer á la humanidad ejemplo vivo emanado de sus propios actos, y ésta no puede ser si no participa de la misma naturaleza, si no es real, verídico, efectivo; de tal modo que variando en su fase más elemental, en su aspecto más sencillo, la manifestación de los pueblos, deja de ser el recuerdo ajustado á la vida y llega á lo más al grado de novela é invenciones fantásticas, cuando no es *perjudicial*, que sensiblemente se ve con frecuencia. Al llegar á este punto (1), el estudio del Sr. Maluquer se eleva á su más alto vuelo, y un historiador que se dedica al más acendrado sacerdocio de la vida profana de los pueblos, y la humanidad siempre aspirando en las páginas históricas un eco de su eterna gloria, constituyen la hermosa página que reúnen sus desvelos en tan deleitables tareas, como también presentan la *norma de conducta, enseñanza de los pueblos, purísimo y perfectísimo ejemplo al hombre, condenando el crimen y ensalzando la virtud*, para librarse de los *errores y desgracias de otras épocas*. Considerada así la misión del historiador, su referencia á los personajes y acontecimientos, revístese cada vez más de esencialidad popular; no es, pues, una idea concreta ni parcial á determinado héroe; más que todo, es el desenvolvimiento mismo de la humanidad el que está llamado á describir; por eso cuando no se tienen presentes la inmensa esfera de acción, los elementos que concita, el historiador conculca derechos sagrados, y en esa pendiente, ni hay res-

(1) El historiador ante el Código penal.

peto á la virtud, ni brota espontánea como sale la flor de las asperezas de la tierra, y nace la alabanza confundándose miserablemente con la censura. Así es como se explican tantas acusaciones en este concepto ante los tribunales de Europa; así también como la difamación ha merecido su puesto en nuestras legislaciones; y Atenas, retratándonos su sentimiento puro, moral y elevado por la memoria de los muertos; Asia, por su veneración á los que dejaron de existir; Roma, que pensaba hondamente la mutilación de una estatua, estableciendo para conmemorar la memoria y respeto de sus antepasados las *fiestas parentales ó ferales*, limitaciones por todas partes sembradas para coartar los vuelos del ingenio que pudiera libremente en su curso hollar alguna honra.

Mas si á tanto peligro se halla expuesta la honorable recordación de los que se hicieron dignos de memoria, ¿podrá negarse la razón de la biografía, rama principalísima de la historia? Podrán señalarse cortapisas al talento que se aplica á dar á conocer los personajes, su carácter, su medio en el mundo como eco de lección suprema lanzada por Dios en la existencia, y entónces, si no se la juzga también como altísimo tribunal entre los hombres, cuya misión tanto esclarecimiento lleva consigo, rindiendo la vida pública más ejemplar, ¿qué derechos tienen la historia y la posteridad para juzgar al tiempo y á las personas que fueron? Pregunta formulada por el erudito escritor, y á la que, siguiendo el orden metafísico de las ideas, puede contestarse por la naturaleza misma de las cosas. Hijo el presente de lo pasado, tiene respecto del padre, como el hijo, derecho á todas esas condiciones de viabilidad requeridas por la existencia; necesita el conocimiento de la perfección relativa que puede ofrecerle el retrato de las generaciones, y es como el eco de la voz que se hace oír en todos los tiempos; esa cadena áurea que une al cielo y la tierra, nunca se desorganiza, y los períodos todos de la historia hallan su mútuo recíproco enlace; hé aquí el derecho de la posteridad, aparte de su existencia. Ahora la medida se halla regulada por la naturaleza misma de la vida, sin arbitrariedades de ánimo, sin falsedades voluntarias é intencio-

nales, porque de otro modo, el recuerdo no es fidedigno, lo ejemplar deducido no es justo, ni tampoco semejante narracion es historia. Hé aquí por qué tambien consideramos el vuelo del historiador libre, siempre que sea contenido en las cualidades naturales y legítimas del historiador, natural como el curso de los acontecimientos de que se hace eco, natural tambien como el discurso del espíritu por un ámbito de moralidad y perfeccion; á tal rango tambien hay que considerarle si le vemos en órden á la conciencia pública y exigencias de una opinion comun amaestrada con la experiencia de los pueblos.

Expuesto el carácter del historiador segun ha parecido en el fondo de los mismos recitados, ¿qué nos queda en esa apreciacion general, resúmen de todo lo precedente y que sirva como recapitulacion de cuanto ha podido notarse en esta serie de estudios? Ante todo háse podido notar que no todas las obras que hemos examinado, ni tampoco todos los escritores que tratamos de recordar, han dado el título de Historia á todas sus composiciones; pero si algunos, á pesar de honrarse con este título, no lo serian si el asunto de sus escritos no les acompañara, los que han pasado ante nuestra vista nos descubren sus caractéres personales que establecen entre sí notables diferencias en una escuela histórica adulta. Los hemos visto en altas funciones del Estado llenar de acontecimientos sus propias obras, medir la existencia de los pueblos donde hallábanse los escritores como incrustados en el mosaico que descifraban á la posteridad; con pasion y tambien con independendencia muy recomendable, dueños de los secretos de Estado, revelarlos en sus conexiones sociales y en el complicado tisú de la política y de la diplomacia; algunos, cual quieren los maestros de la antigüedad, no solamente referir los acontecimientos, sino explicarlos en sus razones fundamentales y las causas que los motivaron; y aún cuando el talento y la filosofía elevaran la concepcion histórica, rodearse otros con toda diligencia de documentos y toda suerte de bellos materiales que constituyen el bastimento de una historia; preferencia de los más modernos á esa importante ley de la historia que en todo sa-

ca la verdad, sin que siempre sea la única exigencia y absoluta universal condicion; llevan los escritores enumerados, en multitud de pasages, digresiones en las que, si producen confusion en algunos, oportunas y convenientes, muchas veces esclarecen los sucesos, divierten el ánimo y hánles sido insuperables á los mismos maestros que regularon el arte histórico.

Importantísimo sobre manera á la historia es lo que entrañando la verdad del acontecimiento le trastorna la del tiempo y quizás la del espacio; eso que los griegos llamaron justísimamente *Hysterologia* y *Hysteron Proteron*, segun la manifestacion de los acontecimientos y la narracion histórica se ajuste, se adelante ó se los describa en ocasion posterior á la que les vió nacer; circunstancia que afecta hondísimamente á la historia, que sólo vive del orden y acertada sucesion, algunas veces trastornada en su marcha regular por las trasposiciones de los acontecimientos, como en la justa clasificacion de los tiempos y de las edades, otra de las condiciones hoy atendibles en la historia (1). No como en los maestros clásicos vemos esa escala de adornos que empezando por las arengas directas, oblicuas y mixtas, llena á veces de vida el recitado; más seria, más fria, más filosófica, retratan los personajes en su representacion histórica quizás con una trascendencia más social que personal, siendo los rasgos de estos historiados pinceladas maestras que sin acudir á la palabra animada de los héroes, tienen, sin embargo, el colorido máspreciado de la razon histórica; mas no tan frios que rechacen de sus obras el lauro y la censura donde sea digno de expresarla, justo resultado de los actos humanos, eco el más genuino de la historia, leccion de la humanidad y experiencia de la vida.

Más puros en la composicion histórica sin alusiones á otros tiempos remotísimos, sin analogías mitológicas, ni

(1) Nada cabe expresar acerca de los períodos de la historia, porque si bien estos estudios revisten un carácter universal, es solamente de un período, y sobre esto ya expondremos nuestra opinion en obra próxima.

tampoco de edades distintas, saben, sin ocultar una prudente erudicion, referirse totalmente al tiempo objeto de sus veladas y difícilmente alteran la hilacion de los sucesos; pero si no intercalan acontecimientos sobrehumanos, crean abolengos remotísimos y hacen, no pocos, derivar la historia de familias y biografías en ascendencias no sucedidas.

Parece que examinadas algunas de las cualidades que afectan al fondo de la historia, no hay tanta exigencia en la depura forma y que la historia es siempre agradable, cualquiera que sea el estilo en que se la exprese; pero de la comparacion sencilla de nuestros historiadores surge una divergencia admirable por su gusto, estilo, espíritu del sentimiento é inteligencia del escritor, retratado por su vívido lenguaje. La concision, y su contrapuesta la extension, el florido intercalando versos, la severidad del juicio histórico sin licencia alguna se concitan en variedad tal, que todas se nos presentan dando esa inteligibilidad deseable, aunque no total; ciertamente hemos observado la claridad donde quiera que se nos ha presentado, y los rasgos épicos, la dignidad y majestad y elocuencia brillaron, segun hemos podido notar, en pocos historiadores modernos; tal vez poseidos de que la historia debe hacerse por sí misma, vemos que los escritores en su generalidad no cuidáronse de amenizarla, y que sentando nuevos rumbos en el arte histórico, si en la antigüedad denominóse á Saturno padre de la historia en la edad moderna, á los escritores que hemos examinado podrá conocerse los como generadores de la historia futura, hija de la época de los gustos y tendencias del siglo; el mismo espíritu en filosofía, el mismo espíritu en las ciencias, el mismo espíritu en la historia; el acontecimiento, y solamente nutrido de datos y documentos depurados por la crítica más acerada, para luégo servir de base á la filosofía, savia de la humanidad.

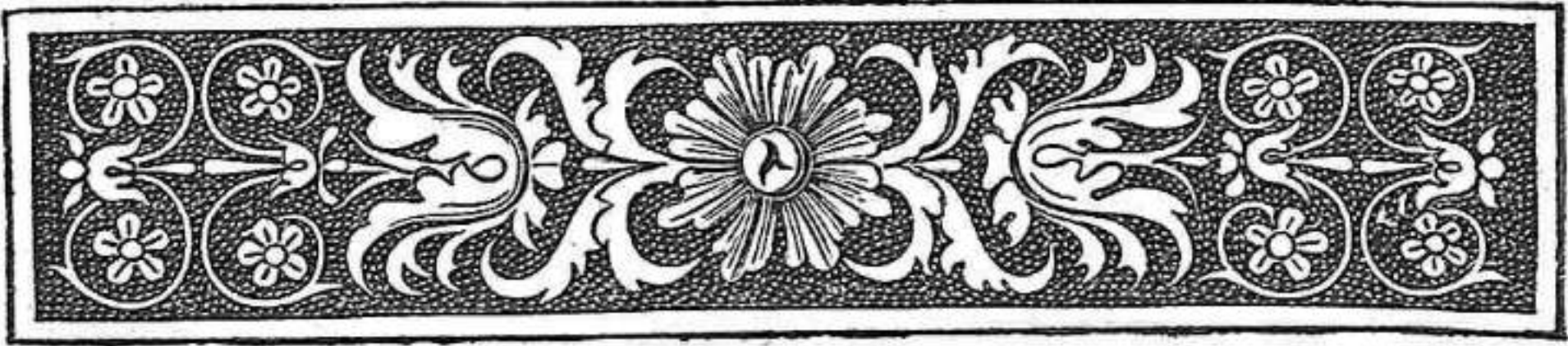
No obstante, si Pontanus y Meursius nos merecen aplauso, y aún más que ellos Witfeld, á quien se le oia discurrir *simplici calamo* en los más vivos intereses de su patria, y á Saxo Gramaticus, modelo é ideal en las teorías históricas danesas; á Tosfesen, en la más íntima disquisicion de los Sagas y en otras obras profundamente combatido; Gram,

Helberg, el gran historiador dinamarqués; Lamgebek y Sulmos confirman esa misma tendencia; pero es de notar que el primero de estos dos últimos parece influido, más que de la imitación, de la sencillez antigua nacional, como en Palacky, y el slavo Gindeley, Naruszeswicz, más concreto aún, llamado en Polonia *Padre de la Historia*; no así Hoof, sabio historiador entre los más modernos, siguiendo á Tácito, apenas supo sustraerse á la imitación de lo antiguo; sigue el gusto á lo clásico, entre otros muchos, Bacon, cuya biografía de Enrique VII, del célebre pensador inglés, el primer escritor de la escuela pragmática de Polibio; Raleigh y lord Clarendon, rivalizando á sus contemporáneos de otros pueblos en la perfección histórica, y Gibbon, fundador de la crítica histórica; Hum, Robertson, Lingard y también Macaulay completan esa serie de astros cuyo rastro jamás se extingue, y sus rasgos esclarecen las vías recorridas por los Justus, Moeser, Putter, Spilster, Shoezer, Gattezer, á todos los que vino á dar algún brillo más la original concepción de Spencer y Leibnitz. Poelitz, historiador, estadista, teólogo, filósofo, aunque de grande estudio, pudo formular un sistema radical; pero se contentó en conservar una posición neutral en la lucha del antiguo y nuevo sistema del imperio austriaco, no llegó á ejercer escasa influencia su obra. Extensa sería la ilación que se podría marcar en los historiadores de Francia, tan rica en modelos y en imitaciones perfectas; sustitúyense los sistemas clásicos; y en su literatura el período de Augusto halla su espléndido eco en el de Luis XIV, en el que si campea á grande extremo laudable imitación, no ménos supera cierto carácter, en el que el sentido íntimo de la historia se halla como sofocado por la imitación monótona de formas narrativas y fraseología de escritores clásicos, como en Adrian de Valois, aunque llamara más la atención su esfuerzo en distinguir los orígenes francos; Herwy y otros muchos la levantan á suprema altura, y basta con Bosuet para conocer su desarrollo, comparable bajo distintos aspectos á los nuestros de la antigüedad, según hemos visto. No es, pues, de extrañar oír en Italia exclamaciones de histórico engrandecimiento; tenía un abolengo literario remotísimo, cual ningun otro pueblo

moderno, tan antiguo su espíritu histórico, elevado á grandes miras, de inmenso vuelo como el pensamiento; difícil es contarles sus pasos, que de particular reuniera esa historia transmitiendo infinidad de datos, y que la misma erudicion se observara en una pléyade de escritores españoles, así de la historia general como particular, cuyo detalle hemos conocido desde Mariana á Lafuente, y desde Mendoza á Cánovas con una erudicion y espíritu histórico, que puede en todos los pueblos caracterizarse bajo su natural genuino aspecto; en los Estados del Norte y slavos como confundidas en sus orígenes; en Inglaterra absorta en su absolutismo, y tambien ébria de su espíritu revolucionario, entónces conmovida hasta en su concepcion histórica en el fuego de sus lides monárquico-republicanas; á Italia descubrir los infinitos veneros de su vida en todo tiempo y edad; Alemania con su conceptismo de todo órden social, consecuencia legítima de su reforma y sus triunfos sicológicos fundamentalmente razonables, y así tendiendo al ideal; Francia con una eguemonia política amamantar la segunda lactancia del espíritu humano, y España, cual muy pocas otras, grave, serena, con la expresion majestuosa de su carácter, descifrar sus inmensos dominios y perpetuar sus esfuerzos por la gloria.

VICENTE TINAJERO MARTINEZ.





AVENTURAS
DE
UN SALTIMBANQUIS ⁽¹⁾

XXII.



No se había engañado Benjamín en sus pronósticos. Una hora después de haberse despedido las amazonas, agrupábase una compacta muchedumbre ante la morada del exorcista. Contábanse allí por centenares los negros de todas edades de uno y otro sexo, zumbando como enjambres de abejas y con las manos llenas de ofrendas, pero no atreviéndose á dar un paso más por temor al mágico, y tal vez también por temor á la autoridad, á quien todo aquello podía parecer poco agradable. Afortunadamente, la policía del Rey Gezzo fué modelo de indulgencia.

El mágico-exorcista no tenía motivo alguno para oponer dificultades. En cuanto la gente fué aproximándose, el cajero Cobb apareció en el dintel de la puerta, sonriéndose con la

(1) Véase la página 480 del tomo anterior.

mayor amabilidad del mundo, é hizo varias señas á los clientes para darles á entender que serían bien recibidos. Sólo que por exceso de prudencia, y para que los pagos se efectuasen con el orden debido, no habían de entrar sino uno por uno. La procesión duró hasta que Silas, cuyo brazo no cesaba de funcionar como la bomba de una fuente pública, hubo agotado ya todas sus fuerzas. Así es que la cantidad de ofrendas, tanto en efectos como en especies, es decir, en *cowries*, fué tan considerable que nuestros amigos no sabían ya en dónde meterlas.

Si alguien extraña el número de enfermos ó de embrujados que había en la ciudad de Alada, debemos decirle que la consulta, por regla general, sólo era un pretexto, y que la mayor parte de los clientes no llevaban otro objeto que el de ver de cerca al célebre mágico.

Hubo, sin embargo, entre los visitantes, verdaderos enfermos. Hallábase entre éstos el alto y fornido negro á quien Silas había tratado tan despiadadamente la noche anterior en la ceremonia expiatoria de la hoguera. Llegó hasta la choza sostenido por sus amigos, y con la cara hinchada por el golpe que había recibido. Silas, que creía haberle dado muerte, se alegró de volverle á ver, y con verdadera satisfacción le estrechó la mano tres ó cuatro veces. Nuestro héroe, siempre generoso, se negó á cobrar sus honorarios. Era lo menos que podía hacer por un pobre diablo á quien por poco no manda al otro mundo.

Al llegar la noche los tres europeos cenaron alegremente, haciendo mil conjeturas acerca de su futura suerte. Acababan de prender fuego á un gran bol de ponche confeccionado con una de las muchas botellas de ron que les habían regalado, cuando oyeron que llamaban á la puerta.

—¡Hola! dijo Cobb; esto va á ser cuento de nunca acabar. ¡Que se vayan con cinco mil demonios! Ya no es hora de consulta.

El ruido continuó con mayor insistencia y acompañado de sordos gemidos.

Silas, dispuesto siempre á escuchar la voz de la humanidad, corrió hacia la puerta. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver

á Sadi... pero Sadi desfigurada y casi sin poder tenerse de pie! Su cuerpo estaba magullado á golpes, y en la parte superior de la frente tenía una herida que sangraba con abundancia.

En cuanto Silas la introdujo en la habitacion, la pobre joven se arrojó á sus pies y le cogió las manos sollozando. La infeliz miraba hacia la puerta con verdadero espanto y como si temiese verse perseguida.

—¿Quién será el miserable que ha puesto en este estado á una criatura inofensiva? exclamó Silas lleno de indignación.

—Siempre será cosa del simpático Bah-tong, dijo Cobb no menos impresionado. Esto es lo que me parece más probable. Si la muchacha hubiese sido maltratada por alguien que no fuese su padre, hubiera ido en busca de éste en vez de venir á refugiarse á nuestro lado.

—¿Creéis de veras que es su padre quien la ha maltratado?

—¡Y por qué no! Eso también ocurre en los países civilizados. Tengo la seguridad de que ese infame verdugo no perdonará nunca á su hija el que os haya dejado tomar las de Villadiego. También es muy posible que la crea cómplice de vuestra evasión.

Mientras Silas y Benjamín sostenían este diálogo, prodigaban á Sadi toda clase de cuidados, restañando la sangre que corría de su frente y colocando una compresa sobre la herida.

—Puede ser que tengáis razón, Benjamín. ¿Qué vamos á hacer con esta pobre criatura? Yo no me atrevo á despedirla. ¿Os parece que la demos asilo por esta noche?

—No veo en ello ningún inconveniente, si es que ella no se opone. Creo que ese es nuestro deber, toda vez que ella ha venido á pedirnos protección.

Benjamín, que daba á estas cosas grandísima importancia, la ofreció de comer y de beber.

La negra lo rehusó todo, y sólo quiso tomar unos cuantos sorbos de agua; pero cuando los dos amigos la condujeron á la habitación inmediata, en donde acababan de improvisar su camastro, y la indicaron por señas que se quedase allí, aceptó el ofrecimiento con visibles muestras de gratitud, que se dirigían sobre todo al mágico blanco.

—A esa sí que me parece que la habéis embrujado de veras, dijo Cobb con tono malicioso. ¡No os encojáis de hombros, señor mágico! Un buen éxito lisonjea siempre nuestro amor propio. Además, bueno es tener amigos en todas partes, y lo cierto es que, exceptuando á esta joven, yo no sé que haya en todo el Reino de Dahomey una sola persona que nos quiera bien.

En los tres días siguientes, la afluencia de visitantes fué todavía mayor; sólo que el valor de las ofrendas comenzó á ir en disminución, porque estando agotada la aristocracia, no quedaban ya más que simples proletarios. Éstos mostraban igual aún é igual entusiasmo por el exorcismo. La choza estaba siempre llena, y Silas comenzaba á fatigarse de su papel. Un afortunado incidente le libró de tan ímproba tarea.

El cuarto día, mientras el populacho impaciente chillaba y alborotaba á la puerta de los europeos, el batallón de amazonas dió una carga á aquella turba de granujas y la puso en precipitada fuga. Silas y Benjamín se alarmaron al ver aquel acto de rigor, creyéndole dirigido contra ellos; pero al poco rato recibieron la visita del intérprete, que les dió toda clase de seguridades.

Su Majestad, les dijo, ha mandado despejar la plaza nada más que para librar á su *hermano blanco* de las molestias de la plebe. Bastaba que el ilustre doctor hubiese dado audiencia á los nobles y á los oficiales de la corte; no era conveniente que fuera á rozarse con gentecilla de poco más ó menos. Sin embargo, el rey no quería que esta medida perjudicase los intereses de Silas; éste podía contar desde luego con una indemnización proporcionada al sacrificio que se le exigía.

La ejecución de la real promesa no se hizo aguardar.

Poco rato después entraron cuatro criados con unas cien medidas de *cowries*,—cada medida equivale á dos chelines ingleses,—seis piezas de tela, un barril de ron, etc., etc.

Silas no sabía de qué modo manifestar su agradecimiento. Como comenzaban á molestarle todos aquellos *cowries*, preguntó al intérprete si no podría cambiarlos por otra moneda menos voluminosa y de más fácil curso.

—Yo haré todo cuanto pueda por seros agradable, dijo el intérprete; pero sólo podré daros dollars; la moneda de oro no se conoce en este país.

Los europeos aceptaron gustosos esta proposición.

Otro tanto hicieron con las piezas de tela, la cera de abejas y las demás mercancías que el intérprete se encargó de convertir en metálico.

Aquella misma noche, nuestros amigos tenían en su poder dos mil dollars.

—Estoy seguro de que ese viejo de los demonios ha hecho su negocio verificando este cambio, dijo Cobb mientras contaba el dinero. Todavía falta bastante para los cuarenta mil dollars, pero por algo se empieza.

XXIII.

Parecía comenzar una era de calma y de prosperidad para la pequeña colonia. Ya no existían las nubes que habían ennegrecido los primeros días de su arriesgada campaña, y el Rey, sincera ó hipócritamente, los honraba dispensándoles sus favores. Los hermanos Horner y el músico Cobb daban en presencia del Rey, dos ó tres veces por semana, grandes representaciones en que lucían casi todas sus habilidades. Su Majestad había prohibido formalmente que en las sesiones públicas saliese á relucir la ventriloquia. De cuando en cuando, el Rey Gezzo hacía que Silas se presentase en palacio, y celebraba con él largas conferencias acerca de tan delicado asunto. Ningun testigo profano asistía á ellas, exceptuando el intérprete y alguna de las esposas favoritas, personas todas de su completa confianza, porque sus vidas pendían de su discreción. Al terminar aquellas audiencias íntimas, el mágico recibía siempre un regalo de bastante importancia. Los tres artistas disfrutaron un alojamiento más espacioso, y tenían siempre á sus órdenes cierto número de criados negros, que se mantenían á una respetuosa distancia y que no vivían con ellos para dejarlos en completa libertad.

Una sola persona se agregó decididamente á ellos; la joven Sadi. Desde el día en que fué á pedir auxilio á los europeos, la pobre negra no quiso abandonarlos, y acabó por convertirse en su pupila. Ya no cabía duda de que su padre fué el autor de los malos tratamientos que la infeliz había sufrido. Silas llegó hasta sospechar que el feroz ejecutor había querido matarla, temiendo que llegase á revelar un día las circunstancias de aquella evasión que él tenía interés en hacer pasar por milagrosa, como ya dijimos anteriormente. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Bah-tong no reclamó nunca á su hija. ¿Cómo era posible, dado el carácter caballeresco de Silas, que abandonase en aquellas circunstancias á una pobre criatura sin protección, víctima inocente del terror y del odio que su padre inspiraba á todo el mundo? La gratitud y la compasión conmovían el ánimo de nuestro héroe en favor de la joven, y aunque no había pensado ni un sólo instante en corresponder á la exagerada pasión que ella le mostraba algunas veces, llegó á cobrarla un verdadero afecto.

Él no podía tampoco dejar de reconocer que Sadi, á pesar del color de su tez, poseía las gracias y las condiciones que son el encanto del sexo débil. Dotada de una belleza plástica, en su notable tipo de mujer hotentota, tenía al mismo tiempo esas ventajas propias de las razas que desarrollan su soltura y agilidad por medio de una vida siempre activa. Pero lo que más admiraba Silas, era la bondad de su corazón, la sencilla vivacidad de su carácter, su abnegación á toda prueba y su inteligencia verdaderamente prodigiosa. Ella supo encontrar mil medios para ser útil á sus nuevos amigos, y no tardó en aprender su lengua, por lo menos lo bastante para conversar con ellos sin tropezar con grandes dificultades. Con ese instinto maternal que poseen todas las mujeres, cobró desde luego un extraordinario cariño al pequeño Jobb, y ganó su afecto de tal modo, que el niño no podía separarse ni un momento de su querida Sadi. Sin embargo, el principal objeto de su culto fué siempre Silas. Atenta á sus más insignificantes deseos, feliz si él estaba alegre, é inquieta cuando le veía preocupado, la negra parecía vivir únicamente para él.

Así transcurrieron tranquilamente cuatro meses, durante los cuales se reunieron veinte mil dollars, sin contar las alhajas de oro y de plata y otros objetos de menos valor recogidos por nuestros tres amigos. En todo este tiempo, un acuerdo tácito había desterrado de sus diálogos los recuerdos de la patria, lo cual no impedía que Benjamín continuase con sus sueños de color de rosa recordando incesantemente el amor que había dejado en Europa. Ahora que veían llegar el fin de su cautiverio, renacía la confianza, y con ella la esperanza de ver realizados todos sus deseos.

La generosidad del Rey aumentaba en proporción del afecto que mostraba á Silas. No había día en que Su Majestad dejase de llamar á palacio á su *hermano blanco*, que ya hablaba la lengua de Dahomey lo muy suficiente para poder conferenciar sin ayuda del intérprete. Estas conferencias versaban generalmente sobre un asunto poco agradable para el europeo, es decir, sobre las voces múltiples y sobre el partido que de ellas podía sacarse para el gobierno de la Nación. Silas vogaba admirablemente por aquel mar lleno de escollos, sin naufragar nunca, ni llegar al puerto á que el Rey quería conducirle. De este modo esperaba que llegase el momento de poder pagar su rescate y abandonar aquel país, según la solemne promesa de Su Majestad. Pero el joven Horner no contaba con la obstinación del viejo Leopardo. Desde el día en que el mágico blanco había dado una prueba tan sorprendente de su poder, haciendo hablar la cabeza de masa, el Rey Gezzo meditaba un plan extraño y diabólico, y no era hombre acostumbrado á renunciar á sus propósitos.

Para llevar á feliz término su proyecto, necesitaba un cómplice de toda su confianza, ajeno á toda influencia ó preocupación, un hombre, en fin, que le perteneciese en cuerpo y alma, y no tuviese que atender á otros cuidados. Y lo cierto es que Silas no reunía ninguna de estas circunstancias. El mágico blanco vivía en unas condiciones que le hacían ser indiferente, ya que no hostil, á las miras secretas del Maquia velo africano. ¿Cuáles eran sus afectos? Su joven hermano, de quien se ocupaba constantemente, y el otro hombre blanco, su amigo el músico, que parecía su *alter ego*, y cuya sutile-

za, mal encubierta por un falso aspecto de bobería, había adivinado Gezzo. ¿Valía la pena de ser Rey para que un hombre le desdeñase, dando la preferencia á un niño y á un tocador de bombo? Así es que el viejo tirano aborrecía á aquellos dos personajes tanto como parecía estimar al tercero; apariencias engañosas, dicho sea de paso, porque lo cierto es que, en el fondo, lo mismo detestaba á Silas que á los demás; sólo que le mimaba y contemplaba por necesidad. Á medida que su plan maduraba, sentía Gezzo aumentar el odio que profesaba á Job y á Benjamín, que eran para él dos obstáculos vivos. El sanguinario autócrata hubiera dado gustosamente veinte sacos de *cowries* por ver sus cabezas clavadas en el extremo de una pica y sus cuerpos devorados por el *Topkodun*, el dios cocodrilo; capaz hubiera sido de asesinarlos, si no hubiese temido excitar en alto grado la cólera del mágico blanco. Si éste hubiese conocido las ideas que acariciaba su augusto señor, se hubiera conducido con mayor cautela. Pero, por desgracia suya, nunca llegó á sospechar semejantes infamias. El día que comenzó á adivinarlas era ya demasiado tarde para evitar sus funestas consecuencias.

El clima africano alteraba por momentos la salud del pequeño Job, y de cuando en cuando se veía acometido por la fiebre. Una mañana, después de una violenta crisis, y sintiendo ya algún alivio, se había quedado dormido, pero destrozado por la fatiga. Silas, que había pasado la noche velándole en compañía de Benjamín, estaba sentado aún al lado del lecho de su hermano, cuando vió entrar un criado que venía á llamarle de parte del Rey. Esta pretensión era tanto más inoportuna, cuanto que el joven europeo había pasado gran parte de la noche anterior conferenciando á solas con su augusto señor. Así, pues, se permitió mandarle á decir que le suplicaba aplazase la audiencia para un momento más oportuno. El viejo tirano, que también había pasado la noche sin poder pegar los ojos, no estaba de humor para soportar la más pequeña contradicción, y descargó su cólera sobre el esclavo, dándole un palo que hubiera hecho pedazos un cráneo menos duro que el de un indígena.

—¡Siempre ese maldito niño! exclamó. Ve otra vez á bus-

car al mágico blanco, y dile que venga inmediatamente, si quiere conservar la cabeza sobre sus hombros.

Silas no tuvo más remedio que obedecer sin replicar una palabra.

Pero cuando se aproximó á las habitaciones de la real persona, supo, con gran sorpresa suya, que no podía ser recibido.

—Muy bien, dijo creyendo que el viejo maniaco había cambiado de idea, arrepintiéndose ya de sus exigencias. Me vuelvo á mi casa, y allí aguardaré las nuevas órdenes de Su Majestad.

—No podeis volver á vuestra casa, contestó el mensajero; tengo orden de conducirlos á otra parte.

No era posible resistirse. El joven siguió á su guía, sin concebir aún ningún recelo. Por lo visto, el Rey quería imponerle algun ligero castigo por su resistencia, pero pronto volvería á dispensarle su amistad.

—Y hasta puede que concluya por pedirme mil perdones, decía para sí, enviándome además algun regalo.

La parte de palacio á donde se le condujo, situada en un punto opuesto á su morada, era completamente desconocida para el saltimbanquis. Fué introducido en una sala espaciosa, amueblada con cierto lujo, y que daba, por una azotea toscamente construída, á los jardines de palacio. El esclavo que le había acompañado le llevó unos almohadones, una gran pipa y una bolsa de tabaco, y desapareció después de hacerle una profunda cortesía.

Silas pasó así algunas horas, ocupado en fumar y contemplando la poderosa vegetación que se ofrecía ante sus ojos, dejando ver, al pie de las gigantescas palmeras, las lejanas cumbres de Sierra-Leona, vivamente iluminadas por un sol abrasador.

El reloj de nuestro héroe marcaba ya las doce de la mañana, y nadie aparecía por allí. Ni un solo signo de vida en aquella soledad, en medio de aquella atmósfera caliginosa. Apenas si, de cuando en cuando, se oía el zumbido de un insecto ó un soplo de viento por entre las hojas que caían inertes después de revolotear un breve momento. Silas co-

menzó á inquietarse. ¿Qué significaba aquel secuestro? ¿Ocultaba alguna nueva desgracia?

A las cuatro comenzó á llamar. Presentóse un criado negro, á quien dió un mensaje para el Rey Gezzo. El criado salió y no volvió á aparecer.

Comenzaba á oscurecer. Silas, no pudiendo ya resistir más, llamó nuevamente. Entonces se presentó un oficial.

—Quiero ver al Rey inmediatamente, dijo el saltimbanquis con imperioso acento.

Ya sabemos que conocía la lengua del país lo bastante para hacerse comprender.

—Ilustre blanco, dijo el oficial, el Rey está ausente y no regresará hasta mañana.

—Pues yo quiero volver á mi domicilio, en donde mi presencia es muy necesaria. Además, estoy todavía en ayunas, y supongo que el Rey no se habrá propuesto que yo muera de hambre. Sacadme de aquí.

—Imposible. El Gran Leopardo ha dispuesto que su hermano blanco aguarde aquí su regreso; pero tambien tenemos orden de que no carezcáis de nada absolutamente. Dignaos tener un poco de paciencia; en seguida os servirán.

El oficial salió haciendo grandes cortesías.

Pocos minutos después volvió, acompañado de una porción de criados que traían toda clase de manjares y una soberbia colección de frutas. Silas, que tenía un hambre canina, se consoló cenando abundantemente y bebiéndose una botella de exquisito vino.

Cuando iba ya en los postres, oyó un grandísimo estrépito. Penetraron en la habitación tres músicos y dos bailarinas. Era un delicado obsequio del Gran Leopardo.

Silas se fijó muy poco en los ejercicios de aquellos individuos. Su pensamiento estaba en otra parte. Sin embargo, el espectáculo continuaba cada vez más animado. De los tres músicos de que se componía la orquesta, dos soplaban con toda la fuerza de sus pulmones en unas flautas de caña, y el otro golpeaba un tamboril, en tanto que las negras bailaban una especie de cachucha desenfrenada lanzando penetrantes gritos. Sus rostros pintarrajeados de rojo y de blanco, sus

ojos siempre en movimiento, y los adornos de coral entrelazados con su negra cabellera describían infinidad de círculos en el torbellino de sus saltos y piruetas. Llevaban en las muñecas y en los tobillos grandes anillas de cobre ó de plata, y en torno del cuello un triple collar de dientes humanos que se agitaban produciendo un ruido semejante al de las castañuelas. De cuando en cuando, las almeas de color de ébano se paraban un momento; inclinábanse ante el joven blanco, dirigíanle una sonrisa, y proseguían su bailoteo con mayor animación que antes.

Aquel extraño espectáculo, acompañado de un ruido insupportable, produjo al poco rato el efecto de una alucinación en el cerebro de Horner, sobrecitado ya por el tabaco y por el vino de palmera. Después de contemplarlo un rato medio adormecido, sintió como una especie de desmayo, y acabó por dormirse como un bienaventurado.

XXIV.

Eran ya las doce de la mañana del siguiente día, cuando Silas recibió por fin un mensaje del Rey.

—Su Majestad supone que su hermano blanco habrá pasado buena noche, dijo el mensajero, y pone en su conocimiento que le recibirá dentro de un cuarto de hora.

En efecto, quince minutos después, el europeo se hallaba en presencia del Monarca. Encontróle solo, cómodamente sentado sobre unos grandes almohadones, y de bastante buen humor, al parecer. Su fisonomía reflejaba la tranquilidad de un hombre que ha dormido bien y que sólo desea vivir en paz con todo el mundo. En cuanto vió á su joven amigo, le dió á besar la mano, y luego comenzó á hablar del calor, de los mosquitos y de otras cosas no menos importantes. Silas, que no podía ocultar su impaciencia, sólo le contestaba por monosílabos. Cuando el Rey hubo agotado su repertorio de simplezas, empleadas sin duda para retardar la crisis presentida por los dos interlocutores, el saltimbanquis se tomó la

libertad de decirle que si no tenía nada más que manifestarle, le suplicaba que le dejase volver á su choza.

—¿Y por qué quiere dejarme mi hermano blanco? preguntó Gezzo.

—Hace veinticuatro horas que faltó de casa, dijo Silas, y dejé á mi hermano bastante enfermo.

—No tengáis ningun cuidado, vuestro hermano se encuentra perfectamente.

—Mucho os agradezco, señor, esa buena noticia; pero permitidme que me informe por mí mismo.

—Os repito que está restablecido, repuso el Rey visiblemente contrariado; yo mismo me he encargado de su curación.

—Eso hace que sea mayor mi gratitud. No sabía que Su Majestad entendiese de medicina. ¿Y qué remedio habéis empleado?

—¡Ah! Un remedio muy sencillo; el que vos mismo hubierais aplicado. ¿No me habéis dicho varias veces que este clima no era nada bueno para el niño?

—¡Dios mío! ¿Qué queréis decir?...

—Es inútil ocultároslo por más tiempo, dijo Gezzo fijando en el europeo una mirada llena de inquietud; vuestro hermano se ha marchado.

—¡Que se ha marchado! exclamó Silas poniéndose más blanco que la cera. ¿Y á dónde ha ido?

El Rey no despegó sus labios. El saltimbanquis estaba fuera de sí; sus ojos despedían rayos.

—¿En dónde está mi hermano? Rey Gezzo, decidme en dónde está mi hermano; yo quiero saberlo.

—Está en donde vos deseabais, dijo el Leopardo jugando con un enorme bastón que, sacudiendo la plancha metálica suspendida en uno de los lados de la tribuna, podía hacer que apareciese la guardia situada en la habitación inmediata. Vuestro hermano ha marchado con dirección á Europa.

—¡A Europa! exclamó Silas cada vez más furioso.

—Ha salido para Benin, en cuyo punto se embarcará por cuenta mía en un buque que debe conducirle á Inglaterra. Sed razonable, hermano blanco, y considerad que sólo por

complaceros he enviado á su país natal al objeto de todo vuestro cariño. Yo podía prescindir de esa criatura, y á vos os necesito todavía por algun tiempo; cuando ya no me hagáis falta iréis á reuniros con él, yo os lo prometo formalmente. Si no os lo he dicho antes de ahora, ha sido por evitaros el dolor de una separación; pero no tengáis cuidado alguno; le he colmado de regalos, y con ellos podrá ser rico toda su vida.

El Rey se expresaba con tanto abandono y con tales apariencias de buena fe, que Silas, cuya rectitud le impedía sospechar el mal, acabó por tranquilizarse algún tanto. Después de todo, bien podía ser que Gezzo fuese sincero. Prescindiendo de los movimientos oscilatorios del enorme bastón, nada denotaba en él el menor asomo de falsía. De todos modos, como el enfurecerse no podía servir de nada, el partido más prudente era disimular. Una vez enterado de la suerte de Job, Silas pensó, como era natural, en Benjamín.

—¿Ha marchado solo mi hermano? preguntó después de un momento de silencio.

—¡Vaya una pregunta! dijo Gezzo. ¿Había yo de permitir que un niño de esa edad viajase solo? ¿Me creéis capaz de una crueldad semejante? No, vuestro hermano se ha marchado con el músico blanco.

—¡También se ha marchado Benjamín, y sin que yo lo sepa!

—Ya os he dicho los motivos que tenía para tomar esta determinación, añadió Gezzo cada vez más imperturbable. Además, ahora os enseñaré una cosa que será más elocuente y más persuasiva que yo. La palabra escrita de los hombres blancos salva todas las distancias. Hoy por la mañana temprano he recibido, estampada en un papel, esa despedida que tanto echáis de menos. Ahora veréis. Aquí tengo la despedida del niño y del hombre.

Al decir estas palabras, el Rey sacó de debajo de su túnica dos pliegos separados y se los entregó á Silas. El primero, emborronado con unas letras deformes, decía de este modo:

«¡Querido Silas! Ven cuanto antes á reunirte con nosotros. El mensajero del buen Rey nos asegura que volveremos á

verte dentro de un mes; pero puede que tú consigas venir un poco antes, para que logremos embarcarnos juntos. No tengo tiempo para decirte nada más; está esperándonos la lancha que debe conducirnos á Benin.

»Tu cariñoso hermano, JOB.

»P. D.—Se me olvidaba decirte que Sadi tiene grandísimo empeño en que tú la lleves como esclava. Dice que el Rey Gezzo no tendrá ningún inconveniente en regalártela, si tú se la pides.»

La segunda misiva era de Benjamín Cobb:

«Querido Silas: Supongo que conoceréis mejor que yo los motivos de nuestra separación. ¿Por qué no nos dejan que regresemos juntos á Inglaterra? No lo entiendo; pero tampoco veo en esto nada que realmente pueda alarmarnos. El Rey Gezzo vale mucho más de lo que nosotros nos habíamos figurado. Nos ha colmado de regalos, y os aseguro que llevo el bolsillo bien repleto. Os aguardamos con muchísima impaciencia. Un mes pronto se pasa. Job es el que va ganando más con todo esto, porque no hubiera podido salvar el pellejo en este horroroso país.

»Vuestro afectísimo amigo, BENJAMÍN COBB.»

La lectura de estos dos billetes atenuó la inquietud de Silas. Su contenido confirmaba el relato del Monarca. Job le llamaba *el buen Rey*, y su carta revelaba además una verdadera satisfacción. Hasta el mismo Benjamín, aunque con menos abandono, venía á expresarse en términos análogos. Y Benjamín no era hombre que se dejaba engañar. Cuando él escribía de aquel modo, era porque el conjunto de las circunstancias en que la marcha se había verificado eran de todo punto tranquilizadoras. Todas estas reflexiones hicieron que Horner recobrase alguna confianza. El viejo zorro, que lo echó de ver, se sintió libre de un gran peso.

—Vamos, ¿no os lo decía yo? exclamó con acento meloso.

—Veo, en efecto, que no me engañabais, contestó Silas afectando más agradecimiento del que realmente sentía. Nunca olvidaré los beneficios que habéis dispensado á mi hermano y á mi amigo, y creo desde luego que, cumpliendo

vuestra promesa, me permitiréis que me reuna con ellos dentro de un mes.

—Eso depende de vos, dijo el Rey en voz baja y aproximándose al europeo. Lo que he hecho por vuestros amigos no es nada en comparación de lo que haré por mi hermano blanco, si es razonable y quiere ayudarme en mis proyectos.

Había llegado el momento de la crisis. Silas comenzó á sospecharlo desde que vió el giro que tomaban los sucesos. Había comprendido perfectamente que los supuestos beneficios de Gezzo no tenían nada de desinteresados. Sólo faltaba por saber qué era lo que de él se exigía, y si los instintos sanguinarios del Leopardo le harían intervenir en alguna empresa indigna de sus nobles sentimientos.

—Estoy á las órdenes del Rey, dijo, y dispuesto á servirle en todo cuanto sea digno y honrado.

—Levantad la estera suspendida delante de la puerta, murmuró el Rey, y venid á sentaros á mi lado. Es preciso que nadie se entere de lo que voy á deciros.

Sería difícil referir con todos sus detalles el largo é incoherente discurso que pronunció el africano para exponer su plan. Nos limitaremos á extractarlo.

Aquel famoso plan se refería al festival de los festivales, la gran ceremonia de *So-Sin*, una fiesta local que debía celebrarse dentro de poco. ¿Qué ceremonia era la de *So-Sin*? Como el lector lo ignorará probablemente lo mismo que lo ignoraba Silas, procuraremos explicárselo en pocas palabras.

Los habitantes de Dahomey tienen acerca de la vida futura ciertas supersticiones de que también participan otros pueblos salvajes. Creen que las necesidades materiales no acaban con la vida. Creen que el otro mundo es una tierra de espíritus cuyos habitantes son más ó menos felices según que sus hermanos á quienes han precedido se interesan más ó menos por su bienestar material. Esta creencia hace que la suerte de los difuntos quede á merced de los vivos; pero, como también existe la creencia de que el espíritu de un hombre muerto influye en los asuntos de sus parientes, tanto para el bien como para el mal, rara vez tiene que quejarse el difunto de la negligencia de sus deudos.

Como el Rey es el primero en este valle de lágrimas y de sangre, ocupa el mismo rango en el reino de las sombras, y su sucesor debe procurar que no carezca de nada. De cuando en cuando, visita éste la tumba en persona; cerca de la sagrada osamenta, deposita víveres de todas clases, vino de palmera y ron, trajes de seda y cierto número de *cowries* como moneda para los gastos menudos; las mujeres que guardan la tumba se aprovechan sin escrúpulo de todas estas cosas.

Pero no bastan estas pequeñas ofrendas al real difunto. Necesita además, para su servicio y el de su casa, animales y hombres. La gran fiesta de *So-Sin* no tiene más objeto que el de atender á estas necesidades. Ante toda la Nación reunida, se sacrifican con gran pompa caballos, bueyes, carneros, y, preciso es decirlo, hasta víctimas humanas, que, por lo general, son prisioneros de guerra reservados para este caso. El pueblo bárbaro muestra gran afición á este espectáculo porque viene acompañado de grandes liberalidades. Desde una elevada plataforma ocupada por el Rey, caen con profusión sobre la multitud ron, tabaco, *cowries* y hasta las víctimas que ella misma debe inmolar; así es que el pueblo reverencia profundamente el espíritu del difunto Rey. Durante la ceremonia, y según la creencia popular, ocupa este espíritu una tienda levantada sobre la plataforma, al lado del trono de su sucesor. En circunstancias excepcionales y en la víspera de grandes acontecimientos, suele el espíritu nablarse al pueblo; palabras sagradas que son escuchadas como oráculos y obedecidas fanáticamente. Dicho se está que, como la voz de un muerto es demasiado débil para que pueda ser oída por una muchedumbre tan numerosa, el Rey es quien recoge el oráculo, acercando el oído á la puerta de la tienda, para comunicarlo en seguida á la asamblea. No hay, por lo tanto, más remedio que creer al Monarca bajo su palabra. Pero ¿quién se atrevería á dudar de su buena fe?

El Rey Gezzo, después de explicar prolijamente todas estas cosas á su interlocutor, se dispuso á revelar su proyecto. Su padre Agón-Goro había concebido la idea de armar á las mujeres del Reino, constituyendo con ellas un formidable

ejército; pero él era en realidad quien había perfeccionado esta institución, que hacía que sus fuerzas militares fuesen en un todo superiores á las de sus vecinos, consideradas aisladamente. Los vecinos, llevados de la envidia y tal vez del temor que les inspiraban las amazonas, se habían atrevido á poner en ridículo aquel cuerpo de ejército de nuevo cuño. El Rey de los maklis y el de los magos se habían puesto de acuerdo para retarle. Estos miserables habían jurado, obedeciendo á su insolente audacia, apoderarse de la cabeza de Gezzo y clavarla en el extremo de una rueca.

—¡Malditos maklis! dijo el Leopardo oprimiendo el brazo de Horner en tanto que sus ojos brillaban como relámpagos; ya se arrepentirán de sus estúpidas burlas. Sólo he de confiar á mis mujeres el cuidado de vengarme. Ellas solas me dejarán en el lugar que me corresponde. No ha de haber ni un hombre en el ejército; ni siquiera un oficial. La capital de los maklis será completamente destruída, y no ha de quedar ni una sola piedra en el lugar que antes ocupaba. ¡Ya me lo dirán esos tunantes! Quiero que la sangre de los magos forme un río en el que se bañarán esas amazonas objeto de sus insultos. Si mi hermano blanco se dignase ayudarme, ¡desdichados de los maklis y de los magos!

—¡Que yo os ayude! exclamó Silas verdaderamente sorprendido. ¿Y qué puedo yo hacer en semejante empresa? Yo no soy soldado ni me he ocupado nunca de asuntos de guerra.

—No se trata ahora de eso, murmuró Gezzo mirando con recelo en torno suyo.

Luego, acercándose al oído del europeo, añadió:

—Vos poseéis un arma más poderosa que el sable y el fusil.

—¿Y qué arma es esa?

—El don de las voces.

Silas no contestó una palabra. El Rey hizo un gesto de impaciencia.

—¿No me habéis comprendido?

—Todavía nó. Soy un humildísimo servidor de Vuestra Majestad, pero no comprendo de qué pueda servirle mi ciencia en una guerra.

—Aproxímaos un poco más y os lo explicaré. ¿No os he dicho que, en la gran ceremonia, tiene que hablar desde su tienda al pueblo reunido el espíritu de mi padre? Todos mis vasallos suponen que en esta ocasión lanzará un grito de venganza pidiendo el exterminio de esos maklis y magos siempre aborrecidos. También os he dicho que la voz del espíritu es tan débil, que no puede llegar á oídos de toda la multitud. Verdad es que yo estoy allí para repetir sus palabras; pero debo confesároslo, hermano blanco: yo no sé si ese pueblo tiene gran confianza en mi sinceridad, y quisiera desvanecer completamente sus dudas de una vez para siempre. Además, las circunstancias son muy graves; se trata de hacer una que sea sonada. Las fuerzas combinadas de mis enemigos son superiores á las mías, y yo no puedo asegurar la victoria sino centuplicando el valor de mi ejército femenino por medio de una intervención sobrenatural. Hablándoos con absoluta confianza, debo deciros que no creo que mis amazonas sean todavía bastante feroces. Si ellas oyesen que la voz de Agón-Goro les gritaba que marchasen al combate sin temor, caerían sobre los maklis como tigres hambrientos; en una palabra, serían invencibles. ¿Me comprendéis ahora?

Silas temía comprender demasiado; el papel que se veía llamado á desempeñar en aquel asunto le repugnaba de tal modo, que prefirió hacer como que no entendía.

—Perfectamente, respondió; vos quisierais que vuestro padre hablase por sí mismo, con lo cual produciría indudablemente muchísimo más efecto. ¿No podríais comprometerle para que, siquiera por esta vez, gritase un poco más fuerte?

—Imposible. Agón-Goro es un espíritu muy altivo, que no admite observaciones de ningun género. No hay que pensar en semejante cosa. Lo que yo quisiera es que mi hermano blanco consintiese en prestarle una de sus múltiples voces... En una palabra, *yo deseo que habléis por él.*

—¡Hola! ¡ya se quitó la máscara! dijo Silas hablando consigo mismo. ¡Habrás visto viejo más bribón! ¡Ah, infame! ¡Por qué estará mi vida entre tus manos, y tal vez también la de mis pobres compañeros!...

Tal era, en efecto, la almendra del hueso que aquel mono

viejo había tardado tanto tiempo en romper; tal era el proyecto que había concebido el día de su primera entrevista con nuestro ventrílocuo; tal era el plan que había madurado y acariciado durante cuatro meses de disimulo. En honor de la verdad, no se había equivocado en cuanto á la posibilidad material de la ejecución. Evocar una voz del otro mundo para hablar al pueblo, mandar á las amazonas que cayesen sobre los maklis y los picasen como carne para chorizos, era cosa que Silas podía hacer muy fácilmente; pero ¿podía, en conciencia, el honrado europeo prestarse á una farsa que debía hacer correr tanta sangre, llevar á todo un país la devastación y la matanza, y ocasionar la muerte de tantas pobres criaturas que sólo deseaban vivir el mayor tiempo posible?

Por otra parte, Silas temía con razón las consecuencias de su negativa. No tenía demasiado apego á su propia vida, pero nada le probaba que las de sus compañeros no se hallasen á merced de aquel bárbaro tirano. Todavía no estaban bastante lejos para que su venganza no pudiera alcanzarles. ¿No era una locura comprometer aquellas existencias con una obstinación que otras personas menos escrupulosas hubieran calificado de absurda?

Horner permanecía callado. Luchando con muy contrarias ideas, no sabía qué contestar. El Rey, cada vez más impaciente, volvió de nuevo á la carga.

—Pero hermano blanco, ¿tan torpe sois que todavía no entendéis lo que os digo? ¿Será preciso daros más detalles?

—Os he comprendido perfectamente, contestó Silas; pero, estaba yo tan lejos de sospechar.... ¿Cuándo se verificará esa ceremonia? añadió, iluminado por una idea repentina.

—Dentro de diez días. ¿No podréis en ese tiempo disponer todo lo necesario para prestar á Agón-Goro una de vuestras múltiples voces, la más fuerte de todas ellas?

Diez días eran lo muy suficiente para que su hermano y su amigo pudieran embarcarse en Benin, suponiendo que el Rey no le hubiese engañado. Silas, pues, aceptó gustoso el plazo que se le ofrecía.

—El espíritu de las múltiples voces se muestra siempre

muy dócil á todas mis exigencias, replicó. Nunca me ha negado nada de lo que le he pedido.

—Pues pedidle lo que yo deseo, exclamó Gezzo, creyendo haber logrado ya su objeto, y estad muy persuadido de que no habrá de pesaros. No hablo de vuestra libertad; podéis emprender vuestro viaje al día siguiente de la fiesta del So-Sin; se trata de vuestra fortuna. Estoy decidido á haceros tan rico como el Príncipe más poderoso del universo. Tengo en mi tesorería grandes montones de perlas de un tamaño que seguramente no conocen los joyeros de Europa; las repartiremos á partes iguales entre nosotros dos. Tengo tales tesoros en dollars que podría llenar con ellos el cauce de un río; ¿quereis todos los que puedan cargar cien hombres? Yo os los regalo, y os regalo también los cien esclavos que os los lleven.

—Mi gratitud estará á la altura de los beneficios de Vuestra Majestad, dijo Silas sonriéndose al oír aquella truhanesca enumeración; pero permitidme que os haga observar una circunstancia. Según decís, mi papel está reducido á hablar en lugar de Agón-Goro. ¿Cómo queréis que yo imite su voz, no habiéndola oído nunca?

—Celebro mucho que me hagáis esa objeción, porque me prueba que ya nos entendemos en un todo. No tengáis cuidado, eso corre de mi cuenta. Yo tengo un hermano cuya voz se parece extraordinariamente á la de Agón-Goro; tanto, que los que conocieron en vida al autor de mis días creen oírle en cuanto aquél abre la boca. Me refiero al Príncipe Adonzán, á quien sin duda conocéis. No se halla en la ciudad en este momento, pero en cuanto regrese, os mandaré llamar para que le oigáis.

Yo, por mi parte, visitaré á mi padre en su tumba, me indicará lo que se propone decir al pueblo, y os transmitiré sus propias palabras, con objeto de que podáis aprender vuestro papel.

Dicho esto, hizo con la mano un amistoso saludo á Silas y le manifestó que podía retirarse.

XXV.

Después de la larga y memorable conferencia de que dimos cuenta en el capítulo anterior, el Rey Gezzo dispuso que Silas fuese conducido nuevamente á su domicilio. Job Horner y Mr. Cobb no estaban allí, según dejamos ya manifestado. El mágico sólo encontró á Sadi, que le aguardaba con ansiedad. La pobre negra experimentó al verle una alegría extraordinaria. Los datos que podía darle acerca de la marcha de sus compañeros eran muy escasos. Ella había llorado mucho al separarse del pequeño Job; pero la esperanza de volver á verse reunidos todos dentro de muy poco, había atenuado algún tanto el dolor de la despedida. Los dos viajeros se habían puesto en camino con un numeroso acompañamiento, llevando un arca llena de dollars y de joyas de todas clases.

Silas, que confiaba tanto en la inteligencia de Sadi como en su abnegación, quiso conocer sus impresiones.

—Vamos, la dije, ¿crees tú que mis amigos han sido conducidos efectivamente á Benin? ¿No sospechas que ese precipitado viaje envuelva alguna traición?

—¡No! ¡No! contestó la muchacha; no temáis nada... Todo va divinamente... Ellos se fueron muy contentos... Y yo también estaré muy contenta, si mi buen amo me lleva en su compañía cuando se marche.

La negra no abrigaba, por lo visto, ninguna sospecha. Luego, añadió que Bah-tong no había acompañado á los viajeros, circunstancia que desde luego debía considerarse como muy favorable; porque cuando se tramaba algún plan tenebroso, siempre era su padre el encargado de dirigirlo convenientemente.

Las explicaciones de Sadi no calmaban la inquietud de Silas, pero el joven mágico procuró olvidar sus vagos temores para no pensar sino en su propia situación, que era verdaderamente crítica. Colocado entre su conciencia y el de-

seo de recobrar su libertad, no sabía nuestro héroe qué partido adoptar. Había llegado á esa disposición de ánimo, muy conocida por los que se han visto sometidos á duras pruebas, en que las naturalezas más fuertes se entregan á la casualidad dándolo todo por perdido, y juegan su destino á cara ó cruz.

Silas pasó dos días en esta perplejidad, aguardando el regreso del Príncipe Adonzán.

Digamos algo de este nuevo personaje antes de presentárselo al lector.

Adonzán era un ambicioso descontento, uno de esos conspiradores segundones que suele haber en algunas familias reinantes. Los derechos de su hermano Gezzo al Trono de Dahomey le parecían algo discutibles, y acariciaba en secreto el deseo de derribarle de él para ceñirse la corona. Á la muerte del Rey Agón-Goro, el Trono correspondía, por derecho de primogenitura, á su hijo mayor, el Príncipe Razza; pero éste era una especie de idiota que sólo tenía el talento necesario para comprender que si no abandonaba el cetro á sus ambiciosos parientes, tendría que pasarlo bastante mal. Así es que inmediatamente abdicó en favor de Gezzo, su hermano segundo. Adonzán, que era el tercero, se consideró lastimado con semejante arreglo, y pensó que, á falta de Soberano legítimo, tenía tanto derecho á reinar como otro cualquiera. Protestó, pues, pero no de un modo franco y resuelto, porque el Príncipe Gezzo gozaba de gran popularidad en el ejército de las amazonas. Publicando y sosteniendo sus pretensiones, sólo hubiera logrado su ruina. Él y sus escasos partidarios tuvieron que sufrir la ley del más fuerte, ocultando sus proyectos hasta que creyesen llegado un momento favorable. Por lo demás, nunca tuvo que quejarse de su aparente sumisión. El Rey Gezzo le trató generosamente; le señaló una pensión considerable y le regaló un palacio casi igual al suyo en magnificencia.

Como ya hemos dicho, deseando Gezzo que Silas imitase la voz de su padre para hablar al pueblo en la ceremonia de So-Sin, le había prometido una entrevista con Adonzán, con objeto de que el ventrílocuo pudiese apreciar el calibre de la

voz que debía remedar. Según la idea del Rey, Silas debía hacer con el Príncipe un ensayo completo de su papel. Era preciso, por lo tanto, poner á éste en el secreto de la superchería. Faltaba averiguar si Su Alteza se prestaría á complacerle. Para interesarle en el asunto y asegurarse el concurso de Adonzán, inventó Gezzo una combinación que no dejaba mucho que desear, tratándose de un salvaje. Como sabía que su hermano era muy ambicioso, le prometió nombrarle Rey de los maklis, cuando este pueblo fuese vencido y su jefe pasado por las armas, cosas que no podrían dejar de suceder después de la fingida alocución de Agón-Goro. No sabemos si esta promesa llegó ó no á seducir á Adonzán; lo cierto es que el Príncipe negro era por lo menos tan astuto como su hermano. Pareció aprobar en un todo el complot, y juró por Top-Kodón contribuir al buen éxito del mismo en todo aquello que de él se exigía. El Rey, según tenía ya indicado, había visitado la tumba de Agón-Goro. Pronunció las palabras sacramentales que su padre le había dirigido, y Adonzán prometió repetírselas á Silas con una entonación adecuada á las circunstancias. Todo parecía ir á la medida de los deseos del Rey Gezzo.

En una de esas noches sombrías que anuncian las tempestades, tan frecuentes en las regiones de Dahomey, presentóse un personaje, envuelto en una gran capa, ante la choza habitada por el europeo. La fiel Sadi, no sabiendo con quién hablaba, trató de despedir al visitante, diciéndole que su amo no recibía á nadie á una hora tan intempestiva; pero el hombre de la capa se desembozó bruscamente y penetró en la habitación en que Silas, tendido sobre su lecho, dormitaba al resplandor de una lámpara.

—¿Tenéis muchos esclavos por aquí?—preguntó á Horner, que se puso en pie tan pronto como reconoció al Príncipe Adonzán.

—No tengo más que una esclava.

—Pues procurad que no escuche nuestra conversación. Lo que tengo que deciros no debe oírlo nadie más que nosotros.

—Estoy dispuesto á adoptar todas las precauciones necesarias para tranquilizar á Vuestra Alteza, aun cuando las

conceptúo inútiles. Yo respondo de esa muchacha como de mí mismo.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Su fidelidad me consta de un modo positivo.

Al decir esto, Silas se dirigió á la puerta y la cerró con el mayor cuidado posible, después de encargar á Sadi que no se moviese de allí. Invitó al Príncipe á que tomase asiento sobre su lecho, en tanto que, por respeto, permanecía de pie en frente de Su Alteza.

Adonzán, que no sabía cómo dar principio á la conversación, permaneció un momento silencioso.

—Algunas veces es mucho más fácil contestar á los demás que contestarse á sí mismo, dijo por fin aludiendo á las últimas palabras de Silas.

El europeo hizo con la cabeza un movimiento afirmativo. El Príncipe añadió:

—Ante todo, un hombre debe ser fiel á sus propios intereses; ¿no es esa también vuestra opinión?

—Según en lo que uno haga estribar sus intereses. Yo fundo los míos en servir lealmente á los que tienen legítimos derechos á mi fidelidad, dijo Silas en la persuasión de que aquellas palabras no eran sino globos de ensayo lanzados por el Príncipe negro para saber, como suele decirse, qué viento corría.

Adonzán se encogió de hombros con aire de incredulidad.

—¡Mentira ó engaño! exclamó. ¿Quién es el hombre cuyos derechos pueden ser superiores á los nuestros?

—Yo no conozco más que uno, replicó Silas, que también por su parte deseaba conocer el terreno en que se colocaba su interlocutor.

—¿Y quién es ese hombre?

—El Rey.

—Conque, según eso, replicó el Príncipe guiñando un ojo con marcada intención, ¿os creeríais obligado á servir al Rey aun cuando en ello arriesgaseis vuestra vida?

—¿Qué es lo que queréis decir? exclamó Silas un tanto alarmado. Un hombre de honor debe cumplir la palabra que ha dado libremente; pero si comprendiese que su buena fe

ha sido sorprendida, ya la cosa podría variar de aspecto.

—Pues bien, dijo Adonzán descubriendo poco á poco sus baterías, vengo á libraros de la palabra que habéis dado á mi hermano Gezzo.

—¿Qué palabra? He prometido tantas cosas al Rey...

—Buscad bien en vuestra memoria; hay una de ellas que debe interesaros más que las otras.

—¿Se trata del papel que debo desempeñar en la ceremonia de So-Sin?

—Justamente, dijo el Príncipe. Habéis de saber que mi hermano es un miserable. ¿Creéis que dejaría vivir al poseer de semejante secreto? Pues no le conocéis, porque eso sería lo mismo que contar con la mansedumbre de un tigre famélico.

Silas se quedó confundido. La revelación de Adonzán tenía por lo menos la ventaja de acabar con su perplejidad acerca de la parte que debía tomar en la famosa ceremonia. Por otra parte, no se explicaba el motivo que había inspirado aquel acto del Príncipe Adonzán. Parecíale imposible que fuese puramente oficioso. El joven mágico apenas conocía al Príncipe, porque sólo le había visto dos ó tres veces, y le tenía por un hombre de escasa inteligencia, de carácter moroso, excesivamente reservado y nada simpático. La amistad no entraba indudablemente para nada en esta confianza. Silas dedujo de todo esto que el Príncipe obraba de aquel modo obedeciendo á su interés personal.

Si no puedo fiarme del Rey, que es tan poderoso, dijo, ¿de quién habré de fiarme?

—De quien debiera ser el Rey de Dahomey, según los deseos del gran Agón-Goro, y que lo será dentro de ocho días, si vos mismo lo queréis... del Príncipe Adonzán.

¡Complicación sobre complicación! ¿Qué significaba esto? ¿Era una broma ó un lazo? ¡Pero no! Bastaba con mirar á Adonzán para persuadirse de que hablaba muy en serio y sin doblez alguna.

—Contad con mi gratitud, añadió con acento febril. Yo seré mucho más generoso que el Rey Gezzo. Mi hermano creería pagaros espléndidamente entregándoos unos cuantos

dollars, suponiendo que os dejase la vida. Yo colmaré todos vuestros deseos, por muchos y grandes que ellos sean. Traed á la costa treinta buques, y yo los cargaré de tesoros, si me ayudáis á subir al Trono. Yo os lo juro por Abi, el dios de los rayos.

Al decir esto el Príncipe se apoderó de la mano del joven Horner, y la estrechó convulsivamente.

Todas aquellas palabras eran otros tantos enigmas para Silas. Lo único que éste comprendía era que el Príncipe tenía una fe profunda en sus poderes sobrenaturales. El error propagado por Bah-tong se había incrustado en el cerebro del estúpido indígena, y éste creía á pies juntillas que el hombre que se había escapado de su prisión por la hendidura de un tablón, podía, sin mayor dificultad, coger la corona de una cabeza y colocarla en otra. Como empezaba ya á cansarse de su papel de semidios, dijo al Príncipe con cierta impaciencia:

—Vuestra Alteza se burla de mí, sin duda alguna. ¿Cómo queréis que un pobre extranjero pueda hacer semejante revolución?

—¡Vamos! ¡Vamos!... dijo Adonzán riéndose con aire de incredulidad, es inútil el fingimiento. El hombre que posee la voz de Agón-Goro puede lograr todo cuanto se le antoje. Cuando Gezzo grite al pueblo: «¡Escuchad la voz de mi padre y obedeced!» ¿Creéis que el pueblo no obedecerá? Haced que en aquel momento hable la voz, pronunciad las palabras que deben destronar al tirano para que ceda su puesto al verdadero Rey. En vez de predicar la guerra contra los maklis, haced brillar ante el pueblo una era de paz y de prosperidad; eso depende de vos exclusivamente.

—Sería preciso además, que yo conociese esas palabras, dijo Silas deseando que el Príncipe se descubriese por completo.

—Yo os las diré. Cuando el pueblo guarde un profundo silencio para escuchar las voces, gritadle:

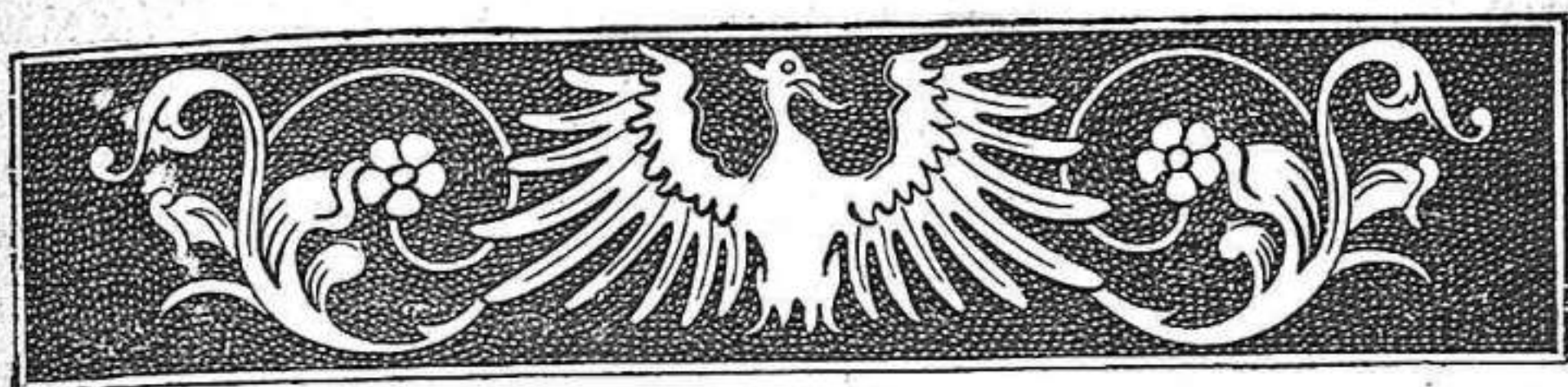
—*Yo mando que el Príncipe Adonzán sea proclamado Rey en sustitución de su hermano Gezzo. El pueblo no será feliz. ínterin no se realice este suceso.*

Silas no se atrevía á dar crédito á sus oídos. Aquel Adonzán, que le había parecido siempre un estólido, acababa de fraguar en muy pocas horas una combinación que destruía por completo, volviéndolos en favor suyo, los planes elaborados desde larga fecha por el gran político Gezzo. Sin embargo, nuestro ventrílocuo no acababa de comprender la ventaja que debía resultar para él de aquel cambio en el programa de la fiesta. ¿Quién podía asegurar que el Rey le dejaría concluir su pequeño discurso, y que los soldados no le saltarían la tapa de los sesos á la menor indicación de su señor? Aun suponiendo el mejor éxito posible, ¿qué garantía tenía él de que Adonzán cumpliría fielmente sus promesas? ¿No podía éste, con la misma perfidia que atribuía á su hermano, mandarle cortar la cabeza después de conseguidos sus deseos, para sepultar el secreto en la tumba?

Otro punto de vista: lo que disgustaba á Silas en el plan del Rey Gezzo, era que este plan tenía por objeto provocar una guerra sangrienta. Y el proyecto de Adonzán debía necesariamente dar el mismo resultado. ¿Cómo era posible suponer que Gezzo se dejase destronar como un necio, y sin que sus partidarios le defendiesen encarnizadamente? Esto ocasionaría una guerra civil, cien veces peor que la guerra extranjera. Compréndese fácilmente que nuestro héroe retrocediese ante semejante responsabilidad. Tratábase además de la cuestión de probidad. Silas no tenía por qué quejarse del Rey, que le había tratado siempre amistosamente; el viaje de su hermano y de Benjamín, emprendido en las mejores condiciones posibles, atestiguaba la generosidad del Monarca, y él mismo había recibido, en la mañana de aquel día, un regalo cuya magnificencia excedía á todos los demás. Todo, pues, le obligaba á servir á Gezzo de quien aguardaba su libertad, y no era nada prudente sacar las castañas del fuego para un hombre á quien no debía absolutamente nada.

M. GREENWOOD.

(Se continuará.)



Á O'CONNELL

EN SU CENTENARIO

CELEBRADO EN DUBLIN EL 5 Y 6 DE AGOSTO
DE 1875.

¡Oh, es Erin, es Erin, que el entusiasmo
siente hervir en su pecho agradecido!

¡Es Erin que, á tu voz, ya su marasmo;
de tres siglos, triunfante, ha sacudido!

La noble Erin, que por su credo augusto
mártir gimió so la implacable furia
de un culto imbécil, suspicaz y adusto,
que de un déspota impuso la lujuria.

Alza del polvo la azotada frente,
por tí radiante ya de luz y vida,
exclamando á la faz de toda gente: (1)
«Venid y ved si soy agradecida.

Á la memoria del intrépido hombre
que me amó con cariño tan profundo,

(1) Fueron invitados por el Lord Alcalde de Dublin todos los alcaldes de las capitales de Europa.

todos venid, de cualquier patria ó nombre:
¡los redentores son de todo el mundo!»

¡Sin temer el estigma de la historia,
la plebe protestante todavía
celebra con festejos la victoria (1)
en que de Erin la libertad moría!

Sañuda exacerbando los dolores
de un pueblo despojado, triste, hambriento,
que nunca perdonó á sus vencedores
cólera tanta y odio tan sangriento (2).

Mas los pueblos no mueren; su derecho
lo conserva la santa Providencia
con el mismo cariño con que al pecho
el mártir generoso su crëencia.

Tres siglos de dolores te invocaron
para que fueses redentor de Irlanda;
tres siglos de dolores se encarnaron
en tí para entablar viril demanda

Á esa Nación, que desgarró su historia
implantando en Erin el ilotismo
y extendiendo su sombra mortuoria
como humareda del profundo abismo.

¡Oh gran agitador de gran idea!
¿No escuchas desde el fondo de la tumba
la estrepitosa voz que clamorea
cual ronco trueno que en las nubes zumba?
Es el latir de nobles corazones

(1) La batalla de Boyne, en 1690, en la que exhaló Irlanda su último aliento. ¡El pueblo de Londres celebra esta victoria paseando por las calles un maniquí á quien llama el *Papa* en medio de infernal gritería, chistes groseros y báquicos desórdenes, maldiciendo al catolicismo y á los jesuitas!

(2) Los 600.000 land-lords ó hijos de los conquistadores se apoderaron de todas las propiedades y bienes de los irlandeses, reduciéndolos á la miseria, y tanta, que apenas se alimentan más que de patatas, de modo que cuando este precioso tubérculo se pierde, véanse expuestos á morir de hambre más de tres millones de irlandeses. ¡Hoy recoge la más soberbia Albión el fruto de tal iniquidad en la escisión de que se ve amenazada con la pavorosa é insoluble cuestión agraria!

que con tanto heroísmo redimiste;
es la voz que pronuncian seis millones
de hombres á quienes tú su Dios volviste.

¡Oh, es Irlanda, es Irlanda, á quien la frente
limpiaste de la infamia del ilota,
que arrebatada de cariño ardiente,
celebra tu natal, gran patriota!

¿No reanima tu árida ceniza,
el mármol de tu tumba penetrando,
la lágrima de amor que se desliza
de todo un pueblo que te está aclamando?

Aquella multitud que electrizaste
al rayo de tu voz conmovedora,
aquella multitud que tú salvaste
de la opresión, en tu sepulcro llora.

Catolicismo y Patria dividieron
tu carrera inmortal por el planeta,
como Roma y Dublin se repartieron
la carne á que tu alma fué sujeta (1).

Apóstol de la fe y la independencia,
en pecho nobilísimo conjuntas,
realizaste ante Europa la creencia
de que fe y libertad van siempre juntas.

Al sentir los dolores en que gimen
tantos creyentes por su fe sagrada,
«¡Jamás cometeré, dijiste, un crimen
desesperando de mi Patria amada!»

Y como el gran Moisés, que al pueblo hebreo
del Faraón soberbio redimía,
luchaste con esfuerzo giganteo,
sin tregua ni solaz, de noche y día.

Y venciste, Titán de la elocuencia,
y tres centurias de opresión odiosa
cayeron, como cae á la violencia
del rayo el árbol de la selva umbrosa.

(1) Daniel O'Connell murió en Nápoles en 1848, cuando se dirigía á Roma, y su corazón está en la Ciudad Eterna y su cuerpo en Dublin.

Majestüoso y firme en tu derecho
y al fragor de tu voz atronadora,
rompiste las cadenas del despecho,
como las nieblas al brillar la aurora.

Á Pedro el Ermitaño semejante,
cuando á la Europa tras de sí arrastraba
con elocuencia enérgica y tonante,
y á la conquista de Sión guiaba,

O'Connell, tú, con oratoria viva,
con la del corazón que el pueblo quiere,
ardiente, entusiasmada y expresiva,
que á sus sentidos y á su alma hiere,

Los pueblos conmoviste: y se agitaron
desde el soberbio Támesis al Tíbre
los corazones todos, que gritaron
al eco de tu voz: «¡¡Irlanda libre!!»

Y á los palacios ascendió tu acento,
de hambre y sed de justicia atormentado,
arrancando al indócil Parlamento
la libertad de tu País amado.

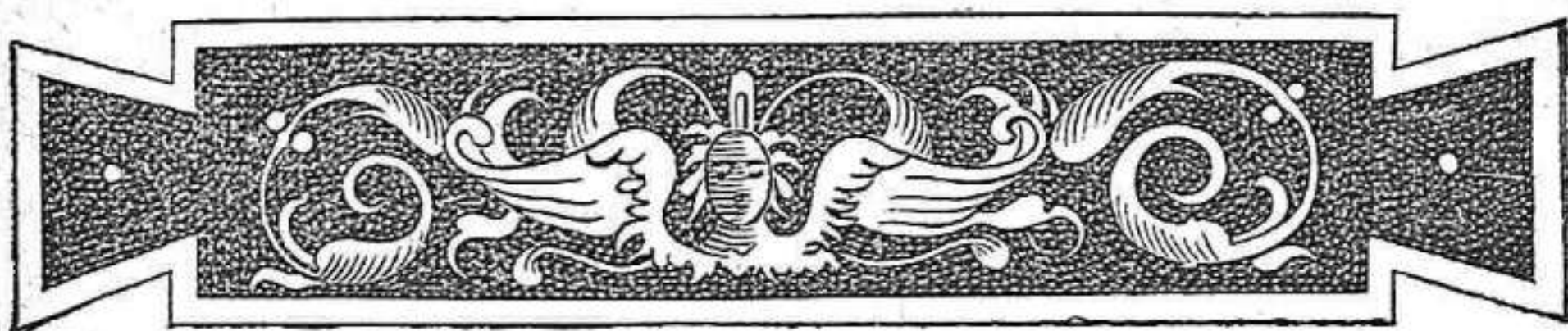
Ya de tu vida el ansia se ha cumplido,
ya el leopardo inglés alzó la garra
que sañoso y feroz había hundido
en la Nación del mundo más bizarra.

Ecós de las montañas y torrentes,
que O'Connell invocaba en su ira justa,
prestadme vuestras fuerzas prepotentes,
dando á mi lira entonación robusta.

¡Con vuestra agreste y aspera armonía
en descompuesto mas brioso canto,
al coloso de Irlanda ensalzaría,
de fe y de libertad ejemplo santo!

¡Gloria al Señor, católicos, cantemos,
y el himno que al empíreo la fe manda
con entusiastas vítores juntemos:
¡honor eterno al redentor de Irlanda!

V. SUÁREZ CAPALLEJA.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

DENTRO de breves días las Cortes habrán reanudado sus tareas. Para el 20 están convocados los representantes de la Patria. Proyectos de Gracia y Justicia, de Gobernación, de Fomento, de Ultramar, amén de alguno que otro de Guerra, ocuparán desde luego las sesiones. Iniciarán los debates los conservadores, mediante una interpelación del Sr. Romero Robledo sobre las cuestiones del Sindicato y los gremios. Las demás oposiciones terciarán en la discusión. Los asuntos de Cuba darán también motivo á más de una exhibición parlamentaria. Tal es el programa, digámoslo así, de la próxima campaña política, que los ministeriales ven llegar con recelo y los demás partidos sin entusiasmo. Saben éstos que para ninguno de ellos ha sonado la hora del triunfo; no se oculta tampoco á los fusionistas que su mayor enemigo está dentro de su casa; de aquí la respectiva actitud de unos y otros.

La serpiente del descontento ha asomado la cabeza en el Paraíso de la fusión:—hay muchos impacientes que aspiran á realizar sus ambiciones, algunas legítimas, y no pocos filó-

sofos, que advierten previsoramente los peligros de una política que no consigue definir sus ideales.

Si se trata de la provisión de un alto puesto, cualquiera que él sea, surgen, como por encanto, multitud de candidatos que se lo disputan con abrumadora saña; si se intenta traducir en una ley el pensamiento del bando dominante en determinada materia, suscítanse al punto tantos criterios como oradores han de defender el proyecto... Así es imposible gobernar.

Olvidan á este propósito los constitucionales de abolengo, grupo el más inquieto y descontentadizo, que las promesas hechas á nombre de un partido dejan de ser obligatorias ó pierden su virtualidad cuando el partido muere, viene á disolución ó desaparece como colectividad política; y el partido constitucional desapareció, como antes se había extinguido el progresista histórico, para fundirse con los centralistas; con los campistas y con una fracción del moderantismo histórico, y constituir con estos elementos el nuevo partido fusionista-dinástico que hoy gobierna. Olvidan que el Rey, al encargar al Sr. Sagasta la formación del Gabinete, no se propuso confiar el poder al partido constitucional, porque le constaba por declaraciones solemnes, al parecer sinceras y leales, que no existía ya tal partido, sino que quiso llamar y llamó al nuevo partido fusionista, y en su representación al Sr. Sagasta, que era la personalidad más caracterizada del directorio, en el cual estaban representados los diversos elementos de la fusión.

¿Creen, por ventura, los constitucionales que el ideal de su antiguo partido, al cual renunció éste extinguiéndose ó fusionándose en una nueva colectividad política, compuesta de cuatro elementos ó fracciones políticas distintas, es el mismo que aquéllos tenían antes de que fuera un hecho la fusión? No son aún bien conocidas las transacciones ó acomodamientos que mediaron entre las diversas fracciones del fusionismo, al reunirse en una agrupación y concertarse para formar Gobierno; pero es indudable que hubo entre ellos concesiones recíprocas de mayor ó menor transcendencia y duración; y de cualquier género que fuesen, necesariamente

habían de dar como primero é ineludible resultado la rescisión ó anulación completa de las promesas hechas y de los compromisos contraídos anteriormente por los diversos partidos que concurrieron á formar la nueva agrupación.

Si, á pesar de esto, el antiguo partido constitucional quiere y puede tener vida propia y homogénea, reivindicar sus ideales en toda su integridad, descartarse de la fusión y acaparar el poder para cumplir en él las promesas, en que cifra sus esperanzas la democracia oportunista y el republicanismo benévolo, hágalo en buen hora; pero conste que el partido constitucional, muerto y sepultado por su mismo jefe el Sr. Sagasta, no puede hoy reclamar el cumplimiento de las promesas de ultratumba hechas por sus sepultureros. De aquí el grave error político en que incurren los descontentos, invocando como argumento decisivo contra la actual política doctrinas y promesas de los hombres del partido constitucional. ¿Acaso son éstos los que conquistaron el poder? Si á él subieron, fué cabalmente á cambio del sacrificio, más ó menos condicional, de tales promesas y tales doctrinas. Lo que todo esto revela, en puridad, es que el azar, las conveniencias del momento, miras particulares y no verdaderos principios de gobierno, han ocasionado la filiación de ciertos políticos en partidos que no corresponden, por su significación colectiva, á las ideas y tendencias individuales de cada uno de aquéllos. Espectáculo que es necesario termine á todo trance. No más disfraces, ni entre conservadores ni entre revolucionarios: cada grano á su montón.

Quizá una importante personalidad política, en cuyas manos ha estado muchas veces el porvenir de España, ha contribuído con sus atrevimientos y veleidades á torcer el giro de los sucesos y cambiar con ellos la representación de los partidos.

Pero la experiencia ha debido ser eficaz consejera de esa respetable personalidad. ¡Quién sabe si en estos momentos ha abierto ya los ojos á la luz, y ha comprendido, en su innegable perspicacia, que ni su posición, ni siquiera su amor á la libertad, consienten que autorice, aunque no lo sea con su habitual reserva, los atentados de que uno y otro día son au-

tores responsables los constantes enemigos de toda normalidad, gavilanes con plumas de paloma!

De cualquier modo, nuestros partidos han de sufrir, antes ó después, no en plazo muy remoto, una capital transformación, que dé nueva faz á las actuales luchas de la política. Formen á un lado los alarmistas de afición, los perturbadores por naturaleza, amenaza para todas las clases y todos los intereses, y formen á otro lado los amigos de la paz, los legítimos representantes del derecho, los verdaderos hombres de gobierno. De todas las hipocresías, no hay ninguna tan repugnante como la de la impiedad, ni tan peligrosa como la del orden.

La ocasión es oportuna. Una vez abiertas las Cortes, quítense la máscara los descontentos y renieguen del nefando contubernio, que les somete á la intimidación y compadrazgo de sus naturales enemigos. La fusión va siendo monstruosa.

* * *

En materias de religión se acerca también el momento de un completo deslinde de campos. No es posible conciliar lo que por naturaleza es antagónico. Previéndolo sabiamente, ha dicho el reverendo Obispo de Córdoba á sus diocesanos:

«.....Permaneced tranquilos y perseverad en el espíritu de paz, de caridad y sobre todo de obediencia y veneración á la Iglesia y á sus prelados. De esta manera evitaréis los escollos y peligros á que se exponen y exponen á otros los que no marchan por ese camino. Y no siguen ciertamente este camino de paz, de caridad y obediencia cristianas los periodistas católicos que motejan, injurian y tal vez calumnian á otros católicos, sólo porque éstos no se amoldan en todo á sus ideas y aspiraciones, siquiera sean hijos obedientes y sumisos de la Iglesia. No siguen este camino los que atacan, combaten y censuran, siquiera lo hagan á la sombra de jansenísticas distinciones, á personas é instituciones católicas

que tienen en su favor la aprobación de los Obispos y del Vicario de Jesucristo. Y ¿qué diremos de esos periodistas y legos que se erigen en jueces de la ortodoxia de personas, de publicaciones y doctrinas, condenando y vituperando lo que la Iglesia aprueba y bendice? Pero si los periodistas que esto hacen siguen caminos peligrosos y nada conformes con la doctrina y el espíritu de la Iglesia, no son menos dignos de censura los que contribuyen á sostener y propagar esas ideas y tendencias, anteponiendo la doctrina, las ideas y los actos de un periódico á los actos, ideas y doctrina del Papa y de los Obispos. Los verdaderos católicos deben buscar luz y guía para todo en la Iglesia docente, y la Iglesia docente no son los periodistas, sino el Papa y los Obispos.

«Si todos los periodistas y lectores de periódicos católicos hubieran tenido esto presente, no lamentaríamos hoy esa profunda división de las fuerzas cristianas, que contrista á los buenos y regocija á los malos: no se hubieran suscitado esas perturbaciones y grandes conflictos con motivo de una peregrinación al Vaticano: *no veríamos asomar á lo lejos, si ya no es que está muy cerca, el espectro horrible del cisma, fruto espontáneo de las semillas de soberbia y rebelión que vienen sembrándose tiempo ha, y que son la causa generadora de esas sordas corrientes cismáticas, que hacen retemblar bajo nuestros pies el suelo católico de nuestra patria.*»

El venerable prelado continuó en estos términos, dignos de ser profundamente meditados:

«Por cierto que al observar esas tendencias cismáticas y al ver que la ola de la discordia y de la rebelión sube y marcha, y se embravece cada día, y amenaza desbordarse sobre el campo católico, arrastrando en su impetuosa corriente la paz de las almas cristianas, á la vez que los intereses y el porvenir de la Iglesia española, hemos pensado más de una vez en la conveniencia, ó mejor dicho, en la necesidad casi absoluta ya hoy, de que por medio de un Concilio nacional, ó de Concilios provinciales, ó en otra forma análoga, el episcopado ponga radical remedio á estos males y peligros gravísimos. Cuando esto suceda, cuando exista una declaración pública y solemne del episcopado trazando el camino que

seguir deben los católicos españoles, sin apartarse á la diestra ni á la siniestra, y fijando los verdaderos derechos y deberes de los mismos en las cuestiones y materias que hoy los traen divididos, *quedarán deslindados los campos*, se cerrarán las puertas á la confusión y tergiversaciones, y podrán señalarse con el dedo los buenos y los malos católicos. La situación se agrava por momentos. El honor del episcopado, y más todavía que el honor del episcopado, la causa de Dios y de su santa Iglesia, exigen imperiosamente que se tomen medidas eficaces y prácticas para atajar los progresos de un mal gravísimo, al que tal vez hemos contribuído los Obispos por un exceso de prudencia y longanimidad.

»*Urge separar el trigo de la cizaña*, urge saber quiénes son los verdaderos católicos, si los que respetan los actos de los Obispos, y acatan sus disposiciones y siguen su enseñanza y su doctrina, ó los que censuran la conducta de los Obispos en el Senado y fuera del Senado, y los que acuden á periódicos nada amigos de la Iglesia para lanzar acusaciones y desmentir á su propio y legítimo prelado, y los que critican y rechazan documentos episcopales en que se ventilan puntos relacionados con la moral cristiana, erigiéndose á la vez en jueces y acusadores públicos de insignes Príncipes de la Iglesia. Urge saber si deben ser reconocidos como buenos católicos los que, conculcando los principios elementales de la moral católica, inducen á cooperar y cooperan al daño y persecución de la Iglesia, apoyando con sus votos á los enemigos de ésta y negándolos á los defensores y amigos de la misma y de sus instituciones, y urge, finalmente, saber si en ésta y otras materias es lícito faltar á los preceptos de la moral cristiana en nombre de las conveniencias reales ó aparentes de un partido político, ó si se quiere, de una fracción de ese partido. Y decimos *en nombre de las conveniencias reales ó aparentes*, porque creemos que esa conducta y esos procedimientos no están en armonía con las conveniencias reales, ni menos con las tradiciones genuinas de ese partido, cuya gloria y fuerza principal consisten precisamente en seguir, acatar y defender á la Iglesia y á sus prelados, no en injuriar y zaherir á otros católicos, ni menos en faltar al res-

peto, á la obediencia y al acatamiento debido á los Obispos.»

La verdad es intolerante porque es una. En un trono no caben dos Reyes.

*
* *

Excarcelados los síndicos, mediante la correspondiente fianza, y á reserva de seguir la causa contra ellos instruída, el Ministro de Hacienda ha creído oportuno ampliar el plazo para presentar reclamaciones sobre el reglamento y tarifas de la contribución industrial. Esto equivale á facilitar la queja en las vías legales. Antes podía haberse hecho, en vez de encender la discordia y estimular la resistencia.

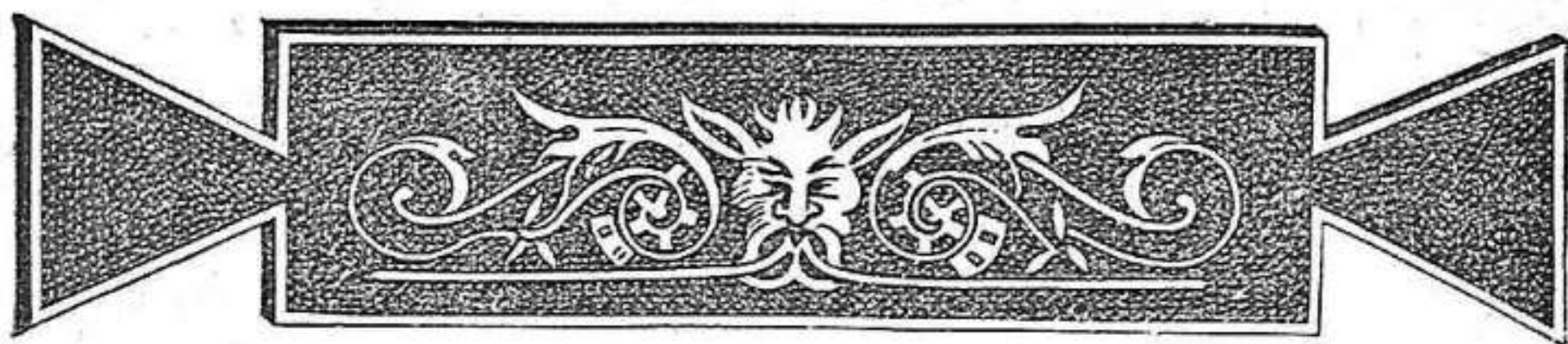
*
* *

Los Reyes han regresado de su excursión á Andalucía. No es, ciertamente, discreto de parte de un Gobierno aconsejar la ausencia del Monarca de la capital del Reino cuando se ventilan graves problemas, cuya resolución preocupa é interesa á importantes clases. Por lo demás, no han sido muy afortunados los Gobernadores á quienes ha correspondido la honra de recibir á los augustos viajeros. Lamentables excesos ó incomprensibles descuidos han inferido hondo agravio al cargo que desempeñaran...

Aquí va haciéndose imprescindible la dictadura...

Por lo menos la dictadura de la cortesía.

R.



REVISTA EXTRANJERA.



Si la política es una ciencia, confesemos que sus laberínticos problemas deben tener algo de parecido con los de la antigua cábala, y preciso es que su resolución ó pronóstico esté al alcance de muy pocos iniciados, cuando la mayoría no vemos en ella más que signos confusos, contradicciones y dudas. Cosa curiosa y por demás sorprendente sería hoy poder oír las revelaciones íntimas, los cálculos proféticos de esas lumbretas eminentes, claros ingenios de la política, de esos grandes diplomáticos que presumen leer en el porvenir y tener en sus manos los infinitos hilos de la complicada trama del equilibrio social y de lo que llaman relaciones internacionales.

Por lo que á nosotros toca, una miopía crónica nos hace ver cada día más oscuros los objetos: oímos las incomprensibles explicaciones de unos y de otros con toda la atenta docilidad de un escolar encariñado con la asignatura que cursa; comparamos, estudiamos, queremos buscar la verdad en el fondo de todos los recursos retóricos, de todos los disfrazados giros, de todas las aparatosas sublimidades, y... nuestra ignorancia no se disipa ni en un átomo, nuestra mente sigue turbada y, sin ser pesimistas ni querer serlo,

cada vez se presenta á nuestros ojos más intrincada esa madeja que llamamos *estado político* del mundo.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que al Sur de Europa bullían como siempre las pasiones políticas, al calor de ese sol meridional que tantas cabezas trastorna. Teníamos también entonces sangrientos conflictos en casa, y tenían periódicas y horrorosas luchas nuestros vecinos; pero el hombre confiado se consolaba, viendo cernerse sobre la cabeza de todos, incólume y siempre immaculado, el sacrosanto principio de autoridad: el hombre ansioso de reposo solía aún ver en las potencias del Norte, como una tradición de consuelo, la fuerza moderadora de los grandes disturbios. Aquellos colosos del Norte, armados de pies á cabeza, como los soldados de la Edad Media; aquellos guerreros de los países helados, de torvo ceño, como los bárbaros de Atila, parecían una amenaza para los rebeldes y una esperanza para los pobres de espíritu... ¿Dónde están hoy aquellos rusos, aquellos austriacos y prusianos, los de las imperiales águilas de ensangrentadas garras y acerado pico, enemigos por naturaleza de las libertades modernas, los defensores de un derecho divino cuyas invasiones temieron aún nuestros padres?

¡Qué cambios tan profundos en todas partes! ¡Qué mudanzas tan radicales! ¿Dónde está la Europa de ayer?

Ya no es el humo de la pólvora el que oscurece momentáneamente la atmósfera, ni el tronar de los cañones el que perturba algún tiempo el silencio y nos ensordece: hoy conocemos agentes de más valía. La política sabrá en caso dado emplear todos los recursos de la ciencia moderna, convertirse en un inmenso depósito de dinamita, y la electricidad recibirá el doble encargo de señalar la hora de la explosión horrenda y de comunicar á los mutilados sobrevivientes todos los pormenores de la terrible catástrofe.

Bien puede ser; y debido sin duda á la miopía de que antes hablábamos, el cielo de Europa sigue siempre para nosotros oscuro y parece amenazar tormenta. Al Norte, vemos á un Emperador, hijo de un ínclito é infeliz Soberano, cuyo corazón algunos de sus más fieros súbditos hicieron públicamente pedazos, en medio de una de las calles de su capi-

tal: es valiente y se halla hoy encerrado en su fortaleza de Gatchina, sin atreverse apenas á dar un paso fuera de las murallas de bayonetas que le guardan; al Sur, forcejea de antiguo la demagogia por levantar la cabeza, con el designio de invertir todos los principios sociales tenidos hasta aquí por eternos; al Este, las más pintorescas montañas están convertidas en volcanes, y arde y se propaga un incendio que puede reducir á cenizas á los mismos pueblos que se disputan la independencia ó el dominio de un pedazo de tierra; y al Oeste, el arma homicida amenaza por quinta vez la existencia de una Reina modelo de virtudes, y hasta la verde Erin de los poetas se ha convertido en un campo de perturbaciones é insensateces que producen la muerte. La conflagración abarca los cuatro puntos cardinales.

¿Son ó no ciertas las afirmaciones? ¿Es ó no hija de la imaginación la negrura del cuadro?

* * *

Estos últimos días, los transeuntes se fijaban en el escaparate de una librería donde se hallaba expuesta una singular caricatura italiana. Nos paramos, y vimos que el Papa León XIII aparecía representado, débil, anciano y enfermizo, en brazos de los Soberanos de las grandes potencias; las testas coronadas luchaban contra el oleaje de un río, con agua hasta las rodillas, pero formando con sus brazos un asiento, del que el Sumo Pontífice parecía muy próximo á caer, mientras que algunas figuras del fondo esperaban con risa burlona el momento de la caída del Papa y de los que se empeñaban en sostenerle, marchando contra la avasalladora corriente. La intención del caricaturista estaba manifiesta, y algunos de los que miraban se reían.

¿Dónde está, decíamos en tanto, ese *quid* gracioso que hace reír á los demás, y no hallamos nosotros? ¿Estará en alguno de los detalles de expresión, ó más bien en la moraleja? Aquí vemos al Papado sostenido por algunas grandes potencias, y es natural que así sea. El Papado representa

hoy más que nunca el más firme principio de autoridad en el mundo, y justo sería que le prestasen ayuda los Imperios del Norte, que en la autoridad buscan garantías y han de apoyar su existencia. Pero ¿qué oleadas son esas contra las que luchan el Papado y los Emperadores? ¿Qué ha querido decir el dibujante? ¿Pueden ser éstas las corrientes de la civilización y del progreso? No; porque los anales contemporáneos se empeñan en presentarnos á Alemania como el cerebro de Europa, y pocos adelantos podremos registrar en las naciones meridionales que no hallemos á la par en las del Norte. ¿Será la corriente política? Pero, si es así, ¿á dónde creará el caricaturista que va esa corriente?

En Europa no aparecen hoy más que dos grandes políticas representadas por dos formas genuinas de gobierno: la política de las monarquías, y la política de las repúblicas. Las monarquías todas deben representar hoy, y de hecho representan, el pacto de la libertad con el principio autoritario, los derechos de los gobernados sin más limitaciones que la natural tranquilidad del Estado; el orden, en una palabra, unido con la libertad. Las repúblicas representan por desgracia hoy corrientes que van á los delirios populares ó al terror como en 1793, al socialismo como en 1848, y á la Commune como después de la caída de Napoleón III. Ni monarca puede ser hoy sinónimo de tirano, ni república lo fué nunca de desorden; pero la fuerza de los hechos empuja necesariamente á las monarquías sensatas hacia el desarrollo de todos los legítimos intereses que de la autoridad arrancan, y á las repúblicas hacia los disturbios de las demagogias que hace fermentar el desenfreno de la ignorancia.

Es un hecho histórico y palpable que la situación de Francia aparece hoy muy otra de lo que hace poco fué. ¿Quién puede negar que esa Francia está lejos de alcanzar bajo la presidencia del eminente Mr. Grevy la prosperidad material y la preponderancia en el extranjero á que llegó bajo la sombra del trono del mal aconsejado Napoleón III?

Las ideas modernas de libertad y de progreso forman así una corriente irresistible, pero no hay que equivocarse en los medios de respetarla: la monarquía seguirá siendo aún.

en los pueblos de Europa el lazo de unión entre el orden y todas las aspiraciones legítimas; la república no podrá menos de propender siempre á abrir paso á una democracia inconsciente y nunca satisfecha, y ¡ay del día en que las naciones del Norte abran las puertas del poder á las malas pasiones de un cuarto estado fanático é ignorante!

No nos extraña, pues, que Alemania, Rusia é Inglaterra se abracen con el venerable anciano que, aun representando otras ideas religiosas, es, sin embargo, el símbolo eterno de la autoridad; lo que nos extraña es que el abrazo no sea tan eficaz como debiera, y no una cordialmente en idénticas miras políticas á los que con aspiraciones opuestas pueden comprometer los más sagrados intereses de sus respectivos pueblos y la tranquilidad de Europa.

*
* *

No creemos que sea el nihilismo el más temible enemigo del Imperio ruso: quizás sea en estos momentos—¡imposible parece!—el joven y entusiasta héroe de Plewna, el simpático y bravo General Skobelev y los que con él han emprendido la extemporánea propaganda del panslavismo.

Nunca alcanzó Rusia días tan terribles. Lucha en su seno el elemento esencialmente slavo y la política práctica del Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de Giers. Los discursos de Skobelev son discursos contra el Ministro, contra el Imperio alemán y contra la conducta diplomática de Rusia, preparando aquel arrogante militar, sin sospecharlo siquiera, la anarquía y la desorganización gubernamental, y quizás una crisis violenta al Oriente de Europa.

Hay, pues, una Rusia oficial y una Rusia oficiosa, como dijo *La Gazette de Woss*. La Rusia oficial no es el Emperador parapetado en su retiro de Gatchina; es Ignatieff y Skobelev, que luchan por derribar la más prudente política de Giers y triunfan en el ánimo del Czar; pues hay un dilema ineludible: ó Alejandro III es impotente contra los manejos panslavistas de los suyos, ó está completamente de acuerdo con ellos. En ambos casos, su situación es malísima.

Y todo esto en odio á Alemania, que aun se nos presenta hoy como la menos perturbadora de las naciones, gracias al genio de Bismarck, que con altas miras y claro talento sabe luchar contra mil contrariedades, sabe vencerlas, y es el único estadista que, en medio de la anarquía general, puede aún aparecer en los consejos de Europa como una esperanza.

¿Á dónde se podrá hoy ir á buscar el contrapeso de la tranquilidad y del orden? Ya sabemos lo que pasa en Rusia. Fijémonos en Francia, Italia, Inglaterra, Austria... ¿Á qué lado podremos volver la cabeza?

Francia sigue combatida por sus disensiones de cada hora; sus repetidas huelgas crean conflictos al comercio y á la industria; sus debates parlamentarios son enconados; continúa allí la pugna entre el capitalista y el obrero; y los trabajos del socialismo, á ciencia y paciencia de todos, van ganando terreno, mientras que las tribus de su colonia berberisca se sublevan y su diplomacia recibe nuevos desaires en Egipto.

Inglaterra sigue en su terrible lucha contra el neofenianismo de Irlanda; la *Liga Agraria*, aunque legalmente disuelta, sigue funcionando en el misterio, y las venganzas se repiten. El nivel moral y la antigua y proverbial sensatez de la Gran Bretaña va descendiendo hasta el punto de dar á la Cámara diputados como un tal Mr. Bradlangh, que promueve escándalos con la cuestión de juramento, alardeando de ateo, y hasta el punto de poner en la calle miserables como Roderick Maclean, que repite el triste espectáculo de atentar contra la vida de la más bondadosa de las Soberanas.

Austria continúa sus preparativos é inicia con suerte combates parciales contra los dálmatas y herzegovinos insurrectos, pero sigue preocupada con las tendencias slavistas que se extienden y dominan al Este; va en busca de amigos y alianzas, y favorece la conversión en Reino del antiguo Principado de Servia, corriendo el albur de que en la corte del Rey Milán I llegue á formarse un Ministerio slavista, en el molde del que presidió Ristics, Gabinete que se declare abiertamente enemigo suyo, haga fracasar sus intentos y empeore la situación de los pueblos fronterizos del Imperio.

En medio de funestos preludios y complicaciones diversas, sólo aparece hoy en Europa el Imperio de Alemania sin graves, ó al menos sin inminentes luchas intestinas, recabando la plenitud de su autoridad por conveniencia propia y formando un dique poderoso contra las amenazas del socialismo y de la demagogia. Podrá ser una fatalidad el germanismo; pero su fuerza, ó su influencia debe acatarse, como se acata una necesidad imperiosa, porque hoy por hoy es el único elemento regulador que aparece. Serán siempre de rechazar protectorados ó intervenciones humillantes; mas no es esto de lo que se trata, sino de potencias que, con murallas de acero, limiten los estragos de los modernos bárbaros y den siquiera aliento á los que pudieran verse á un paso de los grandes cataclismos.

Siempre fué un hecho histórico la influencia política de las naciones poderosas, imperios ó repúblicas, y no parece que la de Alemania pueda tener nunca tanto peso en la balanza europea como la de la Gran República más allá de los mares. No puede haber hoy entre nosotros intervención tan directa y exclusiva como la que se arroga el Gabinete de Washington en todo lo concerniente á las pequeñas Repúblicas del Sur, cuyas turbulencias fomenta á veces con segundos fines, queriendo intervenir hasta en las grandes obras materiales del continente americano que, como el istmo del Panamá, radican en territorios que no son suyos.

Nunca fué más necesaria que hoy la paz, y está, sin embargo, á punto de verse comprometida. Cuando todas las naciones necesitan orden y sosiego para el arreglo de sus asuntos interiores, es sensible que el slavismo arroje el guante en primer término á los Imperios de Alemania y Austria, y de rechazo á Europa entera.

Puede aún conjurarse la borrasca. Hagamos votos por el arreglo de las cuestiones de Oriente, nueva espada de Damocles que se balancea y amenaza caer al menor empuje.

S.